

ANDREA
CAMILLERI

La intermitencia



Lectulandia

La empresa Manuelli constituye un potente conglomerado que sostiene la economía de Italia y da trabajo a miles de personas. Y su director general, Mauro de Blasi, un ejecutivo que hace gala de toda la firmeza, la elegancia diplomática y la ferocidad que exige el cargo. Sin embargo, Mauro tiene un problema: últimamente padece una especie de «apagones neurológicos» en los que, durante unos segundos, no oye, se le nubla la vista y se queda paralizado, como si no estuviera presente. No obstante, a pesar de estos paréntesis forzosos, Mauro pergeña un plan para absorber Artenia, una compañía mucho más pequeña que está al borde de la quiebra, mediante una operación maquiavélica que debe procurarle una buena tajada. Pero no todo se desarrolla de la forma prevista. Una serie de personajes —desde un subdirector de personal amante de la poesía y una mujer con pocas luces hasta una joven hermosa e inteligente y una secretaria fiel pero demasiado confiada— se erigen en incómodos obstáculos e interfieren en los planes del corrupto Mauro de Blasi.

El gran maestro Andrea Camilleri nos adentra en un entorno sacudido por la crisis económica, proclive a excesos e irregularidades de todo tipo so pretexto de que «todo vale» para sobrevivir en circunstancias tan difíciles. Un «thriller» descarnado, de ritmo implacable, en el que sus protagonistas aparecen cincelados con una eficacia rotunda, casi con crueldad, reducidos a los instintos más básicos que motivan sus actos: el deseo, el odio, la venganza, o sea, en definitiva, la pura y dura erótica del poder.

Lectulandia

Andrea Camilleri

La intermitencia

ePub r1.0

NoTanMalo 19-12-2018

Título original: *L' intermittenza*
Andrea Camilleri, 2010
Traducción: Carlos Mayor

Editor digital: NoTanMalo
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

Al trabajo que dignifica al hombre

PERSONAJES PRINCIPALES

EL VIEJO MANUELLI, presidente de la empresa que lleva su apellido.

BEPPO MANUELLI, su hijo, subdirector general.

GIULIANA, secretaria de Beppo.

MAURO DE BLASI, director general de Manuelli.

MARISA DE BLASI, su mujer.

ANNA MENGOZZI, secretaria de Mauro.

STELLA, asistenta de los De Blasi.

MARCO, *just a gigolo*.

GUIDO MARSILI, subdirector general a cargo del personal.

BASTIANELLI, responsable de seguridad de Manuelli.

MANNUCCI, responsable de seguridad de la planta de Manuelli en Nola.

BIROLI, presidente de Artenia.

LICIA BIROLI, su nieta.

LUIGI RAVAZZI, *el Agujero Negro*, heredero de un gran grupo industrial y jefe de Licia Birolli.

EL DIPUTADO PENNACCHI, subsecretario de Desarrollo Económico.

AURELIA PENNACCHI, *la Tijera*, su mujer.

GIANCARLO FORMIGGI, subjefe de policía y exnovio de Marisa.

GUIDOTTI, LACHIESA y ROTONDI, médicos de Mauro.

1

«Fue entonces cuando tuvo la desgarradora certeza de la proximidad de su muerte».

Estaba aplicándose la espuma de afeitar y primero se sobresaltó, pero luego se quedó paralizado con las yemas de los dedos embadurnadas sobre la mejilla derecha.

En el espejo aparecía en la misma pose de la foto publicada en la portada del último número de *Comunicazione e Impresa*, revista dedicada a los ejecutivos más importantes de Italia, en cuyo interior también había una larga entrevista que le habían hecho.

Unos segundos antes estaba absorto reviviendo mentalmente la cena de la noche anterior, a la que el viejo Birolli había acudido acompañado de una nieta veinteañera que quitaba el hipo, y de repente habían aparecido esas palabras. O, mejor dicho, las había leído. Pero... ¿dónde? ¿En el espejo?

Sí, pero no exactamente en el espejo, sino en lugar del espejo. Y es que, durante un instante tan corto que no le había dado tiempo ni a pestañear, debía de haberse ido la luz y, en la oscuridad, el recuadro invisible del espejo se había transformado de pronto en una especie de pantalla de cine minúscula en la que había aparecido la frase en nítidas letras blancas. Y escrita en cursiva, como si se tratara del último rótulo de una película muda.

Sin embargo, no la había leído, alguien la había pronunciado en voz alta.

Pero no, no estaba en el cine, estaba en su baño.

Por lo tanto, solo podía haber sido él: había hablado solo.

Era la primera vez que le pasaba. O quizá le había pasado más veces, pero nunca se había fijado.

¿Cosas de la edad? ¿Con apenas cuarenta y dos años? Menuda tontería.

Fuera como fuese, no podía permitirse el lujo de decir cosas sobre las que no tenía el más mínimo control. ¡Y si le ocurría durante una reunión del consejo de administración o mientras estaba metido en una negociación delicada!

Decidió ir a contárselo a Guidotti en cuanto tuviera ocasión.

Empezó a afeitarse, aunque se sentía ligeramente incómodo.

«Fue entonces cuando tuvo la desgarradora certeza de la proximidad de su muerte».

Lo que más le molestaba era la poca espontaneidad de la frase.

Demasiado elegante, demasiado bien construida. Él ni hablaba ni escribía así. Era una frase de escritor y él jamás se había entregado a la fantasía de la escritura, ni siquiera de adolescente, cuando los primeros amores te empujan a plasmar palabras en un papel. En realidad, era como si la hubieran proyectado desde fuera; no era posible que la hubiera concebido en su interior, él solo.

Además, ¿quién era el sujeto?

¿O el objeto?

¿A quién pertenecía, en resumen, esa muerte?

Desde luego, a él no.

A no ser que se hubiera puesto a hablar de sí mismo en tercera persona, como hacía el viejo Manuelli. «Manuelli no sabía ni qué era una fábrica cuando entró a trabajar a los dieciséis años como aprendiz de soldador». Hablaba de sí mismo como si leyera su biografía. Y todo el mundo se reía de él a sus espaldas.

Salió desnudo del baño y se metió en el vestidor. Se puso el reloj en la muñeca y miró la esfera. Aún tenía tiempo, faltaba una hora para que llegara el coche. Dio un paso hacia el cajón de la ropa interior, pero entonces cambió de idea. Se dio la vuelta y entró en el dormitorio.

Marisa estaba dormida. Como de costumbre, no abriría los ojos antes de las diez. Le gustaba el calor, así que tenían la calefacción puesta al máximo incluso por la noche, pero en aquel momento quizá la temperatura fuera excesiva hasta para ella: estaba boca abajo, desnuda, con la sábana arrebujada a un lado; tenía los muslos ligeramente separados y una de sus largas piernas, la izquierda, sobresalía por el borde de la cama.

Lo asaltó un arrebató de deseo tan imprevisto como violento. La noche anterior no lo habían hecho, aunque él había tenido ganas: la velada se había alargado hasta las dos y, nada más meterse en la cama, Marisa había murmurado que estaba muy cansada, algo que sucedía en muy pocas ocasiones.

En los cinco años que llevaban casados, raras veces lo había rechazado e, incluso, con frecuencia era ella quien tomaba la iniciativa. La miró: tenía un cuerpo magnífico, de veinteañera, que lucía con la plena conciencia de sí misma que tiene una treintañera.

¿Qué hacer? ¿Despertarla?

La conocía bien, no habría sacado nada en limpio, apenas un seco y rotundo «vete, déjame dormir».

Marisa se encerraba en el sueño como un polluelo dentro del huevo y ay de quien rompiera la cáscara antes de tiempo.

Sin embargo, cuanto más la miraba, más fuerte y apremiante se volvía el deseo. Si no se libraba de él se lo llevaría encima al trabajo y sin duda alguna lo ofuscaría, lo haría estar menos alerta y menos rápido.

Y sabía que aquella mañana no podía despistarse ni un segundo.

Se acercó, se encaramó a la cama de forma que su peso no desequilibrara el colchón y luego, apoyándose en la palma de la mano izquierda, alzó la pierna hasta posar al otro lado del cuerpo de Marisa la rodilla derecha, a la que siguió la mano de ese mismo lado.

Una pirueta digna de un atleta, se felicitó. Había quedado suspendido encima de ella.

Descendió lentamente para salvar los pocos centímetros que aún impedían que su sexo rozara el pliegue de finísima seda que tenía debajo. Le bastó con poco.

Marisa se ha despertado nada más notar que Mauro se subía a la cama, pero se ha hecho la dormida. Ha tenido que morderse la lengua para cortar el paso a la serpiente del asco que se ha deslizado desde su vientre hasta su garganta en cuanto ha sentido el sexo de su marido entre las nalgas.

Ni siquiera se ha movido cuando, al cabo de una eternidad, él ha terminado y ha vuelto a meterse en el baño.

Pone mucha atención para descifrar los ruidos procedentes del vestidor. Bueno, ahora ha bajado a la cocina a desayunar. Se levanta con cautela, corre descalza hasta el baño para limpiarse la inmundicia que se le ha quedado pegada a la piel y luego vuelve a acostarse.

Pero ¿cómo es posible que no lo vea? ¿Cómo es posible que no se haya dado cuenta de que todo ha cambiado, de que ya no soporta que la toque?

Hace un mes que...

Antes era una oruga, pero ahora alguien la ha convertido en mariposa. Y es que desde hace unos días ya no solo se siente capaz de andar, sino también de volar. Como por un milagro, todo sucedió en cuestión de tres horas una tarde que, en principio, iba a ser como cualquier otra.

Es consciente de que ya no podrá volver a dormirse.

Al cabo de un rato vuelve a levantarse, se asoma al pasillo y se acerca a la escalera que lleva a la planta baja. Escucha. Mauro ya debe de haberse ido. Vuelve al dormitorio, coge el bolso, saca el móvil, lo enciende y llama a un número.

—¡Sorpresa! ¡Buenos días, amor mío!

—¡Buenos días! ¿Qué haces despierta a estas horas?

—A Mauro se le ha caído algo y me ha...

—¿Cómo fue lo de anoche?

—¡Un tostón!

—¿Y qué haces ahora?

—Estoy en la cama, desnuda. ¡Me gustaría tanto estar contigo! Oye... no te enfades, por favor, pero ¿me recitas uno?

—¡¿Ahora?!

—Sí, sí.

—Amor mío, es que ahora no es un buen momento: estoy de camino al despacho, no llevo el manos libres y hay un tráfico horroroso.

—Venga, hazme ese favor, uno muy muy cortito.

—Bueno.

Marisa se pone la mano entre las piernas.

—«Redondo hasta el punto de darme tormento, / un muslo separas del otro. / ¡Dilatas tu furia una agria noche!».

—¡Sigue, sigue!

—¿Eh? ¡No, mujer! ¡Ya está bien! ¡Eso es todo!

—¿De quién era?

—De Ungaretti.

—No he entendido mucho, pero me ha gustado. ¿Llegarás esta tarde a las cinco?

—Creo que sí.

—Es que no puedo más. Hace una semana que...

—Yo tampoco. Perdona, amor mío, pero estoy conduciendo y...

—El desayuno está servido, *dottore*.

Él ni siquiera le contesta y sigue haciéndose el nudo de la corbata. Anka, la asistente, se marcha.

¡Cómo insistió su padre para que la contratara! Probablemente se la había beneficiado de todas las formas habidas y por haber durante unos meses y luego, cuando se cansó de ella, como suele pasarle, se la encasquetó a él.

Anka es una rumana entre los treinta y los cuarenta años; guapa, ni que decir tiene, con un culo y unas tetas increíbles, que habla un italiano perfecto y que en su país consiguió el título de aparejadora.

Su tarea principal es espiar, contarle a su padre cómo se porta, si bebe demasiado, si de vez en cuando se mete una raya... Eso lo entendió enseguida. Por otro lado, también su secretaria, Giuliana, es una simpática herencia de su padre. Claro que al menos con Giuliana...

¡Mierda! ¡Cuánto pelo se le está cayendo últimamente!

Y además tendría que ponerse un poco a régimen... Ya ha llegado al último agujero del cinturón. Baja al comedor.

Después de los tres años que pasó en Estados Unidos, adonde su padre lo mandó a perfeccionarse, Beppo ha adoptado la costumbre de desayunar a la americana.

Se sienta de forma que da la espalda al retrato de tamaño natural de su padre, que el viejo se empeñó en que colgara en el comedor con el único objetivo de recordarle constantemente quién paga desayuno, comida y cena.

Desmonta con parsimonia todo el castillo de bandejitas, platitos, cuenquitos, vasos, jarritas, tacitas y teteras preparado con detenimiento por Anka.

—Su secretaria al teléfono. Quiere saber si hoy tiene que pasar a recogerlo — anuncia con una sonrisilla en los labios, la muy puta.

—Sí, muy bien, que venga.

Lleva seis meses sin carnet. Se lo quitaron por embestir a un viejo agilipollado que iba en bici y que salió volando por los aires. Y ni siquiera fue capaz de morirse,

el muy imbécil. Un mesecito en el hospital y listo. Él ya creía que se había ido de rositas, pero tenía que pasar por allí el típico mamón que en lugar de tocarse los cojones prefiere ir a tocárselos a los demás. El tío consiguió apuntar la matrícula de su Mercedes y dársela a los carabineros. De no haber sido por su padre, la cosa podría haber acabado peor. Por eso Giuliana se ofrece a ir a buscarlo. Aunque antes llama por teléfono, porque a veces él pide un taxi o un coche de la empresa.

Mira la hora, se levanta, le dice a Anka:

—Cuando llegue Giuliana, hágala pasar a mi estudio.

Acaba de sentarse detrás del escritorio cuando suena el teléfono. Es la línea directa con su padre.

—Hola, papá.

—Hola, Beppo. Oye, hoy no voy a trabajar, que he pasado muy mala noche.

A los setenta y cinco años, pasar la noche con una menor debe de resultar agotador. Hace poco que el viejo ha descubierto la carne fresca y le ha entrado hambre.

—Solo quería decirte que esta mañana mejor que Mauro no te vea. Mantente alejado, ¿entendido?

—¿No quieres que vaya al despacho?

—No he dicho eso. No hagas como si no me entendieras. Lo que digo es que mejor que no te vea.

—Muy bien, papá.

—Adiós.

Pega un buen manotazo en la mesa. ¿Es o no es el subdirector general? ¿Cómo es posible que Mauro de Blasi pretenda y consiga que él no esté presente cuando hay que tomar decisiones importantes? ¡No es ningún niño, cojones! ¡Tiene cuarenta y cinco años y la cabeza encima de los hombros, joder! ¡En fin, muy pronto le dará una lección a ese hijo de la gran puta que se cree Dios en la Tierra desde que ha salido en la portada de una revista!

Si lo que tiene pensado llega a buen puerto, habrá una auténtica revolución en la empresa ¡y su padre tendrá que agradecerse!

Llaman discretamente a la puerta.

—*Dottore*, ha llegado la señorita Giuliana.

—Hágala pasar.

—Buenos días, *dottore*.

—Buenos días, Giuliana. Siéntese, tengo que hablar con usted.

Dos frasecitas declamadas de cara a la asistenta.

Giuliana entra y cierra la puerta tras ella. Va elegantísima, fresca y perfumada, con una actitud de mujer activa y ocupada. Se queda de pie al lado de la puerta y mira interrogativamente a Beppo, que le devuelve la mirada.

Entonces se da la vuelta, gira la llave en la cerradura sin hacer ruido, se aproxima a Beppo, que no se ha levantado de la butaca pero la ha girado, y se arrodilla entre

sus piernas.

—No —dice él.

Giuliana, sin decir nada, se pone en pie, se sube la falda, echa el cuerpo hacia delante y apoya las manos en el escritorio. No lleva bragas, las ha dejado en el bolso. Ya se las pondrá cuando Beppo haya acabado.

—¿Ha llegado Marsili? —pregunta Mauro al pasar por delante de la mesa de su secretaria.

—Sí, señor director.

—Dígale que venga a verme.

Encima de su escritorio, un patio de armas, tiene dos ordenadores, cuatro teléfonos, un intercomunicador, un reproductor de MP3 diminuto, un fax, una pluma estilográfica, un lápiz y la foto de Marisa en un marco de plata.

Ni un papel, ni un bloc de notas, nada. En todo el despacho no se ve un solo estante de libros, ni siquiera minúsculo.

Llaman. La puerta se abre un poco, asoma la cabeza de Marsili.

—¿Se puede?

Mientras Marsili entra y cierra la puerta, Mauro habla por el intercomunicador.

—¿Anna? Durante diez minutos no estoy para nadie. Y nada de llamadas.

Guido Marsili es uno de los dos subdirectores generales. Se ocupa, entre otras cosas, del personal. El segundo subdirector general es Beppo Manuelli, una nulidad absoluta, enchufado por su padre, que es el presidente del grupo.

Marsili, en cambio, es un hombre capaz, inteligente y preparado, de su misma edad. Cuando se le dice lo que tiene que hacer, lo hace raudo y veloz, como una apisonadora, sin pensárselo dos veces.

Mauro se ha enterado, por pura casualidad, de que a Marsili le gusta leer poesía. Al principio se sorprendió: no se lo esperaba de alguien como él, pero como la cosa no ha influido en su trabajo...

—¿Has avanzado? —pregunta Mauro.

—La oportunidad me ha caído del cielo, por así decirlo. Se ha puesto en contacto conmigo un tal Pistilli, un capataz napolitano que, como tal, no sabe tener la boca cerrada.

—¿Y qué quería?

—No, nada, solo darme las gracias. Resulta que su hijo ha suspendido dos veces el examen de bachillerato y el hombre acudió a mí por si conocía a alguien... En resumen, que lo saqué del brete.

—Muy bien, cuéntame.

—Había leído tu entrevista en *Comunicazione e Impresa* y se había entusiasmado, yo le he parado los pies.

—¿Cómo?

—Le he explicado que, en cierto modo, el periodista había tergiversado tus palabras y que estabas hecho una furia. Le he dejado claro que habían omitido toda una parte en la que explicabas que, debido a la crisis, había dificultades circunstanciales que quizá, y he repetido lo de «quizá», podrían obligarnos en breve al recorte de varios centenares de trabajadores y también al cierre de como mínimo una planta. Y, por supuesto, le he pedido por favor que no dijera nada a nadie.

—¿Ha picado?

—Con toda la ilusión del mundo.

—¿Y si mantiene la boca cerrada por gratitud?

—Venga, hombre... ¿Es que no conoces a esa gente del sur? Hablan por los codos. Si le hubiera hecho jurar que guardara silencio por la sangre de san Genaro, quizá... Hablará, no te preocupes.

—Oye, dentro de media hora viene Birolli. ¿Está todo preparado?

—Sí.

—Anoche vino a cenar a casa. ¿Sabes que va diciendo por ahí que es como un segundo padre para mí porque mi primer trabajo fue en su empresa...?

Marsili cree haber advertido un ligero cambio en la voz de Mauro. Quizá se ha emocionado un poco. Sabe que no llegó a conocer a su padre, muerto dos meses antes de que naciera. Seguramente es una herida que no se ha cerrado, de modo que Marsili se apresura a hundir en ella el cuchillo:

—¿Te dolería perderlo a él también?

Mauro sonríe. Está claro que Marsili no entiende bien a los hombres, por algo él es el director general y Marsili solo su subdirector. No le contesta.

—¿Por qué lo invitaste a cenar? —insiste el otro.

—Bueno, lo hago de vez en cuando. Además, ayer era mi cumpleaños.

—Felicidades.

—Gracias. En fin, sea como sea, Birolli me amargó la noche.

—¿Y eso?

—Tenía un aire de perro hambriento que suplica un hueso...

—Espero que no te dejaras conmovir.

El bueno de Marsili, gran lector de poetas, ha vuelto a caer. Cuesta poco pillarlo, es bueno saberlo.

—No hay peligro. O nos lo cede todo o no hay nada que hablar. ¡No somos hermanitas de la caridad! Cuando acaben las negociaciones, le propondremos una cifra determinada por su paquete de acciones. Podemos asumir sus pérdidas con una reducción de nuestros beneficios: si se quedan ahí, cien millones de pérdidas son un desperdicio, pero si los metemos en nuestro balance valen cuarenta en reducción de impuestos. Echa tú las cuentas... Así, él se libera de sus acreedores y nosotros ganamos mucho más de lo que vamos a pagar. El que paga, al final, siempre es el mismo. Tú sobre todo procura no dejarte impresionar. Conozco a Birolli, montará una escenita, dirá que si tiene que ceder la empresa se morirá de pena... Ah, me olvidaba:

vamos a obviar lo de los despidos y la movilidad de los empleados. Le mencioné lo de la reunión con el subsecretario y las medidas para nuestro personal y se ha creído que con la plantilla de Artenia vamos a respetar el convenio colectivo.

Esta vez es Marsili quien sonrío sin decir nada.

—¡Queridísimo amigo! —exclama Mauro mientras se levanta radiante y va al encuentro de Birolli con los brazos abiertos.

Se abrazan. El anciano lleva una cartera bastante voluminosa. No tiene buena cara.

—¿Te encuentras bien?

—No he pegado ojo. Por culpa de tu cena.

Birolli estrecha la mano que le ofrece Marsili, que inclina un poco la cabeza para mostrar el debido respeto a uno de los padres del renacimiento industrial, por mucho que en estos momentos esté al borde de la quiebra. O, más bien, ya con un pie más allá del borde. Todo le iba estupendamente hasta que, hace tres años, su hijo Giacomo murió en un accidente automovilístico. Birolli volvió a coger las riendas de la empresa, pero ya no era el mismo. Cometió un error tras otro y la crisis fue el tiro de gracia.

—¿Has venido solo? —le pregunta Mauro.

—Me ha acompañado mi nieta.

Birolli ya no conduce, ve mal.

—¿Quieres tomar algo? —le propone.

—Nada, gracias.

—Vamos a sentarnos aquí —sugiere Mauro señalando una mesa con doce sillas situada en un rincón de su enorme despacho.

Birolli lo mira asombrado.

—Pero ¿no habías dicho que estaría Manuelli?

—El viejo ha llamado hace nada. Pide disculpas, anoche tuvo una ligera indisposición. Ha delegado por completo en mí. Por otro lado, esto no es más que una reunión informal, ¿no?

Birolli, resignado, se sienta.

Hace ademán de abrir la cartera que ha dejado en la mesa delante de él, pero Mauro lo detiene poniendo una mano encima de la suya.

—Deja, deja.

—Pero aquí llevo... Tenéis que saber lo que...

—Ya nos hemos informado. Sabemos todo lo que es preciso saber. —Le sonrío y continúa—: Hay que jugar en igualdad de condiciones. ¿Lo ves? Ni Marsili ni yo tenemos un solo papel delante. Primero se habla y se debate a cara descubierta, se llega a un acuerdo y luego se pasa a lo escrito. Todos tenemos mucha prisa y además somos caballeros. ¿O no?

La mirada de Birolli es de ensueño.

—¡Ah! ¡Qué tiempos aquellos, cuando negocios más importantes que este se ratificaban con un simple apretón de manos!

Entre Marsili y él, con un perfecto juego en equipo, tardan menos de tres horas en cocerlo en su jugo y comérselo con patatas.

—Voy a informar al consejo de administración, os comunicaré lo que se decida en cuanto lo sepa —dice Birolli.

Aun así, Mauro es perfectamente consciente de que se trata de una mera formalidad: el consejo de Artenia, dada la situación, no tendrá más remedio que tragar y ratificar el acuerdo. Con la crisis actual, los bancos han contestado negativamente a las peticiones desesperadas de Birolli. Puertas cerradas en todas partes. Y Artenia ha acabado en un callejón sin salida.

—Y nosotros nos encargaremos de que el pago por la adquisición de tu paquete de acciones sea inmediato —lo tranquiliza Mauro.

Birolli deja escapar un suspiro de alivio.

—¿Me haces un favor? ¿Puedes pedirle a tu secretaria que telefonee a mi nieta y le diga que ya he acabado?

—Cómo no. Dame el número.

Birolli se lo da y Mauro lo memoriza para aprovecharlo en beneficio propio.

—Anna —dice por el intercomunicador—, ¿podría llamar a la nieta del *dottor* Birolli y decirle que...?

—Pero ¡si ya está aquí!

Birolli se levanta. La reverencia que le dedica Marsili es más pronunciada esta vez: un homenaje a la bandera rival rasgada y derrotada.

—Te acompaño —dice Mauro con una sonrisa.

2

Licia, la nieta, espera a su abuelo en la salita. ¡Virgen santa, qué pedazo de mujer! Mauro le tiende la mano.

Ella se la estrecha unos segundos de más mientras lo mira con una luz de regocijo en las pupilas.

Ya le quedó claro anoche que a la chica no le desagradaba.

—Te devuelvo a tu abuelo, que sale sano y salvo del foso de los leones.

—No lo he dudado ni por un momento —contesta Licia.

Y le sonrío.

Dan ganas de comérsela entera a pedacitos para saborearla como es debido. Se repite mentalmente el número del móvil.

Antes de ir a almorzar, llama al viejo.

—¿Cómo ha ido?

Es lo primero que le pregunta Manuelli. Se habrá pasado toda la mañana pegado al teléfono esperando la llamada.

—Puedes dar por ganado el partido.

—¿Cómo se lo ha tomado?

—¿Cómo quieres que se lo tome? ¡Se lo hemos quitado todo!

—¡Pobre hombre! Pero no hay que vender la piel del oso antes de cazarlo.

—¡Venga ya! ¿Qué quieres que haga el consejo de administración de Artenia? Si hasta le hemos comprado sus acciones como premio de consolación. A nosotros nos viene bien todo, como beneficio fiscal...

—Pero... ¿Cuánto le has ofrecido?

—Doscientos millones. Ni siquiera ha puesto peros a los despidos, ni al cambio de nombre.

Manuelli parece perplejo, pero Mauro no le deja tiempo para pensar demasiado.

—Bueno, ¿y tú cómo estás?

—¿Yo? Bien.

—Como a primera hora me han comentado que no te...

—No me pasaba nada. He preferido que Birolli no me viera. Somos viejos amigos, como sabes. Manuelli y Birolli empezaron a trabajar juntos, eran las cabezas locas del sindicato. Luego Manuelli se hizo pequeño empresario y Birolli no quiso ser menos...

El autohomenaje en tercera persona habría seguido hasta el infinito si Mauro no se hubiera decidido a interrumpirlo con la excusa de tener un compromiso importante.

Marisa se despereza y de su boca sale un gemido de placer involuntario. Si fuera una gata, se pondría a ronronear.

—¡Qué bien estoy contigo! —exclama. Y luego, volviendo a abrazar a Guido y poniéndole una pierna encima, añade—: ¿Qué le has dicho a Mauro?

—Que tenía que acompañar a mi madre al hospital porque mañana la operan.

—¿Y es verdad?

—¡Claro que es verdad!

—Pero... ¿¿no has ido?!

—Mira, amor mío, no me hagas sentir aún más culpable. He tenido que elegir, ahora no me echas en cara que te haya elegido a ti.

Marisa lo estrecha en sus brazos, agradecida. Le susurra al oído:

—Quiero otro...

—¡A ver, me parece que ya te he recitado uno bastante largo!

—No me basta, ¡por favor!

—Bueno, bueno.

Ella deja escapar un gritito, una especie de breve relincho, lo suelta y se pone boca arriba, con las piernas ligeramente separadas y los brazos levantados, como en un gesto de rendición. Guido se acuesta sobre ella y murmura a pocos milímetros de su boca entreabierta:

—«Amé trilladas palabras que ninguno...».

Le lame despacio una vena de la garganta, que palpita.

—«... arriesgaba. Me encantó la rima flor...».

Ahora sus labios se demoran en los pezones.

—«... amor, la más antigua y difícil del mundo...».

Cuando llega a los dos versos finales, su rostro ya ha desaparecido entre los muslos de Marisa.

—«Te amo a ti que me escuchas y la buena carta / que ha salido al final de mi juego».

Ella, retorciéndose y gimiendo, lo agarra del pelo y tira de él hacia arriba.

Luego, mientras se viste, le dice, enfurruñada de repente:

—Guido, yo a esa casa no quiero volver.

Ya sabía él que tarde o temprano Marisa le soltaría esa gilipollez. Y se había preparado debidamente.

—¿Y adónde te gustaría ir?

—A ningún lado. Me quedaría aquí, en tu casa, contigo.

—Mira, Marisa...

—Yo a Mauro ya no lo quiero. No siento nada por él. De hecho, cuando... Me entra un asco que vomitaría. ¿Me entiendes o no?

—Sí, claro que te entiendo, pero...

—Tú me has cambiado, ya no soy la misma. Era una muñeca hinchable, no razonaba, no pensaba, no leía, no entendía la poesía... Antes de conocerte estaba enamorada de Mauro, en serio, pero ahora... No sé explicármelo, pero es así. ¿No me crees?

—Claro que te creo. Es algo que sucede con más frecuencia de lo que te imaginas. Es una irregularidad del corazón.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Quiere decir... Bueno, que el amor que sentimos por una persona a veces puede sufrir una interrupción, un apagón momentáneo... Una intermitencia, vamos.

—Un momento. ¿Me estás diciendo que lo nuestro es algo pasajero? ¿Un capricho? ¿Que yo, después de ti, podría volver a querer a Mauro como antes?

—¿Por qué no? Podría suceder.

—¿Y podría suceder que tú volvieras con tu ex?

—Eso es imposible, desde luego.

—¿Lo ves? ¿Por qué lo que sirve para ti no puede servir también para mí?

¡Al final va a resultar que la tía no es tan idiota!

—Estoy intentando explicarte que hace falta tiempo para comprender si se trata de una intermitencia o de una interrupción definitiva. Hace apenas un mes que empezamos con esto, Marisa.

—A mí me parece que llevo toda la vida contigo...

—Es una impresión, no se corresponde con la realidad. Hoy por hoy, lo tuyo puede ser un simple arrebato. Aun así, precisamente porque creemos que la nuestra puede ser una relación seria, es necesario valorar la situación con calma.

Solo faltaría ahora que la muy imbécil dejara al otro para irse a vivir con él. Para empezar, Mauro lo echaría a patadas de la empresa sin pensárselo ni un segundo. Y, con los tiempos que corren, el peligro de quedarse en el paro varios años es altísimo.

Anna Mengozzi, la secretaria de Mauro, casi siempre es la última en salir del despacho. Se despide del vigilante, coge el ascensor y abandona el décimo piso. El portero le da las buenas noches detrás del mostrador repleto de monitores de vídeo y teléfonos. Ella sale a la calle y mira a su alrededor, la discreta llamada de un claxon la ayuda a orientarse: el coche de Marco está aparcado bastante cerca. Mientras cruza, él le abre la puerta.

—Hola, amor mío.

—Hola, cariño.

—¿Hace mucho que esperas?

—Cinco minutos. ¿Qué hacemos? ¿Vamos primero a casa y luego cenamos por ahí o viceversa?

—Viceversa.

Tiene más hambre de Marco que de cualquier otra cosa, pero prefiere disfrutar sosegadamente de la velada, consciente de que su apetito se satisfará más tarde con creces.

A los cuarenta y ocho años, ya no lo esperaba.

Se casó apenas cumplidos los veinte, locamente enamorada de un individuo que tardó pocos meses en revelarse como un granuja y que la dejó embarazada antes de desaparecer para siempre. Con muchos sacrificios, Anna consiguió que su hijo estudiara, y al final Giovanni ha llegado a abogado y ahora trabaja en un gran bufete de Roma. Va a verla una vez al mes. Ya se había resignado a la soledad, aunque sin abandonarse, sin dejar nunca de arreglarse, cuidándose mucho, yendo con sus amigas al cine, al teatro o a comer a algún restaurante discreto. Un poco por ella misma, sin duda, y un poco porque se lo exige el trabajo: el ojo del jefe tiene su peso, y además todos los días pasa por delante de su mesa un desfile continuo de gente importante, de la que sale a menudo por la tele.

Hasta que una noche, hace dos meses...

Al salir del despacho del *dottor* De Blasi, Beppo Manuelli le suelta:

—¿Cuánto hace que no salimos a cenar juntos tú y yo?

—Bastante.

—¿Y por qué no vamos esta noche?

Anna no tiene ningún compromiso y si puede evitar quedarse sola en casa...

—Encantada.

—¿Te hace falta pasar por casa?

—Sí, mejor.

—Entonces estaré allí a las nueve para recogerte.

Beppo es un muermo, pero ¿cómo se le dice que no a un subdirector general que encima es hijo del presidente? Dicen por ahí que es un salido, como lo era su padre; pero con ella, las cuatro o cinco veces que han salido juntos, se ha comportado de forma correcta y educada. De todos modos, si intentara algo ella sabría mantenerlo a raya. El verdadero objetivo de esas invitaciones a cenar lo entendió ya el primer día: como Beppo en la empresa no hace nada porque es un inútil (fue su padre quien le asignó un sueldo generoso, un buen despacho y un pedazo de puta como secretaria), pretende sacarle información general para no quedarse en blanco si alguien le pregunta algo. Le tiene una envidia mortal al *dottor* De Blasi ya que, según él, el cargo de director general tendría que haberle correspondido por derecho de sangre. ¡Menuda idea! Lo habría mandado todo al garete en cuestión de días.

Beppo la lleva a un restaurante que está de moda. Ella, que conoce sus gustos caros, se ha arreglado a lo grande.

Como había previsto, Beppo quiere saber de las últimas actividades de De Blasi. Anna, por descontado, le cuenta cuatro vaguedades, pero parece que con eso se da por satisfecho.

Mientras hablan, ella se ha fijado en un apuesto individuo de unos cuarenta años, un galán con cara de hombre misterioso, elegante, que está sentado solo a una mesa cercana y que no le quita los ojos de encima hasta el punto de avergonzarla.

Por suerte, Beppo le da la espalda y no se percata de nada; si no, con lo imbécil que es, habría sido capaz de montarle una escena.

A la mañana siguiente, cuando está a punto de entrar en el vestíbulo del edificio donde tiene su sede la empresa, Anna vacila un instante, reduce el paso y vuelve un poco la cabeza para mirar mejor al hombre plantado a dos pasos, inmóvil a pesar de la lluvia insistente.

Sí, ha visto bien: es el hombre misterioso del restaurante. Lleva un traje de lino claro que le habrá costado un montón de dinero.

Pero ¿qué pretende?

Tendrá como mínimo cinco años menos que ella y, con lo guapo que es, seguro que no le faltan mujeres mucho más jóvenes y atractivas.

Al mediodía, Anna suele ir a comer con algunos compañeros a un pequeño restaurante de los alrededores que tiene un acuerdo con la empresa.

El hombre misterioso está al lado de la puerta de la calle, montando guardia, la sigue hasta el restaurante, se sienta a una mesa a su lado y la mira con tanta insistencia que, en un momento dado, Stefania, la secretaria de Marsili, le da un codazo en el costado y le dice:

—Estás triunfando...

Luego, por la noche, de camino al aparcamiento, vuelve a verlo aparecer a su lado como por arte de magia.

—Perdone si la molesto solo un segundo...

Y así empieza todo.

Mauro y Marisa han ido a cenar a casa del diputado Pennacchi, que es subsecretario de Desarrollo Económico. Son seis, tres parejas. Está también Viscardini, recadero, secretario y hombre de confianza de Pennacchi, junto con su mujer, Angela, una rubia sosa. Aurelia, la mujer del diputado, más conocida como «la Tijera», es una mina de habladurías. Sentado al lado de Pennacchi, Mauro lo oye hacer gala de un optimismo algo inconsciente sobre el desarrollo de la crisis, aunque también es verdad que esas son las pautas que ha dado el primer ministro y los miembros del gobierno están

obligados a seguirlas. De repente, se distrae. Ha oído que Aurelia Pennacchi mencionaba un nombre: Licia Birolli. Presta atención, pero Aurelia ha bajado la voz y habla al oído de Marisa, que se ríe. Luego añade en voz alta:

—¿Os habéis enterado de la nueva locura de Europa? ¡Pretenden que quitemos el crucifijo de los edificios públicos!

Las señoras, también en voz alta, expresan la indignación general, pero Pennacchi, para estupor de los comensales, dice:

—Yo estoy de acuerdo.

Todos enmudecen. ¿Acaso se ha vuelto loco? ¿Él, que siempre ha estado contra las parejas de hecho, el testamento vital, los homosexuales, la mifepristona, el aborto y la píldora? ¿Él, que siempre se ha alineado con las palabras de obispos y cardenales?

—Pero ¡¿qué dices?! —exclama en nombre de todos Aurelia.

—Estoy de acuerdo para evitar una ofensa continuada a nuestro Señor.

—Explícate —insiste ella.

—A ver, amigos míos —sigue el diputado—, ¿no os dais cuenta de todas las vilezas que cometen los magistrados comunistas en las salas de los tribunales en presencia del crucifijo? ¿De los abyectos actos que tienen lugar en las aulas académicas, como el consumo de drogas y el acoso o los escarceos sexuales, en presencia del crucifijo? ¿Y cuántas veces triunfa la corrupción en un edificio público ante el crucifijo? ¿Creéis que Jesús no sufre al ver toda esa sarta de ignominias? ¿Creéis acaso que no llora? ¿Que no vuelve a sentir cada vez que lo atraviesan los clavos? ¡Mejor ahorrarle tantos tormentos y torturas!

Se ha emocionado. Se pasa una mano por los ojos. Aurelia se levanta de repente, corre a abrazarlo y, acto seguido, pregunta:

—¿Quién quiere un café?

Al acabar la cena, que se ha prolongado demasiado porque entre plato y plato ha pasado media hora larga, Pennacchi se disculpa con las señoras, necesita hablar un momento con Mauro. Los tres hombres se retiran al despacho. Detrás del escritorio está colgado un gran crucifijo. El diputado les ofrece un *whisky* y se enciende un puro. Luego se dirige a Mauro:

—¿Por qué no me has dicho que estabas pasando dificultades?

¡Coño! ¡Marsili ha dado en la diana! Su capataz napolitano se ha ido de la lengua, y cómo. ¡Debe de haber utilizado un megáfono!

Mauro se hace el sorprendido.

—¿Cómo lo has sabido?

—Rumores que circulan por ahí.

—Venga, ¿quién te lo ha dicho?

—Se dice el pecado, pero no el pecador.

—En fin, querido diputado, era inevitable que la crisis afectara también a nuestro sector, que, como bien sabes, depende sobre todo de los pedidos del extranjero. Sin embargo, aún tenemos recursos suficientes para recuperarnos y apostar por el saneamiento de Artenia: ¿sabes que estamos a punto de cerrar un acuerdo?

—Lo sé, pero no cambies de tema. ¿Qué piensas hacer con tu mano de obra excedente?

—Un recorte, no veo otra solución.

—¿De qué estamos hablando?

—Creo que voy a tener que proponer la reducción de como mínimo ochocientos trabajadores.

—¿Y también pretendes cerrar alguna planta?

—Es inevitable. Me temo que... al menos dos.

—¿Dónde?

Hace tiempo que Mauro tiene preparada la respuesta que le conviene dar.

—En Gallarate y en Saronno.

Pennacchi nació en Gallarate y su hermano, su gran apoyo, es el alcalde de Saronno. Con el cierre de esas dos plantas perdería la hostia de votos. El honorable subsecretario acusa el duro golpe. Apaga el puro lentamente y luego, mirando a Viscardini, le dice:

—Perdona, ¿podrías salir un momento?

El aludido se levanta, sale y cierra la puerta. Pennacchi se inclina hacia Mauro y, en voz baja, como en confianza, le pregunta:

—¿Me dices lo que quieres?

Y Mauro se lo dice.

Cuando salen de casa de Pennacchi son poco más de las doce. Marisa ha buscado alargar la velada sin que se notara, de forma que, al llegar a casa, resultara creíble objetar un cansancio más que justificado ante los inevitables escauceos de Mauro. Pero no ha tenido éxito: el honorable subsecretario ha dicho que tenía que madrugar, que lo reclamaban en Roma, de modo que Marisa ha tenido que resignarse y ponerse el abrigo. Está segura de que Mauro la apremiará, y más de lo habitual, porque lo ha visto salir muy animado de la charla con Pennacchi. Ella no entiende nada de los tejemanejes de su marido, aunque eso sí, cuando los lleva a cabo lo intuye enseguida y se da cuenta de que son arriesgados, muy peligrosos incluso. Si le salen bien descarga con ella la tensión nerviosa a la que se ha visto sometido obligándola a hacer el amor durante horas hasta que se desploma derrengado.

—Mientras tú vas al baño me quedo a ver un poco la tele —dice Mauro—, no tengo sueño.

Poco después apaga el televisor y las luces de la sala de estar y se dirige hacia la escalera. Las noticias de la crisis, el aumento del paro, los cierres de fábricas... todo lo que ha visto en el informativo lo ha puesto de mal humor.

Mas tarde, ya en la cama y mientras hojea el libro de un economista inglés, recuerda de pronto un detalle de la velada con los Pennacchi.

—¿Estás dormida? —le pregunta a Marisa, que le da la espalda, mientras le acaricia ligeramente el trasero desnudo.

—Casi.

Espera que Mauro no malinterprete el escalofrío de asco que ha recorrido su cuerpo automáticamente en cuanto ha sentido su mano en la piel.

—¿Qué te decía la Tijera? ¿A quién criticaba?

—¡Ay, Dios mío! —exclama Marisa algo aliviada—. ¿En qué momento? ¡No ha dejado de hablar!

—Date la vuelta.

Se ha equivocado, a Mauro no le gusta que le hablen sin mirarlo a la cara.

—Me ha parecido que te decía algo sobre la nieta de Birolli, la que vino ayer a cenar con él.

—¡Ah, sí! ¿Sabías que trabaja con Ravazzi?

—¿Con Ravazzi?! No. ¿Y qué hace?

—Es su asesora personal, por lo visto es una especie de genio.

—¿Lo dices en serio?

No es la primera vez que conoce a una mujer que esté metida en economía o en actividades industriales, pero nunca habían destacado por su belleza.

—¿Por qué no iba a decirlo en serio?

—Pero ¿cuántos años tiene?

—Veinticinco. Terminó la carrera con matrícula a los veintidós y ya en el último año había recibido tres o cuatro ofertas de trabajo. Acabó eligiendo a Ravazzi.

—¿Y por qué precisamente a él?

—En un primer momento, porque era el que le pagaba más, pero luego, o al menos eso asegura la Tijera, no se ha dedicado solo a asesorarlo, sino también a echarle una mano cuando tiene alguna necesidad muy muy personal.

—Entendido.

—La Tijera también ha dicho que además... todo ese amor por su abuelo...

¡Muy bien, Licia!

—En fin, buenas noches —murmura Mauro.

¡Salvada! Tras ese milagro inesperado, Marisa se vuelve de nuevo hacia el otro lado.

Poco después, antes de apagar la luz, Mauro se detiene a mirarle la espalda, el trasero, las piernas.

Es tan esplendorosa, armoniosa y luminosa que la emoción que le provoca no tiene nada que ver con el deseo. Es una gran novedad, aunque espera que no dure

mucho.

Antes de quedarse dormido piensa en Licia Birolli. Se ha colocado bien, de eso no cabe duda.

Conoce a Luigi Ravazzi desde que ambos estudiaron en la Bocconi y ya entonces le caía mal, aunque sin motivo concreto. En aquella época, Ravazzi era el heredero si no de un imperio sí de un reino económico, pero luego debió de suceder algo en su familia y, aunque no llegaron a desheredarlo, lo marginaron bastante. Su inteligente lucha por la reconquista del trono, que duró más de un decenio, fue un ejemplo de tenacidad, prudencia, sagacidad y cinismo, y también de una falta absoluta de escrúpulos. Ahora sigue adelante como un tren a toda máquina: lo llaman «el Agujero Negro» porque devora todo lo que se le pone por delante. Por suerte, hasta el momento la carrera entre el grupo de Ravazzi y el suyo ha sido en paralelo y con una distancia de seguridad entre ambos.

La antipatía es mutua. Cuando se ven, apenas se saludan. Además, Ravazzi nunca lo ha invitado a esos simposios exclusivos que organiza y en los que participan ministros, banqueros e industriales, y no solo italianos.

No logra conciliar el sueño y se queda abrazada a él, que en cambio ronca tenuemente y parece una locomotora: de repente se detiene, pero basta soltar el freno para que vuelva a arrancar a toda velocidad. Ha empezado a notar un hormigueo muy molesto en una pierna, aunque no se atreve a moverse por temor a despertarlo. Esta noche, Marco por fin se ha decidido a contestar a la pregunta que ella le había planteado insistentemente desde la primera velada que pasaron juntos. Hasta ahora, siempre que se lo había preguntado él había sido tajante:

—No te contesto porque no me gustan las mujeres curiosas.

Pero ¿cómo podía no ser curiosa? Por otro lado, ¿no era natural que una mujer enamorada le hiciera esa pregunta a su pareja?

—Bueno, ¿vas a contarme dónde trabajas o no?

Dinero tiene, y mucho; viste con elegancia, la lleva a restaurantes donde una cena para dos vale su sueldo entero de un mes...

—Vale —le ha respondido él—. Juego a la bolsa y me va bastante bien.

Anna no se lo ha creído y así se lo ha dicho.

—A ver qué te parece esto: soy el inspector municipal de los baños públicos.

Ella se ha enfadado y le ha dado la espalda.

—Buenas noches.

Al cabo de unos instantes, las fuertes manos de él la han obligado a darse la vuelta.

—¿De verdad quieres saber a qué me dedico?

—Sí.

Entonces, de un brinco, Marco se ha puesto de pie encima de la cama y ha empezado a interpretar, con los puños en alto y moviendo la pelvis hacia delante y hacia atrás, esa canción que empieza diciendo «*I'm just a gigolo...*».

Y Anna se ha dado cuenta de que le estaba cantando la verdad.

Cuando por fin se ha dejado caer a su lado, a ella solo le ha salido una pregunta:

—Y... ¿sigues haciéndolo?

Marco la ha abrazado con fuerza.

—Ya no puedo. Desde que te conocí, no me he visto capaz. Por ti estoy agotando todos mis ahorros.

Y entonces ella, en silencio, se ha puesto a llorar de alegría.

3

—He llegado a un acuerdo con Pennacchi.

—No he dudado jamás de que sería así —dice Marsili.

—Cerramos la planta de Nola.

—Y dejamos activas las de Gallarate y Saronno.

—Sí, claro.

—¿Y qué hay del recorte de personal?

—Quinientos trabajadores de aquí y de allá.

—¿No habíamos dicho ochocientos?

—Sí, pero Pennacchi quiere limitar los daños. A cambio, nos ayudará con la operación Artenia. Me ha garantizado formalmente que el gobierno no montará ningún lío.

—¿Cómo quieres proceder?

—Convoca tú a quien tengas que convocar y oficializa la cosa. Y prepárate para el ataque de los sindicatos y la jauría de los periodistas, que darán cancha a las asambleas, a las pancartas de protesta, a las manifestaciones, a los cuatro gilipollas que se subirán a una grúa...

—Estoy preparado, no te preocupes. ¿Y tú?

—Yo intervendré cuando haya pasado la primera acometida. Y, sobre todo, atención: por ahora hay que mantener blindado el asunto de Artenia. Una sola indiscreción lo mandaría todo a pique.

Suena el intercomunicador.

—*Dottore*, el señor Birolli.

—¿Al teléfono?

—No, está aquí. Lo he hecho pasar a la salita.

—¿Ha venido solo?

—Sí.

—Gracias —dice Mauro, y después añade mirando a Marsili—: ¿Había quedado contigo?

—¿Conmigo?!

—Pues conmigo tampoco. Ha venido por iniciativa propia. Oye, no me apetece nada verlo, ve tú a preguntarle qué quiere, dile que estoy reunido y que no puedo moverme. Y déjale claro que no es buena idea que se deje ver tan a menudo por aquí, que tampoco le interesa.

Marsili sale del despacho.

Birolli ha ido solo, sin su nieta. Quizá estaba demasiado ocupada con las consultas de Ravazzi.

De repente, a Mauro lo asalta una idea incómoda. Hay algo que no encaja. Si Licia tiene tanta confianza con Ravazzi, como asegura la Tijera, ¿por qué no ha acudido a él para ayudar a su abuelo? ¿O quizá lo ha hecho y Ravazzi le ha dicho que no? Eso sería de lo más extraño porque es imposible que Ravazzi no se haya oído el negocio, como le ha pasado a él. Entonces ¿por qué el Agujero Negro no se ha tragado Artenia? Tal vez porque Ravazzi no ha sido tan listo como él, que ha puesto una par de cláusulas adicionales...

Sea como sea, cada vez se hace más necesario, por distintos motivos, encontrar la forma de pasar un buen rato con la deliciosa Licia.

Marsili da señales de vida al cabo de una hora.

—¿Qué quería?

—Ha venido a ver si arañaba algo más.

—Me lo esperaba. ¿Y cómo has reaccionado?

—¡Venga, qué cosas preguntas!

—¿Ha convocado al consejo de administración?

—Todavía no, para mí que está haciendo tiempo.

—¿Sabes qué te digo? Ese es capaz de acabar con nuestra paciencia, cuando lo que nos hace falta es cerrar esto cuanto antes. Si se alargan los plazos, aumenta el riesgo de que se filtre algo.

—¿Y entonces qué hacemos?

—Mañana lo llamas por teléfono y le dices que tiene siete días, o lo toma o lo deja.

—¿Y si lo deja?

—¿Lo dices en serio? Ese ya no tiene a quién ponerle el culo en pompa.

Se sientan a la mesa para almorzar. Marisa está blanca como el papel. Ha tomado una decisión, aunque Guido le ha suplicado hasta el último momento que no lo hiciera.

Ha llegado incluso a amenazarla:

—Si se lo dices, no quiero volver a verte ni en pintura.

Sin embargo, está convencida de que la acogerá con los brazos abiertos.

¿Cómo es posible que no se dé cuenta de que no hay otra solución, de que ella no puede seguir así?

—¿Te encuentras bien?

—No —contesta Marisa.

—¿Qué te pasa?

—Voy a contártelo. Mauro, estoy...

Sabe que Marisa le está diciendo algo porque ve que se le mueven los labios. Y debe de tratarse de algo sumamente serio porque, mientras habla, las lágrimas resbalan por sus mejillas.

Pero Mauro no está en condiciones de escuchar a nadie.

Marisa sigue hablando y llorando, pero a él no le llega ningún sonido. Es peor que cuando se está escuchando a alguien por televisión y de repente se corta la voz; mucho peor, porque en este caso el silencio es total, absoluto; ha desaparecido incluso el fondo musical de la ciudad que vive y se mueve. No se cuele nada del exterior, es como si de pronto estuviera dentro de una burbuja de aire insonorizada que lo envuelve por completo. Más que asustarlo, el fenómeno lo asombra. Le gustaría contarle a Marisa lo que le está pasando, pero no puede: tiene la boca llena de espaguetis y no consigue ni masticar ni tragar. Se le han paralizado los músculos, no obedecen a los impulsos enviados por su cerebro.

Luego, de repente, se desbloquea. El contacto con el mundo se restablece. Durante una fracción de segundo todos los ruidos externos, por lo común apenas perceptibles, experimentan una subida de volumen tan fuerte que le retumban dentro de la cabeza y lo aturden. Cierra los ojos. Y cuando vuelve a abrirlos ve que Marisa ha apartado el plato para poner los codos sobre la mesa y apoyar la frente en las manos. Sus hombros suben y bajan mientras solloza en silencio.

Pero... ¿qué ha dicho? ¿Y por qué llora?

—Marisa... Marisa, por favor, mírame.

Ella levanta la cabeza, lo mira con ojos de súplica y miedo. Le tiemblan los labios.

—¿Te importaría repetirlo?

Mauro advierte que su mujer se sorprende tanto que pone los ojos como platos.

—¿Lo dices en serio?

—Sí.

—¿No me has oído?!

Ella prácticamente ha gritado la pregunta.

—No, me he distraído y...

El chillido de Marisa lo hace pegar un brinco. Luego su mujer se levanta de golpe y, sin dejar de berrear, sube corriendo la escalera.

Mauro se ha quedado petrificado. Aparece Stella, la asistente, preocupada.

—¿Qué ha pasado?

—Vuélvase a la cocina.

Consigue ponerse en pie al cabo de unos minutos. Sube. Su mujer se ha encerrado en el baño.

—Marisa, abre.

Le responde un grito histérico y luego:

—¡Vete, déjame!

—¡Marisa, abre!

—¡O te vas o me tiro por la ventana!

Comprende que es mejor no insistir. Tarde o temprano se tranquilizará. Ni siquiera siente curiosidad por lo que le ha dicho y no ha oído. Es cierto que nunca la

había visto así, pero ¿de qué podría tratarse? De una de esas bobadas que a las mujeres no les cuesta nada convertir en tragedia.

Le parece que a Guidotti es mejor llamarlo desde casa. Es preferible que nadie se entere de que necesita un control médico. Ni siquiera Anna, que es de la máxima confianza. En su ambiente, basta el más mínimo indicio de enfermedad para que los cuervos se pongan en movimiento y al cabo de un mes te den por acabado.

Le contesta la mujer de Guidotti, le dice que Alessandro está de viaje. Se ha ido a Nueva York para un simposio, volverá dentro de una semana.

—Pero, si se trata de algo urgente, puede dirigirse al doctor Lachiesa de parte de mi marido. ¿Quiere su teléfono?

Se lo piensa solo un instante.

—No, señora, muchas gracias, espero a que vuelva su marido.

¡Ni que estuviera moribundo!

—*Dottore*, está al teléfono la *dottoressa* Licia Birolli.

Precisamente estaba pensando en llamarla con cualquier excusa.

—Pásemela.

—¿Cómo está? —pregunta la joven.

—Bien, ¿y tú?

—Lo llamo en nombre de...

—Perdona, Licia, pero ¡yo te tuteo!

—¿Y...?

—¿Por qué no me correspondes?

—Por el debido respeto a la edad —replica ella y se ríe, aunque luego añade—: No, no tengo nada en contra de tutearte.

—Eso está mejor.

—Mira, te llamo en nombre de Luigi.

Como movido por un resorte, decide fingir que no sabe nada de ella. ¿Por qué? Ni idea, se lo ha sugerido el instinto.

—Perdona, pero ¿a qué Luigi te refieres?

—Ravazzi.

—¿Y eso? ¿Lo conoces?

—Trabajo para él.

Lo llama Luigi. Al final, va a resultar que la Tijera tenía razón.

—¿Y de qué?

—Soy su asesora personal.

—¡¿En serio?! ¿Puedes creerte que...? No, vamos a dejarlo.

—No, no vamos a dejarlo. ¿Qué ibas a decirme?

—Bueno, es que la otra noche apenas abriste la boca. Me pareciste una estudiante tímida, creí que como mucho estabas en segundo de alguna carrera universitaria.

—Pues te equivocaste de medio a medio, querido amigo. Acabé los estudios con matrícula, tengo veinticinco años cumplidos y no soy tímida en absoluto.

—Es bueno saberlo. A ver, hagamos una prueba: si te invitara a cenar, ¿qué contestarías?

—Contestaría: ¿cuándo?

—Bueno, dilo tú. Me imagino que Ravazzi te mantendrá muy ocupada.

—Puedo estar libre cuando quiera. ¿Te parece bien el lunes?

—Muy bien, ¿dónde?

—Mira, no creo que sea buena idea ir a un restaurante. Si alguien nos viera juntos, podría pensar mal.

—¿Y qué podría pensar, que hay algo entre nosotros?

—¡Qué va! Pero sí que hago de intermediaria entre Ravazzi y tú en algún asunto turbio.

—Entonces ¿qué propones?

—Que te vengas a cenar a casa. No te preocupes, también soy buena cocinera. Mentalmente, Mauro se frota las manos. ¡Mejor, imposible!

—Dame la dirección.

Licia se la da.

—¿Te va bien a las ocho y media?

—Me va estupendamente.

—Adiós.

—Adiós.

Mientras está pensando que ha tenido una suerte espectacular, suena otra vez el teléfono.

—Perdone, *dottore*, vuelve a ser la señorita Birolli.

—Fascinada por tu encantadora voz, se me ha olvidado por qué llamaba.

—Ah, sí, es verdad, a mí también se me ha ido el santo al cielo, y por el mismo motivo.

—Ya sabes que Luigi todos los años organiza un simposio que...

—¿Y quién no lo sabe?

—Me gustaría saber si aceptarías la invitación a participar en el de este año.

¿Qué está pasando? ¿Un terremoto? ¿El Juicio Final?

—¿Por qué no?

—Este año vamos a hacerlo en Isquia, del viernes al domingo por la tarde.

—Sí, pero ¿en qué fechas?

—A partir del viernes de la semana que viene.

—Perdona, pero ¿no te parece un poquito tarde para pedírmelo?

—Hasta ayer no sabíamos con seguridad si íbamos a celebrarlo. Con esta crisis, muchos de los que habíamos invitado al final han tenido que cancelar.

Estaba claro: él serviría para tapar un hueco.

—A Luigi le encantaría que dieras tú una ponencia. Me haría falta recibir antes de mañana el título y un breve resumen. Es para el programa, ¿sabes?

—Muy bien. Lo pienso esta noche y mañana te digo algo.

—Te llamo yo a las diez.

—¿Mañana a qué hora, *dottore*? —le dice impasible el chófer, de uniforme, mientras le abre la puerta del coche.

Es una pregunta retórica, sabe perfectamente que, por mucho que sea sábado, el señor director general tiene que llegar al despacho a las nueve en punto, así que le contesta:

—A la de siempre.

Nada más entrar en casa, Mauro tiene la impresión de que está desierta.

Es verdad que el servicio libra el viernes por la tarde, pero ese silencio no es natural.

—¿Marisa?

No hay respuesta.

Vuelve a llamarla levantando un poco más la voz. Nada. ¡No puede haber estado toda la tarde en el baño llorando! A estas horas ya debería habersele pasado. ¿O no se le ha pasado y está enfurruñada en algún rincón, poniendo morros? Sube al primer piso, entra en el dormitorio. Se sorprende ante un desorden digno de la incursión de un ladrón que empeora aún más en el vestidor. Abre las puertas del gran armario empotrado blanco en el que Marisa guarda sus cosas: está vacío en una cuarta parte. Mira en los estantes de las maletas: faltan dos de las grandes. Está claro que se ha ido de casa. Y sin dejarle siquiera una nota a modo de explicación.

Entra en el estudio, se sienta y marca, sin grandes esperanzas, el número del móvil de Marisa.

«El número al que ha llamado no se encuentra disponible en este momento...».

Espera que la falta de disponibilidad de su mujer sea realmente momentánea porque de otro modo sería una putada monumental que le robaría demasiado tiempo. El problema es que, de todos modos, aunque Marisa hubiera contestado él no habría podido hacer otra cosa que invitarla a volver manteniéndose en un terreno muy vago, dado que desconoce los motivos de su alejamiento. Cuando se los ha dicho durante el almuerzo, hecha un mar de lágrimas, no los ha oído. Así pues, está claro que el detonante de la huida de Marisa ha sido un equívoco; se ha creído sin más la justificación que le ha ofrecido él, es decir, que se había distraído.

Y se habrá ofendido porque lo que acababa de decirle era de una importancia extrema, vital incluso, al menos para ella.

¿Y ahora qué puede hacer? ¿Llamar a sus amigas? Lo único que harán, en caso de que las haya puesto al corriente de la fuga, es repetir que no saben nada de nada.

Por otro lado, Marisa descontrolada es un auténtico riesgo, una bomba de relojería. Solo la noticia de que se ha marchado de casa ya podría dañarlo. A saber cuántos chismes malignos podrían aparecer, cuántas suposiciones en su contra, cuántas insinuaciones... No, es imprescindible dar con ella cuanto antes. ¿Por dónde empezar? Se le ocurre una idea... Pero antes tiene que comprobar algo.

Se levanta, baja, sale al jardín, recorre el sendero, llega al garaje. La puerta basculante se ha quedado levantada, el Mitsubishi de Marisa ha desaparecido.

Vuelve al despacho, llama a Bastianelli.

—¿Podría venir a verme?

—¿A su casa?

—Sí.

—¿Ahora?

—Sí.

—Voy de inmediato.

Este contratiempo no le hacía ninguna falta.

—¡Por fin te encuentro! ¿Por qué has tenido el móvil apagado toda la tarde?

—Perdona, pero estaba en una reunión larguísima. Tienes la voz rara, ¿qué pasa?

—Se lo he dicho.

—¡¿Qué?!

—Hoy a la hora de comer, a Mauro. ¡Le he contado lo nuestro!

Guido se queda helado. ¿Será posible que la muy imbécil le haya hecho esa putada?

—Pero ¡¿por qué?! ¿Qué necesidad había?

—¡No te imaginas cómo me sentí anoche solo de pensar en que podía tocarme!
¡Estuve a punto de ponerme a chillar, de salir corriendo a la calle!

—Pero ¿te tocó?

—No.

—Entonces ¡¿me explicas por qué coño has tenido que decírselo?! Marisa, te había rogado, suplicado que no...

—¡Déjame hablar, te lo pido por favor! Al final, después de que se lo contara todo, ¿a que no sabes qué me ha pedido?

—¡¿Cómo voy a saberlo?!

—Me ha pedido que le repitiera lo que acababa de decirle... ¡porque se había distraído y no había oído nada! ¿Te das cuenta de con qué canalla estoy viviendo? ¡Yo desesperada, hecha un mar de lágrimas, pasándolo fatal, y él pensando en sus cosas! ¡Dios mío, qué ofendida me he sentido! ¡Humillada y ofendida! ¡Estaba como un perro que gime y al que su amo no le hace ni caso! ¡Me he sentido invisible, como si no existiera! ¡Me miraba y ni siquiera me veía!

Y empieza a llorar a la desesperada.

Guido está aterrado, empapado en sudor. No coincide para nada con Marisa. Seguro que Mauro lo ha oído todo; no se habrá perdido ni una sílaba y, con lo listo y lo taimado que es, habrá elegido la táctica de fingir una distracción momentánea. Se impone saber qué ha sucedido exactamente, a pesar de las ganas que tiene de colgarle el teléfono sin más.

—Marisa, escúchame, es importante.

—Dime —contesta ella, sorbiendo por la nariz.

—¿Se lo has repetido?

—¿Cómo iba a repetírselo? ¡Estaba loca de rabia, he ido a encerrarme en el baño!

—A ver, trata de acordarte, ¿has mencionado mi nombre?

—No.

—¿Seguro?

—Seguro.

—¿Y qué le has dicho?

—Que estaba enamorada de otro hombre y que no me veía capaz de seguir viviendo con él.

—¿Y luego?

—Y luego, en cuanto se ha ido al trabajo, he cogido cuatro cosas y me he marchado.

¡Se ha ido de casa! Es imbécil, desde luego. Está loca y es imbécil.

—¡Ay, santo cielo! ¿Conseguirás dar una a derechas en toda tu vida? Dime dónde estás ahora.

—En una pensión.

—¿Le has dejado alguna nota?

—No. —Hay que tomar medidas, y de inmediato. Quizá, teniéndolo todo en cuenta, la situación sea menos comprometida de lo que podía pensarse. Lo primero que hay que hacer es convencer a Marisa de que vuelva a casa—. Quiero verte —dice ella quejumbrosa.

¿Por qué no? Así podrá decirle las cosas con calma.

—¿Has ido en coche?

—Sí.

—Déjalo ahí, coge un taxi y ven a mi casa ahora mismo.

Por descontado, Mauro se pondrá en marcha para dar con Marisa. Y lo conseguirá, eso está claro. Pero necesitará su tiempo, de modo que pasar la noche con ella no supondrá ningún peligro.

Bastianelli es un excomisario de policía, muy astuto y sin escrúpulos, que ahora está a cargo de la seguridad de la empresa. Mauro ya ha utilizado sus servicios, y Bastianelli es incondicional suyo porque fue él quien le consiguió el trabajo.

—Le pido discreción, Bastianelli.

—Ya sabe que puede fiarse de mí ciegamente, *dottore*. Dígame.

—Esta tarde mi mujer se ha ido de casa, quiero que la localice lo antes posible.

Bastianelli sin duda esperaba que Mauro le pidiera algo relacionado con la empresa, pero ni siquiera ha pestañeado. Se ha limitado a sacar un bloc de notas y un bolígrafo como los detectives de las películas.

—Permita que le haga unas preguntas.

—Adelante.

—¿Han discutido?

—No.

¿Acaso podría decirse que lo sucedido durante el almuerzo había sido una discusión?

—Más bien hablaría de una crisis histérica, pero no sé qué la ha motivado.

—¿No sabe por qué se ha marchado la señora?

—No tengo la más mínima idea.

—Perdone, pero ¿cree que quizá podría...?

Se detiene, cohibido.

—¿Tener a otro, quiere decir? Ya sabe, nunca se puede poner la mano en el fuego, pero no, no creo.

—¿Puede haberse ido a casa de sus padres?

—No, no se lleva bien con ellos.

—¿Puede haber pedido a alguna amiga que la acoja?

—No sé por qué, pero yo lo descartaría.

—¿Ha cogido mucha ropa?

—Sí, dos maletas grandes.

—¿Tiene coche propio?

—Se lo ha llevado.

Bastianelli esboza por fin una sonrisa.

—Eso es una buena noticia. ¿Puede darme el modelo y la matrícula?

Escribe lo que le dice Mauro, cierra el bloc de notas, se levanta.

—¿Podría darme también una foto reciente de la señora?

Va a buscarla y elige un primer plano de entre los que le sacó un fotógrafo gay que está muy de moda.

Cuando se marcha Bastianelli, Mauro decide ir a un restaurante. No porque tenga apetito, sino porque no le apetece quedarse solo en casa.

Al acabar la cena, llega a una conclusión precisa, aunque reconocerla resulte muy amargo: Marisa se ha ido porque ha conocido a otro hombre. No hay otra explicación posible. Y es inútil seguir fingiendo consigo mismo, negar la realidad.

Una Marisa necesitada de consuelo y de arrumacos ofrece un rendimiento superior a cualquier expectativa. Se vuelve tan agradecida que espontáneamente te lo ofrece todo. No le ha hecho falta citar a los poetas griegos en la traducción de Quasimodo, que son su caballo de batalla.

Marisa le ha estado suplicando durante un buen rato que le permitiera instalarse en su casa, pero Guido le ha explicado que eso no es posible, que a menudo se presenta algún que otro amigo suyo sin avisar, que ahora que ella está libre tendrán la posibilidad de verse con más frecuencia... Al final, ha acabado convenciéndola.

Sin embargo, no se ha dejado persuadir para hacer al menos una breve llamada dilatoria a su marido.

—Tienes que ser lista. Lo llamas, le dices que has tenido un momento de crisis, que por suerte estás empezando a superarlo, que se quede tranquilo unos días, que únicamente te hace falta una breve pausa de reflexión...

—¿Y eso para qué?

—Para ganar tiempo, Marisa. Para que la cosa no se desmadre de inmediato. Piensa que Mauro, cuando se pone, puede resultar peligrosísimo. Se trata de tranquilizarlo diciéndole que es todo cosa tuya, que no hay ningún otro hombre.

—Me lo pensaré.

—¡Hazlo ahora, venga!

—Pero ¡si son las tantas!

—Mejor. Será más convincente.

—No, ahora no tengo ganas.

El vestidor de Marisa ha quedado sumido en un caos total. Los vestidos, los bolsos, los zapatos, la ropa interior, los abrigos y los impermeables, es decir, todo lo que no se ha llevado está amontonado en el suelo.

Mauro, sudado y en calzoncillos, prosigue su obstinado registro explorando los pliegues, las costuras, los dobladillos. En la vida de una mujer, la presencia de un hombre siempre deja huella.

El sábado por la mañana lo habitual es que los dos subdirectores no vayan al despacho salvo en casos extraordinarios.

Por eso, Anna se sorprende cuando Mauro le pregunta:

—¿Está Marsili? —Aun así, él mismo se corrige al instante sin esperar respuesta

—: Ah, claro, hoy es sábado. Llámelo y pásemelo, por favor.

Al cabo de cinco minutos, la secretaria lo informa de que Marsili no contesta al teléfono de su casa. Y además tiene el móvil apagado.

—Me parece que tiene una especie de refugio, una cabaña en algún lado.

—Sí, en Fiè, *dottore*, pero allí no hay teléfono.

—¿Y dónde demonios está Fiè?

—Por debajo de Siusi, *dottore*.

—Siga llamando a Marsili cada hora, por favor.

A las diez, Anna le anuncia que tiene una llamada de Licia Birolli. Mauro se da un manotazo en la frente, no ha pensado en absoluto en el tema de la ponencia. ¿Y ahora qué le cuenta?

—Mire, Anna, pídale excusas y dígame que estoy ocupado. Si me hace el favor de volver a llamarme dentro de un cuarto de hora...

Se concentra. Al cabo de un rato, recuerda que el ministro de Desarrollo Económico, con un pasado de director de organismo estatal muy comentado por su permeabilidad a los sobornos, ahora se inclina por una concepción moralista de su mandato; su último discurso en Confindustria, la Confederación General de la Industria Italiana, parecía más un sermón evangélico que un informe sobre el desplome de la industria por culpa de la crisis. Así pues, seguirlo por ese camino no sería mala idea. Podría preparar un esquema que Marsili, que sabe escribir bien, desarrollaría con argumentos de peso.

—*Dottore*, la señorita Birolli.

—Pásemela.

—¿Puedo subir?

Mauro se queda pasmado.

—Pero ¿dónde estás?

—Muy cerca. Si quieres, estoy allí dentro de diez minutos.

—Te espero.

Guido se despierta, son las once y Marisa duerme a su lado. Se levanta, va al baño, se ducha, se viste, entra en la cocina y hace café, se bebe una taza y le lleva otra a Marisa.

—Despierta. —Marisa abre un ojo, aturdida—. Tómame el café, date una ducha y vístete. Te espero en el estudio, quiero hablar contigo.

El teléfono, de momento, lo deja apagado.

—Tienes mala cara —dice Licia.

—No he dormido.

—¿Pensabas en demasiadas cosas?

—En una sola.

—Y una sola cosa basta para...

—Hay que tener en cuenta de qué se trata.

—¿Puedo saberlo?

—Sí. De ti.

Licia echa la cabeza hacia atrás y ríe. A Mauro le entran ganas de morderle el cuello, como Drácula.

—Vamos a hablar de cosas serias. ¿Has hecho los deberes? —pregunta.

—Sí.

—Entonces no es cierto que solo te hayas dedicado a pensar en mí.

—Los deberes los he hecho al amanecer, tras una noche en vela.

La joven saca la PDA.

—¿Título?

—*La responsabilidad ética y social en la empresa.*

Ella levanta los ojos y lo mira.

—¿Es un chiste?

—En absoluto —contesta Mauro en tono gélido.

—Dos frases sobre el contenido.

—Lo que ha provocado la crisis ha sido la falta de ética. Por consiguiente, se hace necesario un nuevo planteamiento que la ponga, si no por encima, al menos sí al mismo nivel que los beneficios. Y eso en todos los campos, de la economía a la industria. ¿Te basta?

—Creo que sí.

Licia vuelve a guardarse la PDA en el bolsillo.

—La presencia de Guglielmotti no estaba prevista —dice en referencia al titular de la cartera de Desarrollo Económico—, pero le diré a Luigi que lo invite. Sin duda, al señor ministro tus palabras le resultarán gratas.

Se pone en pie.

—¿Te vas ya?

—No tengo más remedio.

—Podríamos almorzar juntos.

—Gracias, estoy ocupada. Pero cenamos pasado mañana, ¿no?

—Desde luego —responde Mauro levantándose también—. Te acompaño.

—No, no te molestes.

Le lanza un beso y se va.

—Son tres horas de coche, podemos comer por el camino.

—Pero ¿allí hay calefacción?

—Sí, sí. Hay agua caliente y el congelador está siempre lleno. Allí tengo de todo. Será una especie de luna de miel. ¿Qué te parece?

Al oír las palabras «luna de miel», a Marisa se le pasa el enfado de inmediato; incluso sonríe, feliz.

—De acuerdo.

—Ahora te llamo un taxi. Vas a la pensión, coges lo que necesites, sin olvidar un jersey grueso, y te vuelves aquí. Luego nos vamos enseguida.

—¿Y hasta cuándo nos quedamos?

—Podemos volver el martes por la noche.

El lunes por la mañana llamará al despacho para decir que tiene unas décimas de fiebre. Lo más importante es quitar a Marisa de la circulación durante unos días. Está convencido de que en Fiè logrará convencerla de que vuelva con Mauro.

En el coche, Guido enciende el móvil. Tiene cinco llamadas. Son todas de Anna, la secretaria de Mauro.

Por un instante, está tentado de llamar para saber qué sucede. Debe de tratarse de asuntos de trabajo, Mauro no relacionaría nunca su ausencia con la de Marisa.

Luego decide que no es conveniente. Si Mauro le dice que le urge hablar con él en persona se verá obligado a volver y a mandar a la mierda la escapada a Fiè. Apaga el móvil. Marisa duerme con la nuca apoyada en el respaldo y la boca entreabierta. Guido aprovecha para bajar la calefacción del coche: se está asfixiando.

Anna entra en su casa y mete en la caja fuerte el maletín que se lleva cada vez que se cierra el despacho para devolverlo a la mañana siguiente. Dentro está la agenda de las citas de su jefe, un disco duro con archivos encriptados y una carpeta con correspondencia reservada.

Se le ocurrió al *dottor* De Blasi después de que entraran ladrones en la empresa y forzaran la caja fuerte. En esa ocasión solo buscaban dinero, y tuvieron que contentarse con poco, pero el *dottore* se preguntó: ¿y si en lugar de ladrones comunes se hubiera tratado de una incursión de espías industriales?

Y así, por precaución, dispuso que su secretaria se llevara a casa por las noches los papeles más importantes.

De la cocina llega un olor delicioso. Y allí está su Marco, trajinando delante de los fogones con un delantal que le sienta de maravilla.

En cuanto la ve, corre a su encuentro, abre los brazos, la agarra, la levanta, la deja en el suelo, la besa.

—¿Qué te ha parecido? —le pregunta a continuación.

—¿Tu beso? Sabroso.

—¡Pues no es nada comparado con lo que te he preparado! ¡Ven!

Levanta una tapa.

—¡Huele!

—Pero ¿dónde has aprendido? —pregunta Anna admirada.

—¿No te lo había dicho nunca? De joven fui pinche de cocina durante unos años. Siéntate. Yo te sirvo.

Cuando han llegado a la cabaña, ya había oscurecido. En el área de servicio, Marisa se ha negado a picar algo rápido. Se ha empeñado en comer un primero y un segundo que han resultado pésimos. Y enseguida, nada más llegar, ha empezado el jaleo. En cuanto ha puesto un pie dentro, se ha estremecido y ha salido corriendo entre gemidos y abrazándose a sí misma.

—Pero ¿adónde vas?

—¡Hace demasiado frío!

Se sube al coche, enciende el motor y pone la calefacción. Guido la sigue y le hace un gesto para que baje la ventanilla. Marisa obedece a regañadientes.

—¿Me cuentas qué intenciones tienes? ¿Piensas dormir en el coche?

—Ahí dentro hace frío.

—¡Es que acabo de encender la calefacción, Marisa!

—Cuando haya una temperatura aceptable en la cabaña, vienes y me avisas.

Para eso van a hacer falta al menos tres cuartos de hora. Guido aprovecha para encender también la chimenea. Luego comprueba la nevera: está llena, pueden resistir un asedio de una semana. Saca dos filetes del congelador y los pone a descongelar. Enciende el televisor. Coge una botella de *whisky*, sirve medio vaso y se lo lleva a Marisa.

—Ayúdate con esto.

—Ya sabes que me emborracho con poco que beba...

—¡Pues emborráchate! ¿A quién tienes que rendir cuentas?

Vuelve a entrar. Se dedica a limpiar y a ordenar. Hacía tiempo que no iba a la cabaña, desde que rompió con una poeta mexicana que...

De pronto, oye la voz de Marisa, que está chillando.

—¡Socorro! ¡Socorro!

Sale a la carrera, asustado. La oye gritar por la ventanilla, bajada hasta la mitad:

—¡Socorro! ¡Hay un lobo!

Mira a su alrededor. ¡Sí, claro, un lobo! Es un pobre perro vagabundo que ha advertido una presencia humana y se ha acercado, pero que ya se marcha a toda prisa,

asustado por los chillidos de Marisa.

—Entra, mujer.

—¿Y si me ataca?

—Venga, no digas tonterías.

Marisa se sienta enfurruñada delante de la chimenea y allí se queda, con el abrigo puesto y sin intención de quitárselo.

—¿Quieres un poco más de *whisky*?

Si se emborracha, a lo mejor se vuelve más manejable.

—¿Por qué no?

Cuando ya ha puesto la mesa y los filetes están bien hechos, la llama sin obtener respuesta. Se acerca a la chimenea. Se ha dormido. Esta se dedica únicamente a follar y a dormir. La despierta sacudiéndole un hombro.

—¡A cenar!

—¡Quiero dormir, llévame a la cama!

—Antes come algo.

Marisa se deja convencer. Él, muy a su pesar, prácticamente se ve obligado a darle la comida y a sostenerla porque da la impresión de poder caerse de la silla en cualquier momento. Después se la echa al hombro y la lleva por fin a la cama. La desnuda y la mete debajo del edredón, harto ya de esas breves horas de convivencia. Cuanto antes consiga devolvérsela a su marido, mejor.

Luego va a sentarse delante del televisor. Coge una película de gánsteres y decide verla, le gustan esas historias con tantos tiroteos.

Justo cuando se acerca el final, Marisa lo llama con voz quejosa y pastosa por el sueño y el *whisky*.

—Guido, ¿dónde estás?

Mauro se ha pasado la primera mitad de la noche esbozando la ponencia. Cuando se nota cansado, se toma un fuerte somnífero y se acuesta. Lo despierta una tenue llamada a la puerta.

—Adelante.

Es Stella, la asistenta. Lleva el inalámbrico en la mano.

—Tiene una llamada del señor Bastianelli. Dice que es urgente.

—Pero ¿qué hora es?

—Las doce.

—Démelo y tráigame un café.

—¿Diga? ¿Bastianelli?

—*Dottore*, disculpe si lo molesto, pero me ha parecido oportuno... Tengo novedades.

Bastianelli es una joya, desde luego.

—Dígame.

—Mire, la señora se ha instalado en la pensión Roseto, que está en la via Sardegna, 21.

—¡Muy bien! Pero ¿cómo se ha enterado en tan poco tiempo?

—Aún tengo buenos amigos, *dottore*.

—Vaya ahora mismo.

—No, *dottore*, es que la señora en este momento no está en la pensión.

—Pero si acaba de...

—Se aloja allí, su coche no se ha movido, pero la propietaria me ha contado que llegó el viernes por la tarde, luego llamó a un taxi y pasó la noche fuera. Volvió ayer a última hora de la mañana, cogió algunas cosas del equipaje, que aún no ha deshecho, y volvió a irse.

—¿Ha vuelto a pasar la noche fuera?

—Sí, *dottore*.

O sea que es cierto que está con otro hombre, la muy zorra.

—¿Y aún no ha vuelto?

—No, aún no, *dottore*.

No sabe qué hacer, más que fiarse de la experiencia de Bastianelli.

—¿Usted qué propone?

—Poner a alguien de guardia delante de la pensión, de modo que pueda informarlo en cuanto...

¿Implicar a más trabajadores de la empresa? No, ni hablar: la noticia se difundiría sin duda.

—No quiero que sea ningún empleado nuestro.

—Estoy de acuerdo con usted.

—¿Y entonces?

—Tengo un sobrino de absoluta confianza que estaría disponible y que...

—Muy bien.

Se tratara o no de una luna de miel, la noche anterior Marisa decidió probar muchas variedades distintas de miel... en tostadas de Hikmet, García Lorca y Prévert. Guido se levanta cuando acaban de dar las doce, pero ella sigue en coma profundo. Hace una mañana espléndida, decide no despertarla y enseguida está listo para salir.

Coge un librito de versos que aún no ha leído y que se ha llevado para la ocasión. Luego lo deja, no quiere distraerse del objetivo que se ha propuesto: solucionar de la mejor forma posible el problema de Marisa sin acabar hundido en la mierda.

Cuando regresa del largo paseo ya son las dos y tiene un hambre de lobo. Esperaba encontrarse a Marisa todavía en la cama, pero la oye revolver cosas en el baño.

—Hola, ya estoy aquí.

—Ahora mismo voy.

Eso, tratándose de ella, equivale a una media hora larga. De hecho, a Guido le da tiempo de poner la mesa, poner a hervir el agua para los espaguetis, calentar la salsa y descongelar el pan y un pollo ya preparado.

—¡Ya estoy aquí!

Aparece resplandeciente, sonriente, vital y armoniosa, envuelta en el albornoz blanco de Guido. En su rostro no hay ni rastro de cansancio o preocupación. Es como un gorrión al que le basta sacudir las alas para volver a estar completamente seco después de un violento chaparrón.

«Es una inconsciente de campeonato», piensa Guido.

La observa mientras come, mastica con calma y traga poco a poco; luego se lame los labios casi con voluptuosidad, entornando los ojos. Con la comida es tan ávida como con el sexo. Y él sigue deseándola, pese a que en este momento le provoca una ligerísima repulsión, así que decide posponer hasta después de la comida la puesta en marcha del plan que ha trazado durante el paseo.

Un plan que consiste, básicamente, en hacerla beber en abundancia hasta privarla de toda voluntad de resistencia, y entonces obligarla a llamar a Mauro y a asegurarle que dentro de unos días volverá a casa.

Por supuesto, él estará a su lado durante toda la conversación y la interrumpirá de inmediato si le da por decir algo inconveniente.

—¿Ya está? —pregunta ella mientras aparta el plato vacío—. Aún tengo un poco de hambre.

—Enseguida llega el segundo, no sufras.

En cuanto termina, Marisa se levanta, se quita el albornoz dejándolo caer al suelo y corre a meterse debajo del edredón.

—Vamos, ven aquí. No pierdas el tiempo, ya fregarás los platos luego.

Porque se sobreentiende que Guido se encargará de todo, ella no puede estropearse esas manitas tan hermosas.

A las cuatro de la tarde, Mauro, que prácticamente no ha tocado el almuerzo que le ha preparado la asistenta, ha terminado el borrador de la ponencia. Tal vez ahora Marsili ya conteste al teléfono. Le interesa llamarlo porque podría ser, entre sus conocidos, la única persona capaz de resolver un enigma.

Un enigma que consiste en tres líneas escritas con letra de imprenta en una tira de papel bien enrollada que ha encontrado escondida en el fondo de un bolso de Marisa. Son, indudablemente, tres versos.

En fin, ¿qué le cuesta probar?

Marca el número fijo de Marsili. No lo coge nadie. Entonces lo llama al móvil, que ahora ya está encendido.

Guido se está fumando un cigarrillo y Marisa, a su lado en la cama, canturrea mirando al techo mientras con una mano juega con el pelo del pecho de su amante.

En un momento dado, él se sobresalta, aguza el oído, palidece. Pero ¡si es la sintonía de su móvil!

—Debe de ser el tuyo —dice ella precisamente.

Guido echa humo.

—Pero ¡¿quién te ha dicho que lo enciendas?! —le grita.

—¡Ni que te lo hubiera estropeado! —replica Marisa molesta—. ¡Y a mí no me hables así!

—¿A quién has llamado?

—¡A nadie! ¡Y deja de gritar! Me he dejado el mío y en el tuyo había juegucitos...

La música procede del baño. Guido sale corriendo y coge el teléfono. El que llama es Mauro, ¿contestar o no contestar?

Mejor contestar; al fin y al cabo, no es posible que sospeche de él, ni remotamente.

—¿Diga?

—Soy Mauro. ¿Te molesto?

—¡No, no, qué va! Es que estaba...

—Solo te robo un segundo, ya hablaremos mañana de este asunto los dos solos, cara a cara.

—Dime.

—«Cuerpo de piel, de musgo, de leche ávida y firme. / ¡Ah los vasos del pecho! ¡Ah los ojos de ausencia! / ¡Ah las rosas del pubis! ¡Ah tu voz lenta y triste!» —y añade—: ¿Lo has oído? Piensa en ello. Hasta mañana.

Y cuelga. Guido se queda petrificado, incapaz de mover un músculo, desnudo y con el teléfono aún pegado a la oreja. Una estatua de hielo. Oleadas de resaca en el cerebro. Luego se funde todo en el miedo. Un miedo abyecto que le provoca temblores y un sudor frío. Le entran ganas de quedar reducido a las proporciones de una cucaracha para arrastrarse hasta la taza del retrete y escapar por ella. Pero ¿cómo coño se habrá enterado Mauro en tan poco tiempo de que la imbécil de su mujer le pone los cuernos con él? Porque esos son tres versos de Neruda que le recitó la primera vez que se acostaron.

A Marisa le gustaron tanto que le pidió que se los escribiera. Lo hizo en la cuenta que acababa de llevarle el camarero.

—¿Para qué los quieres?

—Para aprendérmelos de memoria y no olvidar nunca estas tres horas contigo.

—Muy bien, pero luego destrúyelos.

Está claro que no lo hizo. Y ahora Mauro los ha encontrado y ha llegado hasta él al reconocer su letra. Y pensar que se había empeñado en no recurrir nunca al correo electrónico ni a los mensajes de texto para no dejar rastro... Y luego va esa idiota y... Aun así, tiene el vago recuerdo de haberlos escrito con letra de imprenta porque Marisa se había quejado de que, si no, no entendía nada. Sea como sea, no hay un

minuto que perder. La advertencia de índole mafiosa ha sido clarísima. Puede que en ese preciso instante Bastianelli, el sicario personal de Mauro, esté ya de camino a la cabaña con una escopeta de perdigones de las que sirven para matar jabalíes.

¿Y por qué esa idiota no habrá destruido el papel como le había ordenado?

—Sal, tengo que hacer pipí.

La voz de ella a su espalda. Se vuelve de golpe. No consigue controlarse, el miedo ahora se ha transformado en una rabia ciega. Le atiza un tortazo tan fuerte que Marisa va a estamparse contra las baldosas de la ducha y luego se derrumba deslizándose por la pared, sin sentido.

Guido sale y cierra la puerta con llave. Por ahora no quiere que le toque los cojones.

Recoge toda su ropa a la carrera y vuelve a abrir la puerta del baño.

Marisa está intentando levantarse.

Vuelve a golpearla lanzándole una patada despiadada en el vientre y le tira la ropa encima.

—¡Vístete deprisa, imbécil!

Apaga la calefacción, abre las ventanas y la puerta de la calle. Lo ordena todo frenéticamente. En cuestión de media hora, la cabaña vuelve a estar limpia y helada, como si no hubiera ido nadie desde hace meses. Se viste de punta en blanco. Guarda las cosas de Marisa en su bolso. Sale, mete el equipaje en el coche, vuelve a entrar, abre la puerta del baño. Marisa está vestida, sentada en el bidé, llorando en silencio. En cuanto lo ve entrar, se tapa la cara con el antebrazo. Tiene miedo de que intente golpearla de nuevo. Para no decepcionarla, Guido le atiza un puñetazo en el costado. Marisa se dobla, gimiendo de dolor. Está aterrorizada.

—Levántate y métete en el coche.

Ella obedece sin rechistar, temblando de miedo.

Anda torcida como un cangrejo. Él cierra la puerta de la cabaña, sube al coche, arranca.

Al llegar a las primeras casas del pueblo, se detiene, coge del asiento trasero el bolso de Marisa y se lo pone en el regazo. Luego saca la cartera, coge unos billetes de veinte y de diez y se los ofrece. Ella los acepta sin pensar, instintivamente.

—Eso te bastará para el autobús y para el tren. Vuelve con tu marido y no le digas nada de mí o te mato, ¿entendido? —Ella asiente con la cabeza—. Y ahora baja.

En cuanto sale del coche, Guido se marcha a toda velocidad.

Tiene que llegar a casa antes de la hora de cenar. Sin tener a Marisa delante, concentrado únicamente en la conducción, nota que la rabia pierde fuelle hasta abrir paso a la sensatez. Puede que la situación no sea tan desesperada: aparte de que los versos escritos con letra de imprenta no permiten identificar al autor, su regreso cuando ha pasado tan poco tiempo le ofrecerá una coartada creíble.

Poco antes de las ocho de la tarde, Guido abre la puerta de su casa. Todo está saliendo bien, ojalá siga así.

Engulle medio vaso de *whisky* para darse ánimos y luego llama a Mauro. Tiene que intentar entender, por su tono de voz, cuál es realmente la situación, si su jefe tiene certezas o dudas. Y le interesa estar preparado para captar todos los matices del discurso porque Mauro tiene una habilidad diabólica para decir cosas que pueden tener al mismo tiempo un significado y el contrario.

—Hola, Mauro.

—Hola, Guido. ¿Qué hay?

—Nada especial, pero como estoy en casa sin nada que hacer me he dedicado a resolver el pequeño enigma de los tres versos.

Cree estar utilizando el tono adecuado, con un desenfado razonable.

—¿Ah, sí? Muy bien. ¿De quién son?

—De Pablo Neruda. Es un poeta famosísimo, yo diría que incluso muy trillado.

¡Ni que solo él conociera a Neruda! Cualquiera podría haberle escrito esos versos a su mujer, a su Marisa.

—Me suena —dice Mauro.

Ahora viene la pregunta crucial:

—Pero ¿por qué te interesa de repente la poesía?

—Los he leído y me han intrigado porque el nombre del autor no estaba escrito.

—Si te gustan, te puedo prestar el libro.

—No, gracias.

¡Joder, no está sacando nada en limpio! Claro que insistir en el tema puede ser muy peligroso... Mejor dejarlo ahí y seguir pensando.

—Bueno, pues hasta luego. Nos vemos...

—Espera —dice Mauro.

Guido se queda helado, siente cómo se tensan todos los nervios de su cuerpo.

—¿Tienes algo...?

¿Qué significa eso?

—¿Quieres decir esta noche? No, la verdad.

—¿Podrías venir a cenar a casa? Luego me gustaría hablarte de un asunto.

—Muy bien, voy para allá.

Está claro que no se le ocurrirá matarlo delante de la asistenta. Además, conociendo a Marisa sabe que es imposible que se presente esa misma noche, andrajosa y lloriqueando, para suplicar piedad a su marido. No, no corre ningún riesgo.

Tres cuartos de hora después, Guido llama al interfono de la villa de los De Blasi. Ha encontrado una floristería abierta y ha comprado un gran ramo de rosas. Es el propio Mauro quien le abre la puerta.

—¿Son para Marisa?

—Sí.

—Qué pena, hoy ha tenido que ir a ver a su madre, que no se encuentra muy bien.
Pasa, pasa.

La asistenta le coge las rosas y el abrigo. Entran en el estudio.

—¿Quieres beber algo antes? La cena estará servida dentro de cinco minutos.

—No, mejor no.

Ya se ha tomado otro *whisky* antes de salir de casa, le conviene estar lúcido.

—Tengo una gran noticia —dice Mauro.

Guido contiene la respiración.

—Di... Dime.

—Ravazzi me ha invitado a su próximo simposio.

Guido suelta el aire, aliviado.

—¿En serio? Eso sí que es una novedad.

—A saber qué pretende.

—¿Has aceptado?

—Sí, claro. Quiere que participe con una ponencia.

—¿Has pensado sobre qué tema podrías...?

—Sí, sí. Y hasta he preparado un borrador. Te agradecería en el alma que pudiéramos repasarlo un poco después de cenar.

—¡Claro, hombre! ¡Nos quedamos hasta el amanecer si hace falta!

Tiene ganas de cantar a grito pelado. ¡Se ha librado! Mauro no sospecha nada de él. Si le ha preguntado por esos tres versos es porque, en la empresa, es el único que lee poesía.

Son las siete y media y Anna está lista para salir de casa e ir a trabajar. Mira por la ventana. Es su cumpleaños, pero seguro que Giovanni, su hijo, también se olvidará de llamarla este año. Al menos no llueve, aunque el cielo está plomizo, amenazador. Lo que le gustaría de verdad es desvestirse a toda prisa y volver a meterse en la cama. Antes de conocer a Marco podría decirse que todos los lunes por la mañana, hiciera el tiempo que hiciese, volvía al trabajo con cierto entusiasmo, casi con una sensación de liberación. Las obligaciones laborales le servían de algún modo para evadirse de la soledad absoluta y de la monotonía de su vida privada. Sin embargo, las cosas han cambiado desde que Marco irrumpió en su existencia. Ahora, estar lejos de él, aunque sea por poco tiempo, supone un peso que a veces resulta insoportable. Ahora, en cuanto entra en el despacho por la mañana ya empieza a pensar en lo que queda para volver a cruzar el portal de su casa y regresar con él, que siempre la espera con los brazos abiertos y una sonrisa de alegría.

Con su inseparable maletín en la mano, Anna entra en el dormitorio. Marco aún está durmiendo. Ella lo contempla feliz y siente una oleada de calor que le invade todo el cuerpo. Se agacha, le da un beso en la frente y se marcha. Hoy no hay mucho tráfico. De hecho, es el tráfico habitual de los lunes, pero fluye bien. En cuanto llega

al despacho, inicia el ritual de cada mañana, que ya casi realiza de un modo automático. Para empezar, debe abrir el maletín y sacar la agenda de las citas, que va en el cajón central de su escritorio, cerrado siempre con llave. Luego el disco duro con los archivos encriptados y una carpeta con la correspondencia reservada volverán a la caja fuerte empotrada en la pared que tiene a su espalda.

Cuando acaba de guardar la agenda en el cajón, sin embargo, se detiene sorprendida.

Ha pasado algo raro.

Para coger la agenda, ha tenido que sacar antes el disco duro y dejarlo encima de la mesa, y luego la carpeta... Eso es lo que la ha desconcertado. La agenda es siempre lo último que mete en el maletín. Es como mínimo la segunda vez que tiene la impresión de encontrarlo todo desordenado... aunque sin duda todo se debe a la presencia de Marco en su vida, que la confunde.

Tiene que haber sido ella misma quien lo colocó todo así el sábado, justo antes de salir del trabajo. A saber por qué.

Quizá fue porque pensaba en Marco, que la esperaba en casa para hacerle perder el sentido con sus atenciones.

Antes de despedirse a las cuatro de la madrugada, Guido y Mauro han acordado que el primero no vaya a trabajar y se quede en casa para empezar a transformar en una exposición bien estructurada el borrador de la ponencia del segundo, en el que han trabajado toda la noche.

Han decidido que hoy es el único día del que dispondrá para dedicarse a la redacción del texto, ya que mañana martes tendrá que hacer el anuncio oficial de la reducción de la plantilla en quinientos trabajadores y el cierre de la planta de Nola.

Se montará el jaleo inevitable, una auténtica revuelta: reuniones coléricas con los sindicatos, encuentros con los periodistas... Tal vez incluso se vea obligado a volar a Roma porque Pennacchi, por pura formalidad, pedirá explicaciones... En resumen, a Guido no le quedará ni un minuto libre. Y entonces, al volver a casa y abrir por fin la maleta hecha con tanta prisa y tanta rabia en la cabaña, se da cuenta de que, por descuido, metió dentro el joyero de Marisa, que parece pequeño pero no lo es tanto. Lo abre y se queda boquiabierto.

¡Dentro hay un auténtico tesoro! ¡Sí que cuida bien a su mujer este Mauro! En fin, no hay tiempo que perder, tiene que devolverle ese joyero de inmediato, antes de que la muy burra monte algún lío más para recuperarlo.

No obstante, ahora no puede; no se ve con fuerzas ni para enviarle, excepcionalmente, un mensaje de texto a Marisa para decirle que tiene su joyero. Esa es capaz de darle la paliza hasta el amanecer y necesita dormir. Está exhausto. Ya pensará en algo mañana.

Entre Marisa, que lo dejó agotado, la llamada aterradora de Mauro, el miedo, la tensión, la carrera alocada con el coche y la noche de trabajo, debe de haber adelgazado al menos dos kilos.

Cuanto más se esfuerza, más le cuesta conciliar el sueño. Quizá debería hacer un repaso de todo... Por delante de sus ojos empiezan a pasar escenas de sí mismo con Marisa en las más diversas posturas, como en una película porno. Entonces se congela la imagen y él repite en un susurro los versos de D'Annunzio que a ella tanto le gusta oírle recitar en esas ocasiones especiales: «Forma que tan dulce te redondeas / donde se inserta el arco de los riñones / y, venciendo en abundancia a todos los senos, / en mi mano, que te busca, te desbordas...». Y así, lentamente, se deja caer en el sueño.

Una media hora después de la llegada de Mauro al despacho, Anna le anuncia que Bastianelli quiere hablar con él.

—¿Está al teléfono?

—No, aquí.

—Hágalo pasar.

Bastianelli entra y cierra la puerta con sumo cuidado.

Mauro lo mira a la cara y comprende de inmediato que hay noticias importantes.

—La señora acaba de volver a la pensión —dice en efecto—. Me lo ha comunicado ahora mismo mi sobrino.

—¿Sola?

—Sí.

—Voy para allá —dice Mauro levantándose.

Bastianelli lo detiene con un gesto.

—Perdone si me entrometo. En mi opinión, no es buena idea. Le ruego que me disculpe, pero no se lo aconsejo.

—¿Por qué?

—Permítame una pregunta: desde el momento en que la señora se fue de casa no ha dado señales de vida, ¿verdad?

—No, ninguna.

—Así pues, ¿este sería su primer contacto desde que se marchó?

—Sí, pero no entiendo...

—¿No cree, *dottore*, que ese encuentro podría en cierto modo, qué sé yo... degenerar? ¿Que la señora podría alterarse? Pongamos por caso que, durante la conversación, uno de ustedes perdiera el control... Lo más probable es que se produjera una escena que, como comprenderá, *dottore*, en una pensión llena de desconocidos...

No le falta razón, la verdad.

—¿Qué propone?

—Si le parece bien, voy yo a ver a la señora. Puede acompañarme mi sobrino, que de hecho ya está allí, vigilando.

Mauro vacila.

—Pero, a ver, ¿en calidad de qué va a presentarse en esa pensión?

—¿Lo dice por la señora o por la propietaria de la pensión?

—Por la propietaria.

—Mire, *dottore*, yo conservo la placa de comisario. Ya la he utilizado otras veces. Cojo a su mujer y me la llevo a su casa. Usted déjeme a mí. No habrá discusiones, todo se desarrollará con la máxima discreción, se lo garantizo.

—¿Y si Marisa, una vez en casa, vuelve a irse?

—También he pensado en eso, *dottore*. Mi sobrino se quedará de guardia delante de la villa hasta que regrese usted. En caso de que la señora tratara de salir, se lo impediría o nos avisaría y la seguiría discretamente.

—Si se diera el caso, preferiría que se limitara a seguirla.

Cuando suena el despertador, a las once, Guido no tiene ganas de levantarse. Le da la impresión de que no ha descansado lo suficiente. Por desgracia, no hay tutía; está obligado. Mientras va al baño, se cruza con la asistenta, que va por las mañanas de los días impares.

—¿Se encuentra bien, señor?

—Sí, ¿por qué?

—Como no ha ido a la oficina...

—Hoy me quedo en casa a trabajar.

—¿Le preparo el desayuno?

—Sí, gracias.

Mientras está en la ducha, le viene de repente a la cabeza el joyero de Marisa. Se había olvidado de él. Se viste con rapidez y, en cuanto sale del baño, va a encerrarse en el estudio. Por suerte aún recuerda el nombre de la pensión. Lo busca en el listín, lo encuentra y marca el número. Responde una voz de mujer.

—¿Oiga? Soy el doctor Melluso, el médico de la señora De Blasi. ¿La señora ha vuelto?

—Sí.

Menos mal, esa imbécil no ha muerto de frío por las montañas. Habría sido capaz.

—¿Puede pasármela, por favor?

—No está.

Guido se sorprende.

—¿Cómo que no está?

—Se ha ido de la pensión.

¿Adónde puede haber ido? Ay, Dios santo, a que en menos de cinco minutos se le presenta en casa con todos sus bártulos...

—¿Sabe adónde ha ido?

—No lo sé, y además no tengo autorización para dar información que...

—Ya lo sé, señorita, y le agradezco su discreción, pero soy el médico personal de la señora y es importantísimo que sepa si se ha llevado el coche...

—Sí.

¿Y si de repente hubiera recobrado la cordura y hubiera vuelto a casa? Sería una noticia estupenda.

—¿Se ha ido sola o ha ido alguien a recogerla?

—Un comisario.

Guido se estremece.

—Perdone, pero no la he entendido bien, ¿qué comisario?

—De la policía.

—Pero ¿está segura?

—¡Pues claro! ¡Si me ha enseñado la placa!

Por poco se le cae el teléfono de las manos.

¡La han detenido! ¿En qué lío se habrá metido ahora, joder?

Si es que esa es perfectamente capaz de pregonarlo todo a los cuatro vientos, que él la ha convencido para ir a su cabaña, que le ha pegado, que la ha abandonado en un pueblecito dejado de la mano de Dios en medio de la nieve... Pero, un momento... ¿Bastianelli no había sido comisario de policía? Vaya por Dios, ¿cuánto va a que Mauro le ha encargado que dé con ella?

Más que el desayuno, lo que le vendría bien sería un *whisky*.

Marisa va a empujarlo al alcoholismo.

Bastianelli vuelve a aparecer dos horas después.

—Todo controlado, *dottore*. La señora ha vuelto a casa.

—¿Ha opuesto resistencia?

—Ninguna, *dottore*.

—¿Qué le ha dicho para convencerla?

—Nada, *dottore*.

—¿Cómo que nada?

—Solo le he dicho que iba en su nombre para llevarla a casa.

—¿Y no se ha mostrado sorprendida?

—Un poco.

—¿Y luego?

—Se ha levantado enseguida...

—¿Estaba acostada?

—No exactamente, estaba echada en la cama, vestida.

Agotada por los esfuerzos amorosos, sin duda alguna. No hay nada más que decir. Menos mal que todo se ha solucionado deprisa.

—Bastianelli, no sé cómo agradecerle lo que ha...

—*Dottore*, permítame que añada algo más.

—Adelante.

—Está... agotada.

—¿El qué?

—La señora. Está exhausta, desfallecida. Creo que...

—Diga.

—Creo que ha tenido, cómo le diría... una colisión. Sí, eso.

—¿Con el coche?

—No, no.

—¿Y entonces...?

—Si me lo permite... No me gustaría que... En fin, yo aseguraría que alguien le ha dado una paliza.

¡Pues sí que ha elegido bien a ese chulo! De pronto, a saber por qué, la presencia de Bastianelli lo incomoda.

—Oiga, Bastianelli, dígame qué le debo.

El otro pone cara de ofendido.

—Pero, *dottore*, ¿cómo va a...?

—Me refiero única y exclusivamente a su sobrino. Hay que pagarle por el excelente trabajo que ha hecho.

Bastianelli no duda ni un instante.

—Creo que, para él, la mejor recompensa sería poder conocerlo.

—Pues tráigalo cuando quiera. Y gracias otra vez por todo.

Bastianelli hace como un ademán de reverencia y se marcha.

Lo ha dejado clarísimo: que vaya pensando en cómo colocar a su sobrino. Pero no pasa nada, siempre viene bien tener a gente así alrededor.

—Anna, llame a mi casa.

Es la asistenta quien coge el teléfono.

—¿La señora?

—Está arriba, en el dormitorio, *dottore*. No se encuentra muy bien.

—Dígale, por favor, que llegaré dentro de una hora más o menos. Me gustaría comer con ella.

—Por supuesto, *dottore*.

Marisa ha entendido su petición perfectamente. Ahí la tiene, sentada a la mesa, peinada y maquillada. Claro que el maquillaje no logra esconder la hinchazón de la mejilla derecha ni el cardenal azulado que tiene justo debajo del ojo.

Cuando Mauro entra en el comedor, ella no levanta la cabeza, sigue con la vista clavada en el plato vacío que tiene delante. Una alumna castigada.

Él se acerca, le da un beso en la frente, como siempre, y se sienta en su sitio.

—Cariño, ¿has pedido hora al dentista?

Marisa lo mira pasmada y, por puro instinto, se lleva una mano a la mejilla hinchada. Luego asiente.

Ha entendido que Mauro pretende que se comporte como si no hubiera pasado nada, así que se dirige a la asistenta:

—Ya puede servir, Stella.

Debe de hacerle daño hasta hablar. Seguro que la mandíbula le duele horrores... Y a saber qué más. Mauro no cree que el hombre con el que ha estado se haya limitado a darle un bofetón violento: esos, cuando se lanzan, no se contentan con poco.

—Quería avisarte de que esta noche, por desgracia, tengo una cena. No sé a qué hora volveré.

—¿Quieres que te espere?

—Si te apetece...

Apenas ha terminado de cambiarse cuando la asistenta, titubeante, anuncia una llamada telefónica de un señor que desea hablar con él, aunque no ha querido dar su nombre.

—Dígale que no estoy.

—Pero es que ha añadido que... No sé si lo he entendido bien...

—Hable, no me haga perder más tiempo.

—Que es el abuelo de Licia.

¡Birolli!

—Lo cojo en el estudio, gracias.

—No sabía si tenías invitados a comer —dice Birolli— y me ha parecido adecuado no dar mi nombre.

—Has hecho muy bien. Dime.

—Creo que ha llegado el momento de cerrar el trato, pero antes tendríamos que hablar tú y yo en privado.

—Estoy de acuerdo; ¿dónde?

—En el mismo sitio de las otras veces.

—Tardaré una horita en llegar, ¿te va bien?

—Me va bien.

Mauro llama al despacho y le dice al chófer que no vaya a buscarlo: va a coger su coche.

Birolli tiene un chalet aislado en el campo, en Brianza. Allí es donde ya se han reunido varias veces a salvo de miradas indiscretas.

Marisa, echada boca abajo en la cama, llora vencida por la violencia de toda una serie de sentimientos elementales que van desde el odio feroz hacia Guido hasta un renovado e impetuoso amor por Mauro.

Después de tantos años de matrimonio, nunca habría imaginado que un día un hombre podría hacer que se enamorase tanto que se viera obligada a abandonar a su marido.

Bueno, a decir verdad, ha habido algún que otro hombre, pero siempre sin importancia, caprichillos, hombres que después de hacer el amor, una vez satisfecha la curiosidad mutua, se marchan y tan amigos.

En cambio, con ese cerdo (jamás volverá a pronunciar su nombre, lo jura) se ha dejado arrollar como una estúpida.

La embelesaron sus palabras, su voz, su forma de recitar esos poemas que no le llegaban al corazón, sino al vientre, y más abajo aún, y la turbaban por completo.

Qué bien lo ha hecho, el muy canalla... qué bien ha escondido que se trataba de una farsa, de una máscara que se le cayó en la cabaña.

¡Y solo porque se permitió jugar con su móvil!

Sin duda alguna, es un loco furioso y peligroso.

En cambio, qué bueno es Mauro...

¡Cómo reluce su bondad, en contraste con la vileza de ese monstruo!
¡Abandonarla en un pueblucho de cuatro casas en plena montaña, desde el que solo Dios sabe cuánto le ha costado volver!

Mauro no le ha hecho ningún reproche, no ha levantado la voz, ha conseguido que se sintiera a gusto de inmediato, que volviera a ser la señora de su casa, como diciendo que, para él, ese paréntesis ya estaba cerrado definitivamente.

Y por eso lo recompensará.

Le será fiel para siempre, estará dispuesta a satisfacer todas sus necesidades, todos sus deseos.

Y hoy, por supuesto, esperará despierta su regreso.

Anna está desesperada, no sabe dónde encontrar a su jefe. Ha salido de casa y tiene el móvil apagado. El subsecretario Pennacchi ya ha llamado tres veces desde Roma, y han telefoneado dos veces más de Confindustria.

¿Dónde se habrá metido ese buen hombre?

Tal vez el *dottor* Marsili sabe algo. Lo llama a su casa, pero le contesta que no tiene la más mínima idea.

Por fin, Mauro aparece poco antes de las seis.

—*Dottore*, han llamado de...

—Venga a mi despacho —la corta él.

Anna se levanta, lo sigue y luego cierra la puerta. Los teléfonos del escritorio de Anna suenan desesperadamente.

—Déjelos sonar.

Su jefe saca del bolsillo unas hojas de papel pautado dobladas en cuatro y se las tiende.

—Anna, este documento es sumamente reservado. Guárdelo en la carpeta con los demás, pero hágalo cuando esté segura de que no la ven: no querría despertar la curiosidad de nadie. ¿Quién ha llamado?

—Tres veces el diputado Pennacchi, que quiere hablar con usted con muchísima urgencia, y dos veces más desde Confindustria.

—¿Y qué les ha dicho?

—Que había salido.

—Por ahora no conteste a ninguna llamada. Vaya a guardar el documento, si ve la oportunidad, y luego vuelva aquí de inmediato con la agenda de las citas.

Anna sale y, al cabo de unos pocos minutos, vuelve a estar delante del escritorio de Mauro.

—Escriba en la agenda que hoy de cuatro y media a seis he estado en el dentista. ¿Ya está? Bien, ahora llámeme al *dottor* Marsili y cuando vea que he terminado con esa llamada pásame a Pennacchi.

»¿Sí? ¿Guido?

—Hola, Mauro.

—¿Cómo lo llevas?

—Pues, mira, creo que esta noche lo termino. Calculo que mañana a las nueve podrás tenerlo encima de la mesa.

—Gracias. ¿Y si tuviera que pedirte alguna modificación?

—Sabes mejor que yo que mañana habrá un follón tremendo. Podemos vernos por la noche, si quieres.

—Vente a cenar a casa.

—Muy bien.

Habrás que esperar que la imbécil de Marisa sepa comportarse... Tal vez incluso tenga la oportunidad de decirle que no se preocupe, que el joyero lo tiene él.

El piso de Licia, situado en pleno centro, está en la última planta de un edificio que, si no pertenece al patrimonio cultural nacional, poco le falta. Es amplio, tiene muchas ventanas y una gran terraza. La decoración ha corrido a cargo de un buen profesional y los muebles son elegantes y modernos, pero sin esos excesos de diseño que hacen que uno no sepa si se está sentando en una silla, en un cactus o en una escultura abstracta. En las paredes cuelgan grandes cuadros, si es que pueden llamarse así: lienzos rasgados o harapos chamuscados. Mauro nunca ha sido capaz de encontrar belleza alguna en esas supuestas obras de arte, pero al parecer valen un dineral. Él, en su casa, tiene una marina de un tal Carrà que parece pintada por un niño de diez años y un cuadro de un tío que se llama Morandi donde se ven unas cuantas botellas viejas y tristes. Tuvo que comprarlos porque el arquitecto se empeñó, pero prefiere no pensar en lo que pagó por ellos.

Licia lo recibe vestida con mucha sencillez, en falda y blusa, con un toque de maquillaje y la larga melena rubia recogida en la nuca.

Su belleza llega a ser embarazosa.

—¿Quieres un vino blanco o un prosecco?

—Un prosecco, gracias.

Mientras beben, ella aprovecha la ocasión para mirarlo profundamente a los ojos por un instante. Aunque no hay la menor traza de una sonrisa en su rostro, unas ligerísimas arrugas se forman en su frente. Es un instante extremadamente intenso.

«La noche promete», piensa Mauro.

—¿Un día difícil? —pregunta ella.

—En estos tiempos, todo es difícil.

—Ya —dice Licia—. A partir de mañana, a mí también me esperan unos días agotadores.

—¿Por qué?

—A última hora de la mañana me voy a Isquia. Hay que ir a comprobar que todo esté listo para el simposio.

—Me gusta la idea de verte allí a diario.

—No te hagas ilusiones; de hecho, creo que nos veremos poquísimos, ni te imaginas todo lo que tengo que hacer.

—Pero a última hora...

—A última hora habrá que preparar todo lo del día siguiente.

—¿También vas a trabajar de noche?

Ella sonríe, no responde, apura el vino. Luego dice:

—Perdona, tengo que volver a la cocina.

Él se queda solo y se pone a hojear un número de *Vogue*, pero al poco oye la voz de ella, lejana:

—Mauro, ¿me ayudas a llevar las cosas a la mesa?

¡Qué bien! ¡No está la asistenta! Eso quiere decir que Licia ha preferido que estuvieran solos.

Hay dos posibilidades: o el joyero se quedó en la cabaña o lo cogió ese canalla. En el segundo caso, es posible que haya sido por error o para utilizarlo como instrumento de chantaje. De un mierda como ese puede esperarse cualquier cosa. Pero hay un problema, y además bastante gordo: todo lo que contiene ese joyero se lo ha regalado Mauro, que, de vez en cuando, mientras se arreglan para acudir a algún acto que le interesa mucho, se empeña en que Marisa se ponga un collar en concreto, alguna joya en especial. Tiene una memoria increíble para las joyas que le ha regalado.

¿Y qué va a contarle si tienen que salir en los próximos días?

Tiene que recuperar el joyero lo antes posible. Pero ¿cómo?

No piensa llamarlo, no quiere ni oír su voz. Le da asco, le repugna...

Enviarle una carta ni se lo plantea, de modo que decide escribirle de inmediato un mensaje de texto. Así, de paso sondea sus intenciones.

«Tengo que recuperar de inmediato una cosa que tienes tú y que me pertenece».

Antes de enviarlo, lo relee. Funciona. Es bastante genérico, puede parecer que le pide que le devuelva un pañuelo o un encendedor. Lo envía y, poco después, recibe la respuesta: «Mauro me ha invitado a cenar con vosotros mañana por la noche. Lo llevaré conmigo, espero encontrar la forma de dártelo. Borra este mensaje ahora mismo».

¿Se verá capaz mañana por la noche de volver a mirar a la cara a ese ser innoble?

Tiene que conseguirlo cueste lo que cueste, sería dramático que Mauro se diera cuenta de que el hombre con quien lo ha traicionado es ese gusano.

—¿No crees que exageras? —pregunta Anna emocionada.

Por la mañana, hacia las diez, que es la hora a la que suele despertarse el hombre misterioso, no ha resistido la tentación de llamarlo desde el trabajo.

Y se le ha escapado que hoy es su cumpleaños.

—¿Has invitado a alguna amiga para celebrarlo?

—No.

—¿Y eso?

—Es que a cierta edad es mejor no...

—¡Muy bien! ¡Así te tengo toda para mí solo!

El resultado ha sido que, al volver a casa, se ha encontrado rosas y otras flores por todas partes, un anillito de no mucho valor, aunque muy elegante («Perdona, pero estoy agotando las reservas»), que le ha hecho derramar lágrimas de felicidad, y una cena espléndida.

Se han pimplado la primera botella de champán casi sin darse cuenta, mientras comían, y Marco le ha propuesto que abrieran la segunda en la cama.

Y ha añadido que había una tercera en la nevera.

Es más que evidente que Licia siente una fuerte atracción por él, y en cierto modo se lo ha hecho notar con toda una serie de detalles: sonrisas, miradas, risitas complacientes, atenciones...

Mauro le ha preguntado por su trabajo, pero ella ha contestado con generalidades y evasivas, y no porque no le pareciera oportuno hablar de ese tema, sino porque por momentos estaba como distraída, absorta en otros pensamientos.

Luego, después del primero, se han levantado los dos a la vez para llevar a la cocina los platos vacíos; Mauro ha sido más rápido, pero Licia se ha empeñado a toda costa en llevarlos ella. Ha puesto las manos encima de las de él, que se ha resistido. El contacto físico se ha prolongado unos segundos y ambos se han quedado inmóviles, mirándose. Luego ella se ha rendido, ha apartado las manos lentamente y lo ha seguido hasta la cocina.

Mauro ha tenido la clara sensación de que esa rendición no afectaba únicamente al asunto de los platos.

—¿Me explicas una cosa? —le ha preguntado mientras tomaban el postre.

—Dime.

—¿Por qué no has pedido ayuda a Ravazzi?

—¿Para qué?

—Para la empresa de tu abuelo.

—Bueno, de hecho, el viejo se ha metido en tantos líos que al principio me dio miedo echarle una mano y acabar teniendo problemas con Ravazzi... Aunque tarde o temprano lo habría ayudado, ¿eh? Soy una buena chica —reconoce Licia sin inmutarse.

¡La Tijera tenía razón!

—Y al final ¿por qué no lo has hecho?

—Muy sencillo. Antes de dar un paso quise saber si mi abuelo estaría de acuerdo.

—¿Y...?

—No quiso.

—¿Por qué?

—Por dos motivos. El primero era que no le hacía gracia que yo me implicara en el asunto.

—¿Y eso?

—Me dijo que si luego, por lo que fuera, las cosas no llegaban a buen puerto, yo quedaría en entredicho ante Ravazzi. Mi abuelo se preocupa por mi reputación.

—¿Y qué le contestaste?

—Que para echar a perder mi relación con Ravazzi haría falta mucho más que el fracaso de una negociación.

Mensaje recibido: «Querido amigo, soy la amante de Ravazzi; actúa en consecuencia». Y en ese preciso momento, Mauro tiene una iluminación: la que lo ha invitado al simposio ha sido Licia.

—¿Y a pesar de eso ha seguido negándose?

—Mi abuelo es muy testarudo.

—Pero aún no me has contado el segundo motivo.

Licia sonríe.

—¿De verdad quieres saberlo?

—Claro.

—Argumentó que estaba seguro de que llegaría contigo a un acuerdo que le resultara ventajoso y que sería imposible proponerle a Ravazzi.

¡Dios santo! ¡Ese viejo loco no habrá sido capaz de ir y contárselo todo a su nieta! Para enterarse bien, Mauro se hace el despistado.

—¿Y qué acuerdo es ese?

Ella sonríe de nuevo.

—Conmigo no te pases de listo...

—Pero ¿cómo puedes creer que pretenda...?

Licia parece ligeramente molesta.

—Mauro, conmigo te conviene cambiar de registro: lo sé todo.

—¿Qué es lo que sabes?

—Está bien, como quieras. Poco antes de que tú llegaras, mi abuelo ha venido a verme. Me lo ha contado todo sobre vuestro encuentro privado, o incluso privadísimo, o mejor aún, secretísimo, y sobre el acuerdo y la escritura de compraventa de acciones que habéis firmado los dos.

Mauro se pone pálido.

Pero ¡si tenía que quedar exclusivamente entre ellos dos, joder! ¡Si todo esto llega a saberse, corren peligro de acabar entre rejas!

No, más que correr peligro acaban entre rejas seguro.

—Como ves, estás en mis manos —dice ella sonriendo.

Mauro le sonríe también. Tiene claro que lo ha amenazado en broma, porque Licia no podría hacer nada contra él sin traicionar también a su adorado abuelito.

—¿Qué te parece si tomamos algo en el salón? —propone Licia levantándose.

Pasan a la sala de estar.

—¿Qué quieres tomar?

—Un *whisky* estaría bien.

—Yo tomaré otro.

Cuando se sienta en el sofá, al lado de Mauro, se le pega tanto que acaba apoyando todo el cuerpo contra él.

Entonces Mauro alarga el brazo y la coge por la cintura.

Ella echa la cabeza hacia atrás.

Mauro se inclina para besarla.

Como de común acuerdo, después de ese primer beso los dos dejan los vasos en la mesita de centro y, sin mediar palabra, vuelven a abrazarse.

También se han acabado la segunda botella.

Anna está borracha, agotada y feliz.

—Ahora déjame dormir, ¡mañana por la mañana tengo que ir al despacho, no puedo quedarme holgazaneando en la cama como tú!

—Vamos a hacer una cosa: voy a la cocina, descorcho la tercera botella y nos bebemos una copita de buenas noches.

—Está bien... ¡pero que sea la última!

—Prometido.

Vuelve con dos copas. Brindan. Y luego el hombre misterioso se mete otra vez en la cama.

—Anna, tengo que decirte algo que tal vez no te haga gracia.

A ella le da un vuelco el corazón.

—¿Qué pasa?

Él, antes de contestar, mira el Rolex que no se quita ni siquiera para dormir: son las dos de la madrugada.

—Dentro de tres horas van a pasar a recogerme.

—¡¿Te vas?!

Más que una pregunta ha sido un grito.

—Sí.

—¿Y cuánto tiempo vas a estar fuera?

—Una semana.

—¿Adónde vas?

—A Palermo.

Se le cae el alma a los pies.

No está en condiciones de pasar ni medio día alejada de él, ¿qué va a hacer una semana entera?

—Me cojo unos días de vacaciones y te acompaño.

—¡No digas tonterías!

Su tono es tajante. Anna, a pesar de todo el champán que ha bebido, tiene la boca seca.

—¿Qué vas a hacer en Palermo?

—De guardaespaldas. De un joyero. Me pagan muy bien. Ya lo he hecho otras veces.

Anna ya no puede ni hablar.

Esa última copa ha sido el golpe de gracia. De pronto, siente que se apodera de ella una somnolencia irresistible. Apenas puede mantener los ojos abiertos y, al cabo, se deja vencer por el sueño.

Marco, afectuosamente, le cubre el pecho desnudo con la sábana.

—Ven conmigo.

Licia se levanta, lo coge de la mano, lo guía hasta el dormitorio.

—Desnúdame —le dice—, me gusta.

Mientras él le quita la blusa, ella se deshace de los zapatos. La falda se aguanta solo con un corchete por la cintura. Cae a sus pies y Mauro la aparta.

Luego se queda quieto un instante para disfrutarla con los ojos.

—Sigue.

Mientras le desabrocha el sujetador, la mantiene abrazada, con los labios pegados a los suyos. Se aparta solo lo suficiente para que el sujetador resbale y vuelve a estrecharla entre sus brazos: quiere sentir sus pezones apretados contra la tela de la americana.

Tener a una mujer desnuda entre los brazos mientras él sigue completamente vestido siempre le ha provocado un inmenso placer.

Luego se arrodilla delante de ella y le baja las bragas. Apoya los labios en la franja rubia y a duras penas se contiene para no hundir en ella los dientes.

Se incorpora, pero ella corre hasta la cama, se echa de espaldas y agita las largas piernas en el aire como si pedalease. Él las detiene pegándoselas contra el pecho y empieza a quitarle las bragas del todo, enrollándolas en su dedo. Cuando termina, se libra de la americana y la deja caer al suelo.

—¡Quietos! —ordena Licia—. Ahora me toca a mí.

Se levanta y se pone delante de él. Alarga las manos para deshacerle el nudo de la corbata. El perfume de su piel es intenso...

Y entonces, de golpe y porrazo, se hace la oscuridad absoluta.

Es como si le hubieran echado por encima una manta gruesa que lo hubiera cubierto por completo.

—¿Se ha ido la luz? —pregunta perplejo.

No recibe respuesta. O quizá no está en condiciones de oírla.

Y de nuevo ese silencio absurdo, inconcebible.

Ahora aparecen letras en la oscuridad. Blancas, en cursiva. Pero giran sin parar, se encajan, se ponen del revés, se desintegran, se recomponen, se invierten, tratan en vano de formar palabras.

Cuando vuelve a ver, se encuentra a Licia vestida, muy pálida, sentada al pie de la cama, mirándolo. Él también está sentado, en una butaca.

¿Cuánto tiempo ha pasado? No tiene ni idea... Intenta levantarse, pero se desploma.

—¿Te encuentras mejor? —le pregunta ella.

No tiene aire suficiente en los pulmones para contestar. Se ve obligado a hacer una larga inspiración con la boca abierta.

—Sí, gracias, ya se me ha pasado.

—¿Te ha ocurrido otras veces?

—No. —No es conveniente que Licia sepa nada de esas irregularidades repentinas y molestas que sufre, aunque quizá sea un buen momento para comprender cómo lo ven los demás cuando se produce una—. ¿Me cuentas qué me ha sucedido?

—Bueno... Yo estaba concentrada en el nudo de la corbata y de pronto te has quedado como paralizado, como si te hubieran apagado un interruptor. No veías ni oías nada, y eso que tenías los ojos abiertos. No contestabas a mis preguntas. Era... como si no estuvieras. Sí, eso. ¡Menudo susto me has dado!

—Perdona. Ha sido una especie de apagón. He trabajado demasiado estos últimos días. ¿Me he caído?

—Has estado a punto, pero he conseguido mantenerte en pie y me ha dado tiempo de ponerte la butaca debajo.

Hace una pausa y luego continúa:

—De todos modos, tendrías que ir al médico; puede que se trate de un caso leve de epilepsia.

¡Epilepsia o no, vaya mierda de papel ha hecho!

—¿Quieres un vaso de agua?

—Sí, gracias.

Se lo bebe de un solo trago. Y esa vez logra levantarse. Licia lo ayuda a ponerse la americana.

—Pídeme un taxi, por favor.

—¿Puedes desenvolverte solo?

—Creo que sí.

—¿Quieres que te lleve yo en coche?

—No, gracias. Ya te he molestado bastante.

Licia lo acompaña al ascensor y lo despide con un beso en la mejilla. Aún tiene la misma mirada de perplejidad.

Los tres pasos que tiene que dar para llegar al taxi y el aire frío de la noche le sientan bien.

Tanto es así que le pide al taxista que lo deje a un centenar de metros de su casa: tiene la sensación de que le conviene andar. Y mientras se dirige a la villa vuelve a invadirlo, súbito e intensísimo, el deseo de Licia. Por un instante incluso se plantea la locura de volver a su piso.

Pero debe de haberla asustado mucho, seguro que no le abriría la puerta o lo mandaría a casa. No le queda otro remedio que esperar que, cuando vuelvan a verse

en Isquia, se le haya olvidado el episodio del ligero malestar.

Entra en casa y va directamente al baño. Se desnuda, se mete en la ducha. Deja correr un buen rato el agua fría sobre su cuerpo. Se siente revitalizado y, al mismo tiempo, advierte que el deseo aumenta.

Va al dormitorio, que está a oscuras.

—No dormía, te esperaba —dice Marisa tentadora. Mauro no le responde nada, sale corriendo; no soporta la temperatura ecuatorial de la habitación, le parece que va a desmayarse, regresa al baño. Empieza a dolerle el bajo vientre—. ¿Te encuentras mal?

Marisa se ha levantado y se acerca a él. Se vuelve para mirarla.

La hinchazón de la mejilla ha disminuido mucho, también el cardenal de debajo del ojo... pero lleva un camisón, ¿por qué?

Ella siempre duerme completamente desnuda. Enseguida cree entender el motivo.

—¡Quítate el camisón!

Ella lo mira, suplicante.

—Preferiría que no...

—¡Quítatelo! —Marisa, resignada, se lo quita y lo deja caer al suelo. Es justo lo que se imaginaba: una mancha azulada, grande, le rodea el ombligo; y tiene otra en el costado izquierdo, y luego, aquí y allá, diseminados, una gran cantidad de moratones. El deseo le resulta incontenible—. Ven aquí.

Le da la vuelta y la obliga a inclinarse hacia delante hasta apoyar las manos en el borde del *jacuzzi*.

Ella intuye sus intenciones.

—¡No, por favor, así no!

Pero Mauro no dice nada; se ha echado encima de ella y le tapa la boca con la mano.

El despertador suena un buen rato antes de conseguir atravesar las capas plúmbeas de la inconsciencia y alcanzar la profundidad en la que yace Anna.

Entonces, por fin, se mueve y estira una pierna mientras, por instinto, envuelta todavía en las nieblas de la somnolencia, alarga un brazo hacia la otra mitad de la cama. Lo alarga aún más y, al no encontrar el cuerpo de Marco, se incorpora de repente. Ese movimiento brusco le provoca un ligero mareo. Se da cuenta de que también tiene un leve dolor de cabeza.

Hasta ese momento no ha recordado que su amado le dijo que se marchaba, que tenía que irse de viaje.

Pone un pie en el suelo para bajar de la cama, pero tiene que hacerlo con cuidado porque siente algo de vértigo. Anoche bebió demasiado, no está acostumbrada. También tiene escalofríos que siguen recorriéndola de vez en cuando de la cabeza a los pies incluso después de una ducha caliente.

La ausencia de Marco ya se ha hecho insoportable y apenas han pasado unas horas, ¿cómo va a poder llenar ese vacío durante una semana entera?

Mientras lo piensa, sus dedos, actuando casi independientemente de ella, se mueven con frenesí por el teclado del móvil.

—¡Buenos días! ¿Has dormido bien? —responde Marco, al primer timbre, con voz alegre.

—Me duele un poco la cabeza.

—¡Ay, querida señora Anna: eso es la consecuencia inevitable de su desenfreno! —¡Santo cielo, qué felicidad saber que cuenta con él! ¡Y que la quiere! Como por arte de magia, se le pasa el malestar—. Ahora tengo que dejarte. Estoy conduciendo, es mi turno.

—¿Puedo volver a llamarte por la tarde?

—Claro. Te mando un besazo.

—Yo también.

Tal vez sí que exista una forma de aliviar su sufrimiento: con una llamada por la mañana, una por la tarde y una tercera antes de acostarse probablemente conseguirá que su ausencia resulte menos abrumadora.

En el despacho, apenas ha acabado de vaciar el maletín y de cerrar la caja fuerte cuando llega el *dottor* Marsili.

Parece tenso y muy preocupado por la mañana que le espera. Y tiene sobrados motivos: Anna ha visto la que se prepara y también está muy asustada. De hecho, es ella la que hace una pregunta antes de que el *dottor* Marsili tenga oportunidad de abrir la boca.

—¿Cree que van a asaltar la empresa?

—¡No, mujer! —y de inmediato añade—: ¿Está Mauro?

—Todavía no ha llegado.

Él le tiende un sobre.

—Déselo en cuanto aparezca.

Y se marcha a su despacho. Casi al instante, suena el teléfono. En la pantalla aparece el número de la casa del jefe.

—Buenos días, *dottore*.

—Buenos días, Anna. ¿Novedades?

—Ay, Dios mío, *dottore*, me ha costado mucho entrar en el edificio.

—¿Por qué?

—No me dejaban pasar. Delante de la entrada hay una multitud de trabajadores que gritan, protestan... Me han dado un empujón, me he asustado mucho.

Ha empezado el jaleo, como era de prever. Aun así, en cuanto se sepa que las medidas no van a afectar a mil trabajadores, sino a quinientos, la mitad de ese furor heroico se disipará de golpe.

—¿Marsili le ha dejado un sobre para mí?

—Ahora mismo.

—Mándemelo de inmediato a casa con un ordenanza.

—¿No va a venir al despacho?

—Esta mañana seguro que no.

Ni harto de vino se expondría a los insultos y a los gestos obscenos de centenares de empleados coléricos, y menos aún ante las cámaras de televisión.

Que se las apañe Guido, es su trabajo.

Unos minutos después de que Mauro ha colgado, suena el teléfono.

Es Licia.

Esperaba esa llamada.

—Tu secretaria me ha dicho que esta mañana te quedabas en casa, ¿no habrás vuelto a encontrarte mal?

—No, estoy perfectamente, gracias. Es que...

—Entonces ¿lo de Isquia sigue en pie?

Vaya, por lo visto no se trata de una preocupación afectuosa, ha llamado para saber si tiene que organizarse y recurrir a otro para tapan el hueco.

—Por supuesto.

—Mejor. Yo me voy ya. Salgo dentro de una hora... —Y, tras una brevísima pausa, añade—: Nos vemos allí.

Esa brevísima pausa ha cargado de un significado distinto la frase que ha dicho justo después.

Así pues, para confirmarlo, Mauro decide arriesgarse. Le dice insinuante:

—Así podremos retomar la conversación que tuvimos que interrumpir.

—Sí —contesta Licia, riendo, y concluye—: A mí tampoco me gusta dejar las cosas a medias. Adiós.

Bueno, bueno. Ha sido explícita: está claro que en Isquia sabrá encontrar la forma de dividirse equitativamente entre Ravazzi y él.

Sin embargo, mientras aún está alegrándose por la promesa de Licia, un pensamiento repentino lo paraliza.

¿Y si esa mierda de indisposición se le presenta otra vez cuando vuelva a estar con ella? O peor, ¿y si le sucede mientras lee su ponencia ante un centenar de personas? ¡Menudo papelón! ¡Estaría acabado! Se imagina un diálogo.

«—¿Tú sabías que el pobre De Blasi estaba tan enfermo?

»—¡Qué va, no tenía ni idea!

»—Pobrecillo... Aunque, claro, en esas condiciones...

»—... Tendrá que dejarlo, no hay alternativa».

¡Ah, no, eso ni en broma! No hay tiempo que perder. Vuelve a llamar a Guidotti.

—Mi marido vuelve el viernes por la noche —asegura su mujer.

Demasiado tarde.

—Señora, me parece que el otro día mencionó a un colega de su marido que...

—Ah, sí, el doctor Lachiesa. Si quiere sus números de teléfono y las direcciones...

—Démelos, gracias.

—Cuando lo llame, diga que va de parte de Alessandro.

El doctor Lachiesa no está en casa, que pruebe en la clínica. El doctor Lachiesa no está en la clínica, que pruebe en su consulta privada. Por fin consigue dar con una secretaria competente.

—¿De parte del doctor Alessandro Guidotti, dice? En estos momentos el doctor está visitando a un paciente. Si me deja su número, lo llamo en cuanto esté libre.

Al cabo de diez minutos tiene al doctor Lachiesa al teléfono.

—Dígame.

Mauro le cuenta sucintamente lo que le ha pasado, la oscuridad con la frase en cursiva, la burbuja de silencio y de nuevo la oscuridad con las letras giratorias sumada al silencio...

—Me gustaría verlo enseguida —dice, amabilísimo, el doctor—. Espere un momento, no cuelgue. —Sin duda estará consultando con su secretaria para encontrar alguna hora libre. Luego vuelve a hablar—: ¿Le va bien mañana, miércoles, a las cinco?

—Sí, estupendo.

Poco después la asistenta le entrega el sobre que le ha enviado Anna. Se sumerge en la lectura.

Al cabo de una hora ya ha terminado. En los márgenes ha marcado los pasajes que no funcionan o que hay que desarrollar mejor. Decide meterles mano él mismo en ese momento, ya que no tiene nada que hacer. Luego ya lo comentará con Marsili en la cena.

De todos modos, el subdirector general ha hecho un trabajo magnífico.

Se levanta para ir a beber un vaso de agua. Se cruza con la asistenta, que está poniendo la mesa.

—¿La señora ha bajado?

—Aún no, *dottore*.

¿Qué intenciones tendrá?

Después del repasito nocturno (que fue un poco brutal, lo reconoce), Marisa salió del baño llorando y, cuando él fue a acostarse, ni siquiera le deseó las buenas noches y le dio la espalda obcecadamente. ¿Acaso la muy puta se hacía la ofendida por el trato recibido?

Sube. El dormitorio está completamente a oscuras. Se acerca a la ventana y la abre de par en par; abre también los postigos con un gesto brusco. La luz irrumpe con

violencia, junto con una ráfaga de aire cortante.

—¡No! —grita Marisa tapándose la cara con la sábana.

Él se la arranca.

—Dentro de media hora tienes que estar abajo en perfecto estado, ¡y si te atreves a decir una palabra de más delante de Stella o no tienes una conducta del todo natural, te prometo que te arreo tal tanda de patadas que al lado de las de tu amante te parecerán caricias!

Marisa se tapa las orejas con las manos para no oírlo.

Poco antes del almuerzo, Guido Marsili lo llama por teléfono.

—¿Cómo ha ido? —le pregunta.

—Ha sido una mañana agotadora, y aún me quedo corto.

—¿Los trabajadores aún están ahí?

—¿Los que se manifestaban delante de la entrada?

—Sí.

—He llamado a la jefatura provincial de policía, han intervenido y los han echado a las malas... pero la situación empeora por momentos.

—¿Y eso?

—En algunas plantas, los trabajadores están reunidos en asamblea permanente, mientras que en otras han salido a la calle y han cortado el tráfico. En Nola hay tres que se han subido a la chimenea.

—Esas cosas eran de esperar.

—Los de la Confederación General Italiana del Trabajo han venido a dar un puñetazo en la mesa.

—¿Y qué has hecho?

—Me he puesto manos a la obra.

—Explícate.

—He contestado que no pensaba tratar con un único sindicato, que solo abriríamos una mesa de negociación si participaban todos, incluidos los independientes. Ha costado, pero he conseguido sacarlos del despacho.

—Perfecto, buena jugada, bravo. Son como el perro y el gato, tardarán días solo para acordar dónde y cuándo reunirse.

—Con eso cuento, precisamente. O todos o ninguno. Luego, por supuesto, nada nos impide llegar a acuerdos por separado... —Hace una pausa—. Me ha llamado Manuelli, el viejo.

—¿Qué quería?

—Que lo pusiera al día. Luego me ha pedido que te preguntara si su presencia en la futura mesa de negociación no sería útil.

Mauro se lo plantea durante unos segundos.

—Ya lo valoraremos, tenemos tiempo. Pero no sería mala idea: puede que su retórica populista y hueca nos resulte útil. Ese es capaz de crear más cortinas de humo que un incendio.

—¿Has leído la ponencia de Isquia?

—Sí, gracias, muy buena. He metido mano en un par de sitios. No son modificaciones sustanciales, lo hablamos esta noche durante la cena.

—Una cosa más: en medio de todo este alboroto, me ha llamado Birolli.

—¿Qué te ha dicho?

—Que el consejo de administración lo ha aprobado todo, podremos proceder a la firma oficial y al pago en cuestión de pocas horas. Para mí que tiene prisa, está cagado de miedo.

En realidad, el que de verdad tiene prisa es Mauro. Guido no puede sospecharlo.

Después de comer, el señor director general ha informado de que por la tarde tampoco va a ir al despacho. Para Anna ha sido un verdadero contratiempo: la ausencia del jefe implica una clara disminución del trabajo y, en consecuencia, más tiempo libre para ponerse melancólica pensando en quien está lejos.

Hoy puede salir a las cinco y media, la hora en que, teóricamente, acaba su jornada laboral. Aunque eso no se respete casi nunca porque el jefe, entre una cosa y otra, siempre acaba reteniéndola en el despacho, a veces incluso una hora de más.

En cuanto pisa la calle, antes siquiera de llegar al coche, se apresura a telefonar a su amado porque está a punto de sufrir un síndrome de abstinencia.

«El número al que ha llamado...».

La voz metálica se transforma en una cuchilla afilada que la hiere en medio del pecho; ¿no le había prometido, antes de marcharse, que tendría el móvil siempre conectado?

Tal vez ha tenido que acompañar al joyero a una reunión importante y se ha visto obligado a apagarlo.

Sube al coche, llega a casa, deja el maletín en su sitio y se sienta en una silla del pequeño vestíbulo. No encuentra el valor necesario para adentrarse en el piso, demasiado vacío y gélido sin él.

Vuelve a llamar. La misma voz metálica le asesta otra puñalada aún más cruel.

Ni siquiera se siente capaz de acercarse a la cocina a hacer la cena, ya se ha acostumbrado al buen olorcito que la recibía nada más llegar, a que él saliera a recibirla con los brazos abiertos y la estrechara y la levantara por los aires...

Mejor salir otra vez e ir a comprar cualquier cosa a una tienda de comida preparada, aunque la verdad es que no tiene hambre.

Va a refrescarse un poco. Se da cuenta de que en el baño ya no queda nada de él. Pero ¿por qué se sorprende? Es lógico que se haya llevado el cepillo de dientes y la maquinilla de afeitar...

Sin embargo, de pronto se da cuenta de que Marco, en su casa, siempre se ha comportado como si estuviera de paso, como si no tuviera intención de quedarse mucho tiempo. Una camisa y una muda, eso sí, pero ni un traje ni unos zapatos aparte de los que llevaba puestos. Y sin embargo en ocasiones, por la noche, se lo había encontrado con un traje distinto al del día anterior; es decir, que de vez en cuando, durante el día, hacía una escapada a su casa para cambiarse.

Su piso de via dei Giardini lo conoce por sus palabras, se lo ha descrito al detalle. Y le ha dado una copia de las llaves.

«Por si te hacen falta...».

Hasta el momento nunca las ha utilizado, pero ahora siente una necesidad apremiante de ir a ese piso para encontrarse entre sus cosas, para volver a sentir su olor en un traje colgado de una percha... Sale a toda prisa, coge el coche. Llega a la via dei Giardini cuando el conserje está cerrando el portal.

Y en ese preciso instante suena el móvil, ¡es él!

Casi se desmaya de felicidad. Menos mal que no le ha dado tiempo de bajar del coche, si no se habría caído al suelo. Está tan emocionada que le cuesta hablar.

—Santo cielo, no sabes lo mucho que...

—¡Perdóname, perdóname, perdóname!

—¿Por qué no contestabas?

—El joyero me ha llevado a una reunión en la que... —Justo lo que se había imaginado—. ¿Estás en casa? —pregunta él.

Le da vergüenza decirle que está en la via dei Giardini a punto de subir a su piso, que ha ido hasta allí por desesperación, para llenar de alguna forma su vacío.

—Sí.

—¿Me echas de menos en la cocina?

—Te echo de menos en todas partes.

—Ahora tengo que dejarte, cariño. Te llamo a las once y te doy las buenas noches.

Anna ha recuperado el apetito de repente.

Guido va a sacar el joyero que tiene guardado con llave en un cajón del estudio. Tiene que envolverlo con un papel discreto; no de regalo, lo cual llamaría la atención, sino con uno normal y corriente, de paquetes, porque si no Mauro se fijaría al instante.

Va a la cocina en busca del papel y de una bolsa de nailon.

Pero, una vez allí, se detiene porque se le ocurre que el asunto se presenta mucho más complicado de lo que creía. Resulta que el joyero es una especie de cofrecito forrado de raso rojo que tendrá unos veinte centímetros de alto y unos diez más de largo. Será un poco difícil conseguir que pase inadvertido.

Además, si es Mauro quien le abre la puerta, se verá obligado a dejar la bolsa en la mesita de la entrada sin darle ninguna explicación, como si fuera algo suyo que pretende recoger en el momento de irse... ¿Y después qué? ¿Le dirá a Marisa, en cuanto se presente la ocasión, que vaya a cogerlo? ¿Y si Mauro, al acompañarlo a la puerta, se acuerda de que había llegado con una bolsa de nailon en la mano que ahora ha desaparecido?

No, así se arriesga a meterse en un berenjenal que podría tener consecuencias gravísimas. La mejor solución es quedarse el joyero de momento y, con un poco de suerte, conseguir hablar con Marisa para acordar la forma menos arriesgada de devolvérselo.

En efecto, tal como había previsto, es el propio Mauro quien le abre la puerta.

—¡Adelante, querido amigo!

Ha hecho bien en no llevar la bolsa.

En su lugar, lleva un gran ramo de rosas para la señora de la casa, que también sale a recibirlo.

Por un instante, Guido se queda perplejo: la ve en muy buena forma, elegantísima, guapísima, deseabilísima, quizá incluso más que antes.

Con ella no pueden utilizarse más que superlativos.

Esperaba encontrársela al menos un poco tocada por la inevitable reacción de su marido tras su retorno a casa, pero no: Mauro debe de haberla perdonado. Es muy probable que lo haya convencido de que, si se había ido de casa, no era para seguir a otro hombre, sino para hacer una pausa de reflexión, precisamente lo que le había sugerido él mismo.

Se le ocurre que, si consigue recomponerse, si consigue no hacerle hacer ninguna estupidez, sería agradable volver a estar con ella un tiempo más.

—¿Son para mí? ¡Gracias!

Se las ha apañado, hábilmente, para no mirarlo a los ojos. Pasan a la sala de estar.

—¿Un aperitivo? —pregunta Marisa.

Guido está agotado, la tarde ha sido peor que la mañana, quiere mantener la máxima lucidez posible.

—No, muchas gracias.

Tampoco Mauro lo acepta. La única que se bebe medio vaso de prosecco es Marisa, le hace mucha falta para mantener la calma.

En mitad de la cena entra la asistenta para anunciar a Mauro que en el teléfono del estudio tiene una llamada del diputado Pennacchi.

El señor de la casa se levanta.

—Perdonad, pero no creo que vaya a ser algo breve. Vosotros seguid, seguid.

En cuanto Mauro sale del comedor, Marisa, sin posar los ojos en Guido una sola vez, le pide con un hilo de voz:

—¿Lo has traído?

—No.

—¿Por qué?

—No es fácil. Trata de entenderlo: es un joyero muy voluminoso, ¡no iba a metérmelo en el bolsillo!

—Pero me habías dicho que...

—Sí, te lo había dicho, pero en el momento de ir a cogerlo he visto que no era posible.

—¡Pues lo necesito antes de mañana! —replica ella levantando un poco la voz.

Esta es capaz de montar un numerito de lo más inoportuno.

—Mira, Marisa, he pensado que, como tu marido se marcha pasado mañana...

—¿Se va de viaje?

Está realmente sorprendida.

—¿Aún no te lo ha dicho?

—No.

A lo mejor no hablan mucho, o incluso nada: todavía no deben de haber remendado el desgarrón de la huida.

—Pues sí, se va a Isquia, se quedará tres días. En cuanto se marche yo te llamo y, o bien vienes a buscarlo, o bien te lo dejo donde me digas...

Hace una pausa.

—Quiero aprovechar para disculparme... por lo que sucedió en la cabaña. —Y al cabo de unos instantes añade—: No sé qué me pasó. Perdí la cabeza. Jamás le había levantado la mano a una mujer. Me avergüenzo profundamente de lo que hice.

Ella no dice nada y no aparta los ojos del plato.

—¿Podrás perdonarme? —No hay respuesta—. Porque me hace falta tu perdón. —Ella no pestañea—. Esta noche, en cuanto te he visto, me ha entrado un deseo enorme de volver a estrecharte entre mis brazos, de retomar nuestra maravillosa luna de miel interrumpida... —Tendrá que ganárselo a pulso: le va a tocar pagar muy cara la devolución del joyero, ¡de eso no cabe duda! Y él tiene tantas, pero tantas ganas de pegarle algún que otro polvo más...—. Podríamos hacer las paces cuando vengas a casa... ¿qué me dices? —Total, ahora tiene muy claro que juega sobre seguro: Mauro no sospecha de él ni remotamente. Ataca, susurrando—: «Cuerpo de piel, de musgo, de leche ávida y firme. / ¡Ah los vasos del pecho...!».

En ese momento, vuelve Mauro.

—¿Por qué me habéis esperado? ¡Podríais haber seguido comiendo!

—¿Qué quería Pennacchi?

—Aconsejar prudencia. Luego te cuento.

Marisa se levanta. Está blanca como el papel.

—¿Me perdonáis? No me encuentro nada bien.

—¿Qué te pasa? —le pregunta Mauro.

—Estoy algo mareada.

—Ve, ve, cariño.

Guido se levanta y le hace un amago de reverencia.

Está exultante. ¡Ha conseguido turbar a Marisa! ¡Lo de Neruda ha sido un golpe maestro! ¡La muy imbécil ha picado!

Vuelve la asistenta.

—La señorita Birolli al teléfono.

¿Qué querrá?

—Perdóname, Guido.

—¡Claro, hombre, cómo no!

—¿Qué tal estás? —pregunta ella de inmediato.

—¿De verdad te preocupas tanto por mí? ¡Eres un sol! ¿Para eso me llamabas?

—No. ¿Has acabado la ponencia?

—Esta noche le doy los últimos retoques.

—¿Podrías mandármela mañana a primera hora por correo electrónico?

—Claro, pero no tengo tu...

—Apúntalo.

Se lo da.

—¿Para qué la necesitas? —le pregunta Mauro.

—Hago un breve resumen y se lo entregamos a los asistentes al simposio en francés, inglés y alemán.

—Mañana a primera hora la tienes.

—¿Cuándo llegas?

—Pasado mañana, antes de comer. ¿Por qué? No tengo que hablar hasta el viernes por la tarde, creo.

—Sí, pero aquí han montado un poco de lío con el alojamiento en los hoteles.

—¡No me digas que hay peligro de que durmamos en hoteles distintos!

—Eso es precisamente lo que estoy intentando solucionar —dice ella.

Y cuelga.

Todo avanza viento en popa: si lo está organizando para tenerlo en el mismo hotel, quiere decir que tiene intenciones serias.

Vuelve al comedor.

—La Birolli quiere la ponencia mañana a primera hora por correo electrónico.

—Mañana tengo que ir muy pronto al despacho. Si quieres, ya se la mando yo —contesta Guido.

—Gracias.

Y le tiende el papel donde ha anotado la dirección.

—¿Y si vemos las noticias? —propone Guido después de mirar el reloj.

A Mauro le parece bien.

—¿Crees que van a hablar de nosotros?

—Es probable.

Y, en efecto, en un momento dado, el presentador, refiriéndose a las empresas que se desploman como bolos, conecta con la planta de Nola. La cámara enfoca a tres gilipollas apretujados en lo alto de la chimenea y luego a una mujer que llora.

«¡Mi marido está allí arriba! ¡Sufre del corazón y no ha cogido la medicación que se tiene que tomar!».

Un obrero con cara de condenado a muerte vomita que los dueños han mandado el dinero al extranjero, que quieren cerrar la planta para trasladar la producción a

China, que todos sus compañeros se solidarizan con ellos, que no van a resignarse con tanta facilidad a perder su puesto de trabajo.

—Llama ahora mismo a Marozzi —dice Mauro.

Es el director de la planta de Nola.

—¿Qué le digo?

—Que voy a considerarlo responsable directo de todo esto si no le hace llegar de inmediato la medicación a ese hijo de puta del enfermo cardíaco de la chimenea, aunque tenga que llevársela él personalmente. ¿Tú te das cuenta de la que puede liarse si ese la palma allí arriba?

Marisa está en la ducha, todavía tragando bilis.

Ha tenido que hacer un esfuerzo tremendo para controlarse y no tirarle el plato a la cara a ese ser baboso y abominable.

Está claro que, después de todo lo que le ha hecho, a pesar de las marcas que aún lleva en el cuerpo, todavía se hace ilusiones de volver a llevársela a la cama, dócil y dispuesta a todas sus marranadas.

Si se ha quedado el joyero ha sido para chantajearla, eso seguro.

¿Quieres recuperar el collar de perlas? Cógelo con la boca. ¿Quieres recuperar la gargantilla? Ponte a cuatro patas.

Y así, con distintas variantes, en cada nuevo encuentro. ¡Ah, si pudiera encontrar la manera de hacerle una gran putada a ese asqueroso!

En un momento dado, mientras repasan el informe, Guido dice que le convendría ir a buscar el ordenador portátil.

—Pero ¿lo tienes en casa?

—No, lo he dejado en el coche.

—Ve a por él, te abro la verja.

Mauro aprovecha la pausa para ir a refrescarse. Marisa, que se ha asomado a oscuras a la ventana del dormitorio porque el nerviosismo y la rabia no parece que disminuyan, más bien lo contrario, ve al gusano rastrero salir por la puerta de la casa, pasar por la verja, cruzar la calle y abrir el maletero.

Así pues, aún no se marcha.

Marisa se echa un poco hacia atrás para que no la vea. En efecto, el gusano vuelve hacia la casa con un maletín de ordenador portátil en la mano.

Se le ocurre una idea.

Una idea que vale la pena tener en consideración y con la que empieza a pasársele la rabia. Podría matar dos pájaros de un tiro, como suele decirse.

A las once en punto, como había prometido, Marco la llama.

Anna ya se ha acostado. Con solo oír su voz la invade una oleada de felicidad.

—¿Qué haces? —le pregunta.

—Estoy en la habitación del hotel. El día ha sido agotador y mañana lo será aún más, así que ahora voy a ver un poco la tele tomándome un *whisky* y luego me meto en la camita enseguida. ¿Y tú?

—Yo ya me he acostado. Quería leer una novela negra, pero no he podido.

—¿Por qué?

—Porque no consigo concentrarme: pienso en ti constantemente.

—Yo también.

—Esta noche creo que no podré pegar ojo.

—¿Tanto me echas de menos?

—Sí.

—Existe un sucedáneo —dice él.

—¿Cuál?

—Hay una manera. Ya verás que luego podrás dormir.

—Enséñamela.

—Es fácil. Levántate, ve a la cocina, abre la nevera... Debería quedar aún un poco de champán, lo tapé bien. Bébetelo todo.

—¿Y luego?

—¿Qué llevas puesto?

—El camisón.

—Quítatelo y vuelve a acostarte, pero no te tapes con la sábana.

—¿Y qué más?

—Espera mi llamada.

No ha sido exactamente como hacer el amor con él, pero al final, guiada por su voz cálida y hábil, el sucedáneo ha cumplido ampliamente su objetivo.

—Ahora cierra los ojos y duérmete. Buenas noches.

—Buenas noches, amor mío —responde Anna todavía jadeante.

Tiene que provocarlo. Para que el plan que ha esbozado acabe funcionando, es necesario sacarlo de sus casillas. Está segura de que esta noche Mauro va a volver a maltratarla, a humillarla, a ofenderla. Lo que hace falta es llevarlo al extremo. Cuando entra en el dormitorio, Mauro encuentra la luz encendida y a Marisa dándole la espalda, leyendo una revista. Lleva el camisón, pero se lo ha subido hasta las caderas: es el cebo del anzuelo que va a morder su marido.

Sin embargo, antes él busca otra cosa, se tumba de costado a su lado.

—Date la vuelta.

Marisa deja caer la revista al suelo, se vuelve.

—¿Qué quieres?

—¿No lo sabes?

Ella lo mira. Con estupor, Mauro ve aparecer una sonrisa de recochineo en sus labios.

—¿Hay que excitarte un poco para ponerte en marcha? ¿Quieres que te eche una mano?

Mauro se sobresalta. Nunca la había oído hablar así. Se habrá pimplado una botella, no sabe lo que dice.

Marisa se ha inclinado sobre su sexo, lo ha atrapado entre sus labios por un momento, lo ha soltado y entonces ha levantado la cabeza con la misma sonrisa de recochineo.

—¿Sabes qué? El otro no era como tú, al otro no le hacía ninguna falta que...

¡El otro!

Mauro se levanta de la cama de un salto, hecho una furia; mascullando algo, la agarra del pelo y, de un tirón, la arroja al suelo.

Y en el suelo se queda, dolorida, incluso después de que Mauro, tras desahogarse dándole una paliza de una violencia bestial, se vaya a dormir al cuarto de invitados.

Luego se levanta, se mete en el baño, pone la cara debajo del chorro de agua fría y aguanta así un buen rato. El dolor es penetrante.

Mañana por la mañana será un monstruo espantoso, pero no llora.

Ha conseguido lo que quería.

Antes de volver a acostarse, pone el despertador a las siete y media. A esa hora, Giancarlo estará preparándose para salir.

Después de haber sido su novia durante dos años, cortó con Giancarlo Formiggi para casarse con Mauro, pero él, a pesar de todo, ha seguido queriéndola y no ha dejado de repetírselo en su inevitable llamada de todos los meses. No se ha casado porque no ha encontrado a una mujer capaz de borrar su recuerdo. Y ahora que, después de nombrarlo subjefe de policía, lo han destinado a la misma ciudad donde vive ella, las llamadas han empezado a ser semanales.

Se desvive por recuperarla, pero ella, a pesar de sentirse halagada e incluso empujada por cierta curiosidad por ver si sigue siendo el mismo Giancarlo que la hacía ver las estrellas, hasta ahora ha logrado mantenerlo en su sitio.

Anna, alentada por la llamada matutina de Marco, llega pronto al despacho y se sorprende al comprobar que su jefe se le ha adelantado. Tiene mala cara, no debe de haber dormido bien.

—No me pase llamadas, espero al *dottor* Bastianelli. —Y después, cuando este llega, insiste—: No quiero que me molesten.

En cuanto se queda a solas con él, ataca:

—¿Sabe algo de lo de Nola? Yo ayer por la noche, por desgracia, vi las noticias.

—Yo también, *dottore*. Mannucci, el responsable de seguridad de la planta, me ha informado de que la situación es crítica.

—¿En qué sentido?

—Los obreros se están planteando ocupar la fábrica.

—Me lo imaginaba. ¿Y la policía qué hace?

—*Dottore*, la policía hace lo que le digan que haga. Si le dicen que no empeore la situación, porque la política del gobierno es intentar silenciarlo todo al máximo, pues la policía se queda quietecita.

—¿Cómo es ese Mannucci?

—Un elemento excelente, se puede contar con él.

—¿En todos los sentidos?

—En todos los sentidos.

—¿Podría ponerse en contacto con él discretamente?

Bastianelli sonrío.

—*Dottore*, hoy por hoy la única forma de no correr riesgos es viéndose cara a cara en un sitio donde no se pueda estar expuesto a escuchas.

—¿Podría verse con él hoy mismo?

—Desde luego. ¿Qué le digo?

—¿Ha oído que uno de los obreros que se han encaramado a la chimenea tiene problemas cardíacos y no se ha llevado la medicación?

—Lo he oído.

—¿Ha entendido por qué no se la ha llevado?

—No, la verdad.

—Porque espera estirar la pata allí arriba, así nos echa la culpa.

—Entendido.

—Y eso me ha dado una idea. Vamos a devolver la pelota a su tejado.

—¿Cómo?

Mauro se lo dice.

En cuanto Bastianelli sale del despacho, Anna le comunica que tiene a Birolli al teléfono.

—¿Puedo ir a tu oficina?

—¡¿Cómo?! ¿Te parece un buen momento? Te he dicho y repetido que no es buena idea que aparezcas por aquí, al menos por ahora.

—Solo quería comunicarte que, ayer por la tarde, el consejo de administración aprobó todas las condiciones que habías puesto. Anoche mismo salieron seiscientas cartas de despido. Ahora se trata de...

—A ver, Birolli, ¿tú no lees los periódicos? ¿No ves la tele? ¿No sabes la que tenemos liada?

—Sí que lo sé, pero...

—Lo hablamos con calma el lunes, cuando haya vuelto de Isquia.

—Ah, sí, no me acordaba de que Ravazzi te había invitado. Dale un abrazo de mi parte a Licia.

¡Claro que le daré un abrazo, puedes estar seguro; ya verás cómo te abrazo a esa nietecita!

—*Dottore*, tiene una llamada de su secretaria —anuncia Anka asomándose por la puerta del estudio.

Beppo descuelga.

—Buenos días, Giuliana.

—Buenos días, *dottore*. ¿Quiere que pase a recogerlo?

—Hoy no voy a ir al despacho.

—¿No se encuentra bien?

—Estoy perfectamente, gracias.

¡Mejor que en estas últimas horas no ha estado nunca en la vida!

—¿Me necesita para algo más?

Anka le ha pedido la tarde libre.

—Por la mañana, no, Giuliana, pero si pudiera pasarse un momento hacia las tres...

Así podrá llevársela a la cama y hacerlo con comodidad.

—Cómo no, *dottore*.

Cuelga y acaricia levemente la primera de las cuatro hojas que tiene delante, encima de la mesa. Son las copias de dos hojas de papel pautado escritas densamente por delante y por detrás.

Tenerlas en las manos le produce un placer físico que es, con diferencia, superior al de acariciar el cuerpo de Giuliana. Ese cerdo de De Blasi quiere robarle un pastizal a su padre. Y se cree que se merece la empresa solo porque hizo esos dos másters ridículos en Yale y aparece sonriendo en la portada de *Comunicazione e Impresa*. Santo cielo, cuánta satisfacción le dan a Beppo esos papeles. Por desgracia, va a tener que separarse de ellos. Y dentro de poco. Si dejara pasar demasiado tiempo, correría el peligro de que perdieran todo valor.

Suelta un largo suspiro, descuelga el teléfono y marca un número.

—¿Sí? ¿Papá? Soy Beppo.

—Hola. Dime.

—Tengo que verte muy urgentemente para contarte una cosa.

—¿El qué?

—Ha llegado a mis manos un documento...

—¿Y para qué tenemos que vernos? Léemelo.

—Por teléfono no sería prudente, papá.

—¿Estás seguro de que no me haces perder el tiempo?

—Me lo agradecerás, papá.

—Muy bien, este viernes a las ocho de la mañana en mi casa. Y no te retrases ni un minuto.

Guido Marsili entra en el despacho de Mauro.

—Ya he enviado el correo a Licia Birolli... —Y añade—: ¿Sabes qué? Ha sucedido un milagro.

—¿Ah, sí?

—Los sindicatos se han puesto de acuerdo, van a venir a verme el viernes por la tarde. ¿Tú cuándo das la ponencia de Isquia?

—El viernes por la tarde, a las seis.

—Yo la reunión la tengo a las tres. Bueno, podemos estar en contacto por teléfono. ¿Le digo también que venga al viejo Manuelli?

—Creo que sería lo mejor, la verdad. Ah, hablando de viejos, Birolli me ha contado que ya han salido seiscientas cartas de despido.

—Bien. ¿Y nosotros cuándo intervenimos?

—¿Es que no sabes que el séptimo de caballería no aparece con el corneta a la cabeza hasta que a los blancos solo les queda una bala que disparar a los pieles rojas?

—¡Menuda ridiculez! —exclama Giancarlo, que se ha sentado al lado de la cama—. ¡No puedes hablarme con la sábana por la cara! ¡Quítatela!

—¡No quiero que me veas así!

—¡Venga, mujer!

Coge la sábana y tira de ella. Marisa le deja.

—¡Dios mío! —exclama Giancarlo atónito, poniéndose en pie de un salto.

Luego se acerca, agarra con determinación el borde de la sábana y la aparta por completo. Marisa, que había previsto esa reacción, ha vuelto a acostarse después de ducharse y de ponerse un sujetador de una talla menos y un indicio de bragas.

—¡Dios mío! —repite él al ver su cuerpo martirizado, y enseguida, decidido, duro, con una arruga surcándole la frente y los brazos cruzados, que es su postura

habitual en los interrogatorios que lleva a cabo en la jefatura, añade—: ¡Ahora mismo me lo cuentas todo!

Marisa accede y trata de incorporarse, pero no lo consigue: está realmente dolorida, el más mínimo movimiento le provoca un sufrimiento agudo. Entonces él se agacha, la levanta con delicadeza, aunque sujetándola firmemente por las axilas (sus manos son igual de fuertes que siempre y no ha acumulado ni un gramo de grasa con la edad; debe de tener todavía aquel cuerpo de estatua griega que ella deseó tanto), y le coloca las dos almohadas detrás de los hombros. Vuelve a sentarse. Marisa no hace ni siquiera ademán de taparse con la sábana: no tiene sentido mostrar pudor con Giancarlo; para él, ella es un territorio explorado hasta las regiones más recónditas. No obstante, por la intensidad con la que la mira comprende que jamás se cansaría de volver a recorrer, de un extremo a otro, ese territorio.

Antes de empezar a hablar, saborea el momento: está a punto de vengarse de Mauro, de la feroz decepción que ha supuesto para ella. Por un momento se había hecho ilusiones de que la hubiera perdonado y su gratitud se había desbordado como un vaso demasiado lleno. Sin embargo, lo único que quería el muy hipócrita era que de día, ante los demás, se mostrara como la señora de la casa, y de noche degradarla a la categoría de esclava, a simple objeto para saciar sus instintos más bajos. Bastó esa hora en el baño, cuando la forzó (porque de eso se trató, es inútil jugar con las palabras: fue una violación rabiosa), para que la verdadera naturaleza de Mauro se revelara y la gratitud emocionada de Marisa se transformara en un odio profundo. El mismo odio que siente hacia Guido. Ya le mostrará ella las oscilaciones... No, ¿cómo dijo? ¡Ah, sí: las intermitencias del corazón!

—¿Y bien? —dice Giancarlo impaciente.

Y ella, entre lágrimas, sollozos y suspiros, le cuenta que su matrimonio con Mauro no ha sido más que una larga cadena de desilusiones que, irremediamente, ha acabado por desembocar en el desamor. Es cierto, nunca ha permitido que le faltara nada, pero ¡cuántas traiciones, cuántas humillaciones, cuántos malos tragos ha tenido que soportar y sufrir en silencio! Y además, en realidad, las pocas veces que Mauro está en casa es como si no estuviera, en el sentido de que incluso en los momentos de mayor intimidad tiene la cabeza en otro lado, piensa en los negocios, en sus empresas, en las inversiones... Y así fue como ella, después de años de dorada soledad, se quedó cada vez más afligida, más hundida, y se dejó convencer, por debilidad, por cansancio, por aburrimiento o por una enajenación pasajera... Desde luego no por amor, porque el amor de verdad es algo muy distinto... (y aquí hace una hábil pausa acompañada de una mirada larga e intensa a Giancarlo); en resumen, se dejó convencer por otro hombre para dejar a su marido, en concreto por el *dottor* Guido Marsili, segundo de Mauro. Y así se escapó de casa (lo cual nunca dejará de recriminarse) sin escribir a su marido ni siquiera dos líneas a modo de explicación, y juntos se marcharon a pasar el fin de semana a la montaña, a una cabaña propiedad de

Guido. Y allí, ella, al cabo de un día, se dio cuenta del enorme error que estaba cometiendo y quiso volver a casa.

Desde entonces, ha vivido un infierno. Mauro ha pasado de la indiferencia al furor, está como enloquecido por la rabia. Ella se ha echado a sus pies reconociendo el error e implorando piedad, pero él no ha mostrado el más mínimo indicio de comprensión o de bondad, más bien al contrario: se ha dedicado a apalearla brutalmente todas las noches, disfrutando de sus llantos y de sus quejas; es un verdugo sádico, nunca saciado de venganza, e incluso la ha obligado a someterse a cosas horribles...

—Ay, Giancarlo mío...

—¿Tu marido sabe que el hombre con el que te fuiste es su subdirector? —le pregunta Giancarlo.

La ha interrumpido porque, si Marisa entra en detalles de esas cosas horribles, él no podrá aguantarse y saldrá corriendo a matar a ese cerdo de Mauro.

—No, y ni siquiera lo sospecha.

—Tienes que dejarlo —dice Giancarlo—, tienes que dejarlo ahora mismo. Pero antes me lo denuncias por malos tratos continuados.

Ella no muestra ningún signo de satisfacción, pero por dentro está exultante: ya ha logrado el primer resultado. Pasa al segundo acto.

—Hay otra cosa... —dice con un hilo de voz.

—Habla.

—El impresentable me busca.

—¿Qué impresentable? —pregunta Giancarlo, que no entiende a qué se refiere.

—Marsili. Quiere que vuelva con él. Y, como me he negado, me ha robado las joyas.

—¿Cuándo fue?

—Anoche mi marido lo invitó a cenar y aprovechó la oportunidad.

—¿Y cómo lo hizo?

—Durante la cena llamaron a Mauro por teléfono. Entonces Marsili se disculpó porque tenía que ir al servicio, pero en realidad fue a otro sitio: subió aquí, al dormitorio, cogió el joyero y volvió a bajar. Probablemente lo escondería en el vestíbulo, debajo del abrigo. Luego yo me acosté y él se quedó con Mauro. En un momento dado, con la excusa de ir a buscar el portátil al coche...

—Perdona, pero ¿tú cómo lo sabes? ¿No te habías acostado?

—Sí, pero tenía un poco de insomnio y me había asomado a la ventana. Lo vi salir con el joyero y volver con el ordenador.

—Entonces ¿te ha robado las joyas para chantajearte?

—No me cabe ninguna duda, mi cuerpo a cambio de las joyas.

Giancarlo se estremece, es un manojo de nervios, no puede quedarse quieto en la silla, se levanta, pasea por la habitación y finalmente pregunta:

—¿Estarías dispuesta a denunciarlo por robo?

—Sí —contesta ella decidida—, pero es mejor esperar uno o dos días.

—¿Y eso?

—Mauro se va de viaje y en cuanto salga por la puerta yo me marcho de esta casa para siempre. Así evitaré sus terribles reacciones. Esta vez sería capaz de matarme.

—¿Y adónde piensas ir?

—No lo sé. Con mis padres no quiero, no nos entendemos. Ya encontraré algún sitio.

Giancarlo toma una decisión súbita.

—Vete a casa de mi madre. Estará encantada de volver a verte. Vive sola, la pobre, le hará ilusión tener compañía. Además, pienso llevarte yo mismo. ¿Te parece el viernes a última hora de la mañana?

—De acuerdo.

La señora Emma, de soltera Ruvolito, viuda del señor Formiggi, vive en un pueblecito perdido de la provincia de Teramo, ideal para escapar de las pesquisas de Mauro.

Giancarlo mira el reloj.

—¿A qué hora vuelve tu marido al mediodía?

—Nunca antes de la una.

—Ve a vestirte. Mientras, yo aviso a mamá de que el viernes por la noche estamos allí.

—¿Para qué quieres que me vista?

—Te acompaño a urgencias. Quiero que todo lo que te ha hecho tu marido quede documentado.

—Pero ¿en urgencias no me harán perder demasiado tiempo?

—Ahora mismo llamo, ya verás que lo hacen todo con la máxima discreción y celeridad. Luego te traigo aquí y me firmas las dos denuncias, la de los malos tratos y la del robo de las joyas. Yo las activaré el viernes por la mañana.

—¿Me ayudas a levantarme? —¡Ah, qué sensación tan extraordinaria volver a tener a Marisa entre los brazos! ¡Ah, qué maravilla volver a sentir que los fuertes brazos de Giancarlo la rodean!—. Oye, Giancarlo, ya sé que te pido demasiado...

—¿Demasiado? Pero ¿cómo puedes decir eso?

—¿Podrías ayudarme a vestirme? No quiero que la asistenta me vea en este estado...

Y eso, para Giancarlo, es el golpe de gracia.

—¿Dónde estás?

—Depende.

—¿Cómo que depende?

—Depende de quién me lo pregunte.

—Te lo estoy preguntando yo.

—Entonces estoy en Bolonia.

—¿Y para los demás?

—En Palermo.

—¿Y qué haces ahí?

—Estoy de guardaespaldas de un joyero.

—Muy buena. ¿Sigues en contacto con ella?

—Tres veces al día, pero empiezo a estar hasta los huevos.

—Un poco más de paciencia.

—¿Hasta cuándo?

—No creo que pase del sábado. Ya te llamo yo. Y luego podrás desaparecer para siempre.

Cuando Mauro vuelve a casa son casi las dos. Se ha pasado una hora al teléfono con Pennacchi, que está preocupadísimo por cómo están yendo las cosas.

—¡Ese periodicucho izquierdoso, *Economia e Sindacato*, ha escrito que el cierre de Nola es inexplicable, que si había una planta en la que había que intervenir era en todo caso la de Gallarate; y ha tenido la desfachatez de insinuar que se ha hecho un cambio a sugerencia mía! ¡He estado a punto de denunciarlo por difamación!

—¿Crees que sería oportuno? —ha preguntado Mauro, gélido.

Pennacchi ha corregido de inmediato el tiro:

—En serio, si no lo hago es para no alimentar todo ese torrente de fango...

—¿La señora? —pregunta Mauro a Stella, la asistenta.

—Esta mañana se ha levantado, pero luego ha tenido que volver a acostarse. Se disculpa por no poder almorzar con usted.

Marisa ha vuelto hace una media hora, se ha desnudado y se ha metido en la cama. Ha instruido a Stella adecuadamente, con ayuda de dos billetes de cien euros.

Giancarlo, solícito como siempre (¡santo cielo, qué encanto!), incluso le ha comprado una pomada analgésica que ella se ha untado por todo el cuerpo imaginándose que sus manos eran las de él.

—Puede servir ahora mismo —ordena Mauro.

Al acabar de almorzar, se mete en el estudio. Es inútil volver al despacho si a las cinco tiene que ir a ver al doctor Lachiesa. Ya ha hecho imprimir la ponencia y quiere memorizarla: quedará mejor que si se limita a leerla.

A las cuatro, recibe una llamada de Bastianelli.

—Estoy cogiendo el avión de vuelta de Nápoles. ¿Lo encuentro en su despacho?

—No, no estaré.

—Solo quería decirle que ya lo he organizado todo.

—Estupendo, no me cuente más. ¿Cuándo será?

—Cuando habíamos convenido.

La visita, iniciada poco después de las cinco, concluye pasadas las siete. Después de toquetearlo durante una hora, Lachiesa ha querido saber todas las enfermedades que había padecido prácticamente desde que era un recién nacido e incluso lo que come, si fuma, si toma drogas, si bebe, si abusa del sexo y si hace deporte.

Lo ha anotado todo en el ordenador. Luego se ha encogido de hombros y se ha quedado mirando a Mauro como si pretendiera que el diagnóstico se lo dijera él.

Finalmente, el oráculo ha hablado:

—En mi opinión debería pedir visita lo antes posible con un neurólogo, el cual, estoy convencido, le pedirá una resonancia del cerebro.

Para Mauro, eso es un mazazo.

—¿Del cerebro?!

—Bueno, sí; aunque no soy especialista en la materia, téngalo en consideración.

—Pero ¿de qué cree que puede tratarse?

—A ver, los episodios que me ha contado podrían estar producidos por pequeñas isquemias, pero sería algo raro, teniendo en cuenta su edad. Esos fenómenos son bastante habituales en las personas mayores. En fin, permíteme si insisto, pero hay cierta urgencia.

—¿Es grave?

—Digamos que esos episodios pueden empezar a producirse con mayor frecuencia si no...

—Entendido. Lo que pasa es que mañana por la mañana tengo que irme de viaje...

—¿Y cuándo regresa?

—Dentro de tres días.

El médico tuerce el gesto.

—¿Podría retrasarlo un día?

Podría: su ponencia en Isquia está prevista para el viernes por la tarde.

—A lo mejor, pero ¿usted cree que en un día podrán...?

—Deje que telefonee al doctor Rotondi, que aparte de ser una eminencia es un gran amigo mío.

La conclusión de la llamada es que Rotondi lo espera al día siguiente a las siete de la mañana en su clínica. Será el primer paciente.

¿A que consigue resolverlo todo por la mañana y marcharse a Isquia por la tarde?

Cuando llega a casa, ya son casi las ocho.

—¿La señora?

—Se ha levantado hacia las siete, se ha tomado un caldo y ha vuelto a acostarse. Todavía no se encuentra bien.

—Mire, Stella, no quiero molestar a mi mujer. Mañana tengo que madrugar. Prepáreme el cuarto de invitados y sírname la cena después de las noticias.

Esos gilipollas siguen tomando el fresco en lo alto de la chimenea. El que sufre del corazón ya tiene sus pastillas. El enviado especial ha apreciado mucho el gesto del director de la planta, que ha subido hasta allí arriba para entregárselas en persona. Guido Marsili le había ordenado que hiciera precisamente eso en el transcurso de una perentoria llamada telefónica.

—¡Es que tengo vértigo! —había replicado el director.

—Su vértigo me trae sin cuidado. Si no lo hace, ya puede ir dimitiendo.

De todos modos, el bello gesto no ha logrado neutralizar las tensiones existentes en Nola.

Eso queda más que claro con las declaraciones en absoluto conciliadoras de los obreros:

«Si no tenemos respuestas de la dirección o del gobierno en cuestión de pocas horas, procederemos a la ocupación de todas las plantas».

¿Qué apostamos a que no vais a conseguir ocupar una puta mierda?

Apaga el televisor, se va al estudio, llama a Anna a su casa.

—Por un imprevisto, me resulta imposible salir para Isquia por la mañana. Puede que consiga irme después de comer. En fin, encárguese de que pueda volar a Nápoles en cualquier momento entre mañana por la tarde y el viernes a primerísima hora de la mañana.

Hace otra llamada, esta vez a Guido.

—¿Cómo ha ido esta tarde?

—Bah, nada del otro jueves, aunque me gustaría contarte un par de detalles en persona. Si te parece, me paso luego.

—¿Por qué no vienes a cenar?

—No querría molestar.

—No molestas a nadie. Marisa está en cama porque no se encuentra bien, estaremos tú y yo solos. Te espero.

Indica a Stella que ponga otro cubierto en la mesa.

Después de cenar se quedan hablando un buen rato, sobre todo de la estrategia que conviene adoptar en la reunión plenaria del viernes por la tarde. Llegan a la conclusión de que Guido, hacia el final de la negociación, tendrá que mostrar cierta voluntad de atender las peticiones de los sindicatos, aunque sin renunciar a la decisión de cerrar la planta de Nola.

No cabe duda de que Guido está cansado. Mira la hora: son poco más de las doce.

—Vamos a ver la última edición de las noticias y luego me voy a casa.

El primer reportaje aborda la reforma de la sanidad que persigue Obama en Estados Unidos. El segundo, el problema de la justicia y la reforma penal; por lo visto, la mayoría parlamentaria y la oposición tienen posturas completamente enfrentadas sobre la reducción de los plazos de prescripción de los delitos.

A continuación, reaparece el presentador con un papel en la mano.

«Según una noticia llegada en este mismo instante a nuestra redacción, se ha producido una fuerte explosión en la planta de Manuelli en Nola. Les daremos más detalles en el transcurso de este informativo».

—¡Coño! —exclama Marsili pálido.

—¡Llámalos! —le ordena Mauro—. Entérate de todo lo que puedas.

Mientras Guido, consternado, se levanta con el móvil en la oreja, Mauro felicita mentalmente a Bastianelli y Mannucci, que han hecho un buen trabajo a toda prisa.

Guido cuelga enseguida.

—Ha sido una bomba. La han puesto delante de una de las entradas posteriores. Hay un herido. Leve, por suerte.

¡Menudo peligro! Y mira que había avisado a Bastianelli de que fueran con cuidado para que no se les colara un muerto... En todo caso, un herido leve da mucho juego...

—¿Se sabe quién es?

—Uno de los vigilantes nocturnos.

Mauro toma una decisión rápida: hay que aprovechar la oportunidad.

—Mira, mañana por la mañana convoca una rueda de prensa en la sede. Pongamos a las doce. Me parece lo más oportuno.

—Estoy absolutamente de acuerdo —dice Guido, y añade—: Pero ¿qué coño tiene en la cabeza esa gente? ¡Si empiezan así, vamos hacia la confrontación social!

—Eso es precisamente lo que pretendo decir en la rueda de prensa, así el gobierno se dará cuenta de la situación. En algunas empresas, los trabajadores han secuestrado a los directivos, ahora han pasado a las bombas. Los miembros del gobierno tienen que plantearse. Si ahora dejan que los obreros ocupen una planta, los industriales no tenemos más remedio que sacar conclusiones: nuestro gobierno no está en absoluto capacitado para hacer frente a este vuelco dramático de la crisis.

—Me parece un poco fuerte —apunta Guido.

—Tú hazme caso: a esa gente hay que tratarla así, con mano dura.

Guido acaba de despedirse cuando suena el teléfono del estudio. Mauro va a contestar, muy pocas personas conocen ese número.

Es el viejo Manuelli.

—Beppo me ha despertado para decirme que han puesto una bomba en Nola. Lo ha visto por la tele. ¿Tú qué noticias tienes?

Mauro le cuenta lo que ha descubierto.

—¿Tienes el teléfono de ese vigilante herido?

—No, ¿para qué lo quieres?

—Para llamarlo, eso siempre impresiona. Ya se lo pido a Marsili.

Mauro lo informa de que ha convocado una rueda de prensa.

—¡Que no se te pase por la cabeza anunciar que suspendes la reunión del viernes!
—le advierte Manuelli.

—Ni por asomo.

—He decidido ir. Qué pena que no puedas estar. Diré que nuestra consigna es la razón contra la violencia. Diré que Manuelli nunca se ha doblegado, ni siquiera cuando...

Sigue un cuarto de hora de alabanzas a sí mismo.

Antes de irse al cuarto de invitados, a Mauro se le ocurre que solazarse un poco con Marisa no sería mala idea, le aliviaría la tensión y dormiría mejor. El dormitorio está a oscuras, el calor es infernal. Enciende la luz de su mesita de noche, tose a posta para hacer ruido; quiere que ella se ponga a temblar con solo saber que está en el cuarto. Sin embargo, Marisa sigue durmiendo a pierna suelta envuelta en la sábana como una momia.

Entonces, como preámbulo, apoya una rodilla en la cama y se dispone a agarrar la sábana y a desenrollarla con todas sus fuerzas para así arrojar a su mujer al suelo

violentamente.

Sin embargo, justo en ese momento su vista se posa en el despertador: es más de la una, y a las siete tiene que estar en la consulta de Rotondi, el neurólogo.

Renuncia a su propósito muy a su pesar. Apaga la luz y se marcha.

Marisa deja escapar un suspiro de alivio. Está convencida de que Mauro sería capaz de divertirse torturándola otra vez. Tan convencida que ya se lo había comentado a Giancarlo de camino a urgencias.

—Si pasara eso, me tiraría por la ventana —ha afirmado tajante.

Él, apesadumbrado, ha hecho una llamada para pedir que le llevaran de la jefatura algo que ella no ha entendido. Y después, al acompañarla a casa, ha sacado del bolsillo un spray como los de desodorante y se lo ha entregado.

—Cuidado, que es terriblemente urticante. Si te levanta la mano, échase a la cara.

Qué suerte ha tenido Mauro de haber cambiado de idea.

Cuando se levanta de la cama, advierte de inmediato el nerviosismo que lo domina. Esa inquietud tiene un origen preciso: la visita médica que lo espera dentro de poco. No obstante, en cuanto sube al coche y arranca se encuentra mejor porque es como si esta mañana el tiempo y el espacio se hubieran puesto de acuerdo para concederle con benevolencia una vía preferencial: no sufre ningún atasco, ninguna larga espera en un semáforo, encuentra plaza de aparcamiento enseguida y el doctor Rotondi lo hace pasar a su despacho sin someterlo al trámite de la salita de espera.

Por descontado, antes de empezar a examinarlo el doctor le hace contar las mismas cosas que quiso oír Lachiesa, si bien Rotondi insiste mucho más en los tres «apagones». Así los llama. Quiere saber cuánto tiempo pasó entre uno y otro, en qué momento se produjeron, a qué hora, como se encontraba justo antes y justo después de cada uno.

—¿Sufre migrañas?

—Muy de vez en cuando.

—¿Tiene mareos? ¿Vértigo?

—Jamás.

A continuación, le ordena hacer toda una serie de ejercicios que le parecen bobadas, como cerrar los ojos, extender los brazos delante del cuerpo y hacerlos converger hasta que coincidan las puntas de los dos índices o andar hacia la pared con los brazos abiertos siguiendo una línea blanca trazada en el suelo, aunque sin abrir los ojos en ningún momento. A las nueve, pide a una enfermera que lo acompañe a la planta baja para la resonancia cerebral. Le hacen dos pruebas, la segunda después de inyectarle un líquido en el brazo.

Al cabo de una hora, vuelve al despacho del neurólogo. La misma enfermera que lo acompaña deja dos láminas encima de la mesa.

Después de estudiarlas detalladamente, el médico le dice:

—Si no recuerdo mal, Lachiesa me comentó que tenía que irse de viaje.

—Sí, salgo después de comer.

Ahora ya está seguro de que llegará a tiempo.

—¿Y cuándo piensa volver?

—Como máximo, el domingo por la noche.

—¿Podría volver a verme el lunes por la tarde, a las cinco? Para entonces ya habré tenido tiempo de estudiar los resultados de la resonancia.

—Sí, claro.

El neurólogo toma nota de la visita. Mauro se decide a plantearle la pregunta que más lo angustia.

—¿Cree que esos apagones se repetirán?

—Yo diría que sí, en efecto.

—¿Y no hay nada que pueda...? Verá, es que mañana por la tarde tengo que hablar en público y no me gustaría que...

El médico se encoge de hombros.

—No estamos hablando de un dolor de cabeza que pueda mitigarse con un analgésico... Además, el tratamiento que le recetaré el lunes no tendrá un efecto inmediato, entiéndame...

Una idea terrible cruza la mente de Mauro.

—¿Tengo un tumor?

—¡No, hombre!

—¿Y entonces qué? El doctor Lachiesa mencionó la posibilidad de que fueran pequeñas isquemias...

—Y en esencia no se equivocaba. Hablando en plata, usted tiene cuarenta años, pero su cerebro está gastado como si tuviera ochenta. Hay que detener de alguna forma ese envejecimiento acelerado. Mire, a partir de hoy empiece a tomar Cardioaspirina, le extiendo una receta. Al fluidificar la sangre podría, y vea que digo «podría», retrasar la repetición de esos episodios. Y mañana, dos horas antes de dar la conferencia, tome diez gotas del tranquilizante que le receto. No le provocará somnolencia. Ah, y una última recomendación: en la medida de lo posible, evite conducir.

—¿Por qué?

—Como usted comprenderá, si uno de esos episodios se produce mientras va por una autopista a toda velocidad...

—Perdone, doctor, pero ¿por qué la primera vez se me apareció esa frase sobre la proximidad de la muerte?

El médico sonríe.

—No se le apareció ninguna frase. Puede que se tratara de la proyección de algo inconsciente. Fue usted quien tuvo esa idea al sentir que desfallecía y creyó verla

escrita. Así, en la segunda ocasión las palabras no llegaron a formarse porque, en su inconsciente, usted sabía que no estaba a punto de morir.

Llega al despacho tres cuartos de hora antes de la rueda de prensa.

Anna lo informa de que han llegado telegramas, correos, mensajes de solidaridad de instituciones, fuerzas políticas, colegas... De los mismísimos sindicatos. Ha preparado un dossier de prensa. No son muchos los periódicos que han alcanzado a incluir la noticia de la bomba en sus ediciones impresas, pero la indignación es unánime.

—¿A qué hora tengo el vuelo a Nápoles?

—A las seis.

—No me va bien, tengo que irme hacia las cuatro. Una vez allí, que me espere un coche nuestro en el aeropuerto, quiero ir a ver al vigilante herido. Entérese del hospital en el que lo han ingresado y llame para avisar de mi visita, que no armen mucho lío. Luego el mismo coche me llevará al helicóptero. Envíe a alguien a mi casa a buscar la maleta, que ya está preparada.

Entra Guido.

—La sala de reuniones está llena de periodistas, hay muchas cadenas de televisión.

—Vamos a organizarnos así —dice Mauro—: yo leo un breve comunicado, pero no me dedicaré a contestar a las preguntas de los periodistas, que sobre todo querrán saber cómo van las cosas. Tú sabes más del asunto que yo.

—Muy bien, contesto yo. ¿Y tú qué haces? ¿Te quedas?

—No, me voy a comer algo y luego cojo el avión para Nápoles.

—Que vaya bien lo de Isquia.

—Gracias.

Todas las empresas de nuestro sector, grandes y pequeñas, han sufrido seriamente la crisis mundial. A diferencia de otros, el grupo Manuelli ha tratado de limitar los daños de todas las formas posibles, pero por desgracia ha topado con dos dificultades insuperables: la lentitud de la intervención gubernamental, por un lado, y las restricciones crediticias, que esperamos que sean transitorias, por el otro. En esas condiciones, Manuelli ha tomado las medidas necesarias e indispensables para su supervivencia. No podríamos haber actuado de otro modo. En cualquier caso, hemos asumido la responsabilidad de invitar a todos los sindicatos a una mesa de negociación para examinar con detalle qué modificaciones pueden aplicarse para mejorar las medidas adoptadas. Las reuniones empezarán mañana viernes a primera hora de la tarde.

Por otro lado, Manuelli está contribuyendo activamente al rescate de Artenia y de sus trabajadores. Desgraciadamente, no podemos dejar de destacar y subrayar que a las muestras de responsabilidad por nuestra parte se contestó ayer por la noche con una acción que no puede calificarse más que como terrorista, lo cual nos preocupa muchísimo. Ya se han producido en distintas fábricas hechos intimidatorios, como el secuestro de algunos directivos, pero anoche se pasó a acciones más violentas y sanguinarias.

Es una escalada que hay que cortar de raíz. Si mañana las fábricas, las plantas, fueran ocupadas con violencia, ¿que haría el gobierno? ¿Se dedicaría a contemplar la situación, como ha hecho hasta ahora ante lo que a todos los efectos son secuestros, delitos tipificados en el código penal? Es esa permisividad, esa dejación, lo que, repetimos, nos preocupa especialmente.

Ha leído el comunicado con voz segura. En cuanto termina, se levantan una decena de manos entre los periodistas.

—Nuestro subdirector general, el *dottor* Guido Marsili, contestará a todas sus preguntas, él es quien está siguiendo de primera mano la evolución de la situación y mañana, en mi ausencia, representará a la empresa en la mesa de negociación.

Se despide con un gesto de cabeza y abandona la sala de reuniones.

Anna le dice que se las ha visto y deseado, pero al final ha encontrado un asiento en el vuelo de las cuatro y cuarto. Al llegar a Nápoles lo estará esperando el coche para ir al hospital. También ha enviado a alguien a buscar la maleta.

Telefonea a Licia.

—¿Dónde estás? —le pregunta ella de inmediato.

—Todavía no he salido, he tenido que montar una rueda de prensa. ¿Te has enterado de lo de la bomba?

—Sí. Entonces ¿cuándo vienes?

Qué impaciente es la muchacha.

—¿Te preocupa que no llegue a tiempo para la ponencia?

—No solo eso —contesta ella maliciosa.

—¿Estamos en el mismo hotel?

—Sí, lo he conseguido.

—Creo que podré llegar esta noche, hacia la hora de cenar.

—¿Vienes con el helicóptero?

—Sí.

—Avísame con tiempo, enviaré un coche a recogerte.

Marisa se levanta tarde, cuando hace poco que han dado las doce. Nota el cuerpo menos dolorido, ya sea por el efecto de la pomada que le dio Giancarlo o porque la

mera idea de que la venganza esté cerca la absorbe hasta el punto de amortiguar el dolor. Le ha entrado incluso un poco de apetito.

Cuando está acabando de comer, Stella la informa de que ha llegado el chófer para recoger la maleta del *dottore*.

Luego se levanta y va a llamar a Anna.

—El *dottore* no está en su despacho. Ha ido a almorzar y luego se va a Nápoles, a las cuatro y cuarto. ¿Quiere que le dé algún recado?

—No, gracias, lo llamo al móvil.

No piensa hacerlo, lo ha dicho solo para despistar a la secretaria. Al que llama de inmediato es a Giancarlo.

—Me he enterado de que se va a Isquia dentro de dos horas.

—Muy bien. Ah, oye, se me ha ocurrido una cosa. Creo que sería muy útil que esta tarde, a la hora que te vaya bien, nos viéramos para concretar los detalles...

No hay ningún detalle que concretar, queda claro que, sencillamente, Giancarlo tiene muchísimas ganas de estar con ella.

—Muy bien. Puedes venir a casa a partir de las cinco.

Nada más aterrizar, Mauro llama a Guido, que lo informa de que la rueda de prensa ha ido muy bien y de que su duro comunicado ha tenido efectos inmediatos.

—¿Cuáles?

—La policía mantiene apartados a los empleados de la planta de Nola y ha obligado a bajar a los tres de la chimenea. Además, todas nuestras plantas están vigiladas por las fuerzas del orden. Si pretenden ocupar alguna, que se preparen.

El departamento de relaciones públicas de Manuelli debe de haber avisado discretamente a la prensa napolitana y a la televisión regional, porque delante del centro hospitalario lo están esperando tres periodistas acompañados de un cámara.

Mauro contesta a todas las preguntas. Afirma que la visita que está a punto de hacer le parece un deber, que aprueba la reacción del gobierno a sus palabras, que espera mucho de la mesa de negociación que empezará sus sesiones mañana, que Manuelli nunca se ha planteado trasladarse a China, que puede afirmar una y otra vez que no va a haber más despidos ni bajas incentivadas de ningún tipo. Finalmente, lo dejan entrar.

¡Santo cielo, qué ternura la de Giancarlo!

Marisa lo ha recibido en la cama, peinada y maquillada. Ya tiene la cara bastante presentable, aunque conserva señales muy feas por todo el cuerpo.

—¿Has vuelto a ponerte la crema?

—No.

—¿Por qué?

—Creía que bastaba con una vez.

—¡Qué va! ¡Póntela!

—Me da pereza levantarme...

—Pues póntela sin levantarte, yo te ayudo.

Se muere de ganas de jugar a médicos y enfermeras con él. Cuando sus manos ya llevan un rato recorriendo su cuerpo, Marisa deja escapar un ligero gemido de placer. Él se queda paralizado.

—¿Te hago daño?

—Un poquito.

—¿Quieres que lo deje?

—No, continúa.

—Quiero enseñarte algo —dice más tarde Giancarlo. Se levanta, coge el maletín que ha llevado consigo, saca un gran álbum, se sienta en la cama y lo abre—. Mira.

Marisa se incorpora y se apoya en un codo. ¡Son las fotos de cuando salían juntos! Están colocadas cuidadosamente y tienen el lugar y la fecha escritos debajo. Un relicario. Tardan casi una hora en verlas y comentarlas. Luego él se levanta, vuelve a meter el álbum en el maletín y, cuando está a punto de volver a ocupar la silla, ella le hace un gesto para que se siente como antes, en el borde de la cama. Se han quedado en silencio. Entonces Marisa le coge una mano.

—¿Lo has pasado muy mal?

—Como un perro.

—¡Pobrecito mío!

Se lleva la mano de Giancarlo a la altura de la cara y la roza con los labios. Él, turbado, la retira y se levanta de sopetón.

—Me voy.

—¿Tienes cosas que hacer?

—No. Si no ha sonado el móvil es que las cosas están tranquilas, pero es mejor que me...

—¿Por qué no te quedas a cenar?

Giancarlo vacila antes de responder.

—Me quedaría encantado, pero la asistenta...

—Me trae sin cuidado lo que pueda pensar o decir —replica Marisa con decisión—. Además, cuando Mauro vuelva de su viaje no me encontrará aquí: me habré marchado para siempre.

Ravazzi está en el vestíbulo del hotel esperando su llegada. Ha decidido tratarlo como a un invitado de honor.

—¡Bienvenido!

—Gracias por invitarme.

—Los demás ya están cenando. Yo te esperaba. Si quieres pasar por la habitación, luego te reúnes conmigo en el comedor.

—Muy bien.

Sube. Le han asignado una habitación de matrimonio con una terracita desde la que se disfruta de una vista magnífica.

Se refresca un poco, se cambia, baja, va al restaurante. Nada más entrar, ve a Licia, que está sentada a la misma mesa que Ravazzi con un señor al que Mauro no conoce, y se levanta para ir a su encuentro.

Sonriente, le tiende la mano. Su conducta es claramente oficial, cortés pero distante.

—¿Todo bien? ¿Ha tenido buen viaje?

Mauro se queda aturdido un instante, luego lo entiende: en presencia de los demás, tendrán que hablarse de usted.

—Todo bien.

Y lo acompaña a la mesa de Ravazzi, quien le presenta a su acompañante.

—El *dottor* Herbert Müller.

Lo conoce de nombre, es el vicepresidente del equivalente alemán de Confindustria.

Después de cenar, Marisa invita a Giancarlo a sentarse en el sofá de la sala de estar.

—¿Quieres beber algo? Debo de tener una botella de ese amaro que te gustaba tanto.

Se ha acordado de la historia del amaro después de ver la devoción de Giancarlo por el relicario fotográfico.

—Si bebes tú también...

—Claro.

Cuando eran novios y salían a cenar a un restaurante, Giancarlo siempre pedía aquel amaro al final.

Y luego, cuando ella se dejó convencer para ir a su casa e hicieron el amor por primera vez, también se bebieron un vasito. A partir de entonces se convirtió en una costumbre.

Marisa se sienta a su lado y lo paladean con largas pausas, mirándose a los ojos. Celebran el rito del reencuentro.

Una vez terminado, Giancarlo se levanta. No cabe duda de que se ha conmovido.

—Ahora sí tengo que irme. Mañana por la mañana, a las seis, enviaré una patrulla a registrar el piso de Marsili, ya tengo la orden firmada. Cuando encuentren las joyas, lo detendrán. Mientras tanto, yo tramitaré la denuncia por malos tratos contra tu marido. A última hora de la mañana pasaré a buscarte con el coche y nos iremos a casa de mi madre.

—Tendré muchas maletas.

—No te preocupes.

No obstante, Marisa tiene un serio motivo de preocupación: teme que los posibles obstáculos burocráticos le impidan recuperar las joyas. ¡Menuda faena sería! Pero ¿cómo preguntárselo a Giancarlo sin parecer codiciosa o demasiado interesada? A pesar de todo, lo intenta:

—Oye... Las joyas..., cuando las recuperéis..., ¿quién se las quedará?

—Te las devolverán después del juicio.

—No me gustaría que acabaran en manos de Mauro.

—¡No, mujer! ¡Te las han robado a ti!

Menos mal, se ha quitado un desvelo de encima.

Al término de la cena, trasladan en autocar a todos los asistentes a la recepción preparada por el alcalde.

En cuestión de minutos, se forman diversos grupos. Licia va de uno a otro.

Mauro se ha compinchado con Sartori y Battirame, dos colegas a los que conoce desde hace tiempo. Al primero se le da estupendamente contar chascarrillos.

Poco después de las doce de la noche están todos de nuevo en el hotel. El simposio se reanuda a las nueve de la mañana, no se puede llegar tarde.

En el vestíbulo, Mauro consigue establecer contacto visual con Licia. Le plantea una pregunta muda.

Ella le deja claro que aún no está en disposición de darle una respuesta.

Probablemente tiene que encontrar la forma adecuada de dejar a Ravazzi con las ganas.

Mauro sube a su habitación, se desnuda, se ducha, se echa delante del televisor vestido solo con un albornoz.

En las noticias de la noche aparece la policía vigilando las plantas. Mantienen a los obreros a mucha distancia, convertidos en sombras sin voz porque de repente no hay entrevistas. Las protestas de los días anteriores han desaparecido.

A los periodistas deben de haberles dado órdenes precisas de que muestren la contundencia del gobierno. Está claro que el comunicado que ha leído en la rueda de prensa ha surtido efecto.

No ha cerrado la puerta de la habitación con llave, así Licia solo tendrá que abrir y entrar, si consigue escaparse.

Se mete en la cama, se pone a repasar la ponencia del día siguiente.

Al cabo de un rato, oye que la puerta se abre y se cierra.

Licia aparece delante de él un poco jadeante.

—Tengo muy pocos minutos. He venido solo a darte un beso de buenas noches. —Se acerca, se inclina y lo besa prolongadamente en la boca. Mauro la coge por los hombros, quiere forzarla a tumbarse en la cama, pero ella se resiste—. ¡Te he dicho que no puedo! ¡No seas tonto! —La suelta, decepcionado y molesto. Ella le sonrío—. Ten paciencia hasta mañana. Buenas noches.

Y se marcha. ¡Y una mierda buenas noches!

Habría preferido que no se hubiera presentado ya que ahora, hasta que se le pase la excitación, a saber cuánto rato tendrá que quedarse con los ojos como platos.

A las seis de la mañana, el timbre de la puerta despierta a Guido, que abre los ojos profundamente irritado porque quien está apretando el timbre es sin duda un maleducado y un inoportuno que se ha quedado con el dedo pegado al botón y está haciendo un ruido continuo e insoportable.

Tira la sábana a un lado, salta con furia de la cama y, antes de abrir, pregunta a gritos y de mala manera:

—¡¿Quién es?!

—¡La policía!

¡¿La policía?! ¿Y qué querrán de él? Y al instante se contesta a sí mismo: esos delincuentes de los obreros habrán montado algún lío. Abre, más intrigado que preocupado, y se encuentra a tres hombres de uniforme. El que tiene más cerca es un individuo de unos cincuenta años, gordo, que agita una especie de carnet y repite:

—¡Policía!

—Ya lo he entendido —dice Guido exasperado—, ¿qué quieren?

—¿Es usted Guido Marsili, hijo del difunto Giovanni Marsili?

—Sí, pero ¿qué...?

—Tenemos una orden de registro.

Se queda boquiabierto. Petrificado. El estupor le impide hablar.

¡¿Un registro?!

No tiene nada en casa que pueda justificarlo, debe de tratarse de un equívoco.

Mientras, el gordo lo aparta y entra seguido de los otros dos hombres. Guido, mecánicamente, cierra la puerta tras él.

El viejo Manuelli ha terminado de leer las hojas de papel pautado que le ha entregado Beppo y no ha hecho ningún comentario.

Sin embargo, se ha puesto tan colorado y le cuesta tanto respirar que a su hijo le da miedo que pueda sufrir una apoplejía.

—¿Quieres un poco de agua, papá?

No hay respuesta, pero aun así Beppo sale a la carrera de la habitación y vuelve poco después con un vaso en la mano.

—Bebe.

—¿Eh? —dice Manuelli volviendo ya a la realidad. Y después de beber un largo trago de agua pregunta—: ¿De dónde lo has sacado?

—Es una larga historia, papá.

—Tengo tiempo.

—Un día, después de que Mauro y tú empezaraís las negociaciones con los de Artenia, fui a ver a un amigo a Brianza y por casualidad me crucé con tu director general. Salía de un chalet al volante de su coche. No me vio. Como no llevaba un coche de la empresa, sospeché que había ido a verse con una mujer y me picó la curiosidad. Volví con Giuliana y me bastaron un par de preguntas para enterarme de que el chalet pertenecía a Birolli. ¿Mauro te ha contado alguna vez que había mantenido reuniones privadas con Birolli?

—No... pero, aunque me hubiera enterado por un tercero, no lo habría visto mal. Hasta hace poco, las negociaciones de lo de Artenia tenían que permanecer en secreto, de modo que...

—Sea como sea, ¿Mauro te tenía al corriente de esas misteriosas visitas a Brianza?

—No.

—¿Lo ves? El hecho de que hubiera ido allí él solo me hizo sospechar. Me pregunté por qué no se habría llevado a Marsili. Y la respuesta fue que quizá ni siquiera quería que Marsili se enterase de lo que estaban tramando Birolli y él. Entonces hice que una persona de confianza lo siguiera. Una noche, hace poco, me informó de que había visto por una ventana, ayudándose de un teleobjetivo, que Mauro y Birolli firmaban unos papeles. Me imaginé que habían cerrado un trato por su cuenta, así que le pedí a esa persona que fotografiara el documento.

—¿Y cómo lo consiguió?

—Bueno, entretanto ese hombre se había hecho amante de Anna, la secretaria de Mauro. Fue fácil.

De repente, el viejo Manuelli mira a su hijo Beppo con otros ojos. ¿No será que se ha equivocado al menospreciarlo?

—¿Qué piensas hacer, papá?

El viejo no le contesta. Se le mueven las mandíbulas sin parar, como si masticara. Parece un rumiante.

—¿Es simplemente demencial! —dice Guido al abogado Tumminelli, que ha llegado a toda prisa a la jefatura de policía—. ¡Me acusan de robar unas joyas!

—Cuénteme lo que ha pasado.

Guido ha tenido tiempo de recuperarse de la sorpresa y de preparar una versión falseada de los hechos que le permita salir del entuerto y, al mismo tiempo, no despierte las sospechas de Mauro. Si llegara a saber lo que ha pasado en realidad, lo echaría de la empresa sin contemplaciones.

—Un día se presentó en mi casa Marisa de Blasi, la mujer de mi director general, y me pidió que le guardara un joyero.

—¿Por que quería que lo guardara usted?

—Porque me dijo que había decidido dejar a su marido e irse a vivir sola a una pensión, de modo que no le parecía prudente llevarse las joyas, que tenían mucho valor.

—Podría haberlas depositado en el banco.

—Fue lo que le dije yo. Me contestó que los trámites para conseguir una caja de seguridad le habrían llevado mucho tiempo.

—¿Y por qué se dirigió a usted en concreto?

—Porque he llegado a ser una especie de amigo de la familia, dado mi contacto diario con su marido.

—A ver, *dottore*, entonces ¿cómo me explica que sea precisamente la señora la que lo denuncia?

Guido se encoge de hombros.

—Pues esa es la cuestión. Y la verdad es que no sé qué decirle. Pero ¿qué motivo iba a tener yo para robar las joyas? Cobro un buen sueldo, no me hace falta dinero

porque no tengo vicios...

—La verdad es que la señora aduce un motivo.

—¿Ah, sí? ¿Cuál?

—El chantaje: afirma que le ha robado las joyas para obligarla a mantener relaciones sexuales con ella.

¡La muy zorra pretende joderlo bien jodido! No tiene más remedio que darle la vuelta a la situación.

—¡Ahora lo entiendo todo! —exclama dándose un manotazo en la frente.

—Ayúdeme a entenderlo a mí también.

—Mire, abogado, es algo muy delicado... La señora se ha, cómo le diría... encaprichado conmigo... De hecho, ha sido excesivamente explícita... Ha conseguido abochornarme en más de una ocasión... pero yo nunca he querido... Entiéndame, mi trato con su marido... que, además, es mi director general... En resumen, creo que ella pretende vengarse.

—Entonces ¿usted sería una versión moderna del casto José?

Guido se queda atónito.

—¿Y quién es ese casto José?

—¿Sigues en Palermo?

—Sí, y estoy hasta las pelotas de las tres llamaditas amorosas al día.

—¿La de esta mañana ya la has hecho?

—Sí.

—Pues entonces puedes ahorrarte las demás.

—¡Por fin! ¿Cuándo puedo pasar para que me liquides lo que me debes?

—Pongamos el martes que viene.

Mauro, sentado en segunda fila en una butaca de pasillo, está escuchando la presentación del vicepresidente de Confindustria cuando nota un leve toque en el hombro. Levanta los ojos.

Es Licia, que, inclinándose hacia él, le susurra:

—Tienes una llamada de tu secretaria. Cabina 2. Parece que es sumamente urgente.

Mauro se sorprende, pero luego recuerda que lo han llamado varias veces al móvil. Se levanta, sale al vestíbulo y se encierra en la cabina.

—Dígame, Anna.

—*Dottore*... ha sucedido una cosa terrible...

Solloza, casi no consigue hablar. Mauro supone de inmediato que ha pasado algo grave entre los obreros y la policía.

—Cálmese y dígame qué pasa.

—¡Han detenido al *dottor* Marsili!

Ha oído la noticia, pero su cerebro se ha negado por el momento a registrarla.

—¿Qué ha dicho?

—¡Que han detenido al *dottor* Marsili!

—¡¿Es una broma?!

A modo de respuesta, los sollozos de Anna se intensifican.

Mauro respira hondo para recuperarse de la estupefacción.

Llega enseguida a la conclusión de que, si lo han detenido, desde luego el motivo no tendrá ninguna relación con la empresa. Sea como sea, se trata de un problema mayúsculo que llega en mal momento.

—¿De qué lo acusan?

—Del robo de unas joyas.

Lo cierto es que no se imagina a Guido en la piel de un ladrón de guante blanco.

—¿Y a quién dicen que se las ha robado?

—No lo sé.

Mauro empieza a respirar aliviado. ¡Venga ya, menuda estupidez! Lo soltarán dentro de nada.

Pero ¿le dará tiempo a presidir la mesa de negociación?

—¿Y usted cómo lo ha sabido?

—Me ha llamado el abogado del *dottor* Marsili. También me ha dejado claro que no cree que pueda conseguir la libertad condicional antes de mañana.

En consecuencia, es imposible que a las tres pueda estar en el despacho.

—Gracias, Anna. Informe a Manuelli, pero intente que no se filtre la noticia. La llamo dentro de cinco minutos.

Sale y se topa con Licia.

—Estás pálido, ¿qué ha pasado?

—Han detenido a Marsili, lo acusan de robar unas joyas.

Licia se queda atónita, con la boca abierta.

—¡Es una locura!

—Estoy de acuerdo pero, como puedes comprender, eso me obliga a irme de inmediato. Voy a disculparme con Ravazzi y...

—Espera —pide ella—, vamos a beber algo y lo hablamos un momento.

Se van al bar, Mauro pide un coñac para reponerse.

—¿Tan importante es tu presencia? —dice Licia.

—¡Vaya pregunta! Si no estoy yo en esa mesa de negociación en nombre de la...

Se detiene. Lo cierto es que estará el viejo Manuelli... Además, esa primera reunión va a ser solo una toma de contacto.

—¿Y bien? —insiste ella.

—Manuelli dijo que quería estar presente.

—Pues entonces... ¿Mejor que el presidente quién va a haber? Venga, quédate. Da tu ponencia. El ministro ha prometido llegar a tiempo para oírte y, si quieres,

puedes marcharte por la noche, después de haber hablado. O si no...

—¿Si no qué?

—Quédate también por la noche y ya te irás mañana por la mañana.

—¿Tú qué me aconsejas?

—A mí me apetecería que te fueras mañana —dice Licia.

Más explícita no puede ser.

—De acuerdo. Llamo a mi secretaria.

Acaba de sentarse a comer con Ravazzi, Licia y el alemán cuando el móvil se pone a vibrar. Lo mira discretamente para saber quién llama. Es Anna. No es muy educado contestar, pero la situación es delicada.

—*Dottore*, tengo que avisarlo de que el abogado del *dottor* Marsili va a llamarlo dentro de nada.

—¿Qué quiere?

—No lo sé, *dottore*.

Cuelga y, al cabo de un minuto, el móvil empieza a vibrar de nuevo.

Debe de ser el abogado.

—¿Diga?

—Soy Tumminelli, el abogado de...

—Perdone un momento. —Se levanta y dirige una sonrisa a Ravazzi, Licia y el alemán—. Les ruego me disculpen. —Sale al vestíbulo semidesierto. Todo el mundo está almorzando—. Dígame, abogado.

—No sé si ya se ha enterado de que...

—¿De que han detenido a Guido? Sí, me lo han...

—No, no me refería a eso... A ver, me resulta muy violento... No sé por dónde empezar...

Pero ¿a qué demente ha elegido ese Marsili como abogado?

—Mire, estoy muy ocupado y...

—Habría que convencer a la señora de que retirara la denuncia.

—¿A qué señora?

—A la suya. A su mujer.

—¿A Marisa?!

—Eso mismo.

—A ver si lo entiendo. ¿La que ha denunciado a Marsili ha sido Marisa?

—Exacto.

Cuelga de inmediato. La revelación lo ha pillado por sorpresa.

Sube a su habitación, abre el minibar, saca una botellita de *whisky* y va a sentarse a la terraza.

Lo ha entendido todo en un santiamén.

El hombre por el que Marisa se marchó de casa es Guido.

Así se explican los versos de Neruda que encontró escondidos.

Luego debieron de enzarzarse en una discusión... y la cosa acabó de mala manera. Y Guido, después de pegarle una paliza, se quedaría las joyas...

Y ahora ella se ha vengado, aun a costa de provocar un escándalo. No siente ninguna animosidad ni hacia la una ni hacia el otro, tan solo una especie de gélida determinación. A partir de ese preciso instante, Guido ya no forma parte de la empresa, eso está claro. El que se equivoca la paga. En cuanto a Marisa...

Un momento...

Detrás de Marisa debe de haber alguien más. Su mujer es demasiado tonta para tender por sí sola una trampa semejante a su antiguo amante. Y ese alguien aún podría empujarla a dar algún otro paso peligroso, incluso contra él.

Decide llamarla, dar señales de vida, desde luego no para convencerla de que retire la denuncia. Al contrario, mejor que Guido reciba la carta de despido mientras todavía está entre rejas.

Le contesta Stella.

—Pásame a la señora.

—Pero si la señora no está, se ha marchado.

—¿Se ha marchado?

—Sí, *dottore*, hará media hora. Ha hecho las maletas y...

Esa es la prueba de que alguien la manipula. Ese alguien, la persona que la está utilizando, se ha encargado de buscarle un escondite seguro.

Por ahora, es mejor no meter a Bastianelli. Sería inútil. Lo que hace falta es estar en guardia, nada garantiza que el manipulador de Marisa vaya a contentarse con perjudicar a Guido.

De momento, lo mejor que puede hacer es volver al comedor. A su regreso ya verá. Por lo pronto no puede hacer nada.

Después del almuerzo, Anna llama a Marco. Le contesta la antipática voz metálica.

¿Cómo puede ser? Si lo había avisado de que iba a llamarlo a esa hora.

Vuelve a intentarlo. Nada.

No puede insistir: el director general, dada la ausencia forzada del *dottor* Marsili, la ha llamado para rogarle que vaya a la sala de reuniones y grabe y anote todo lo que se diga en la mesa de negociación. Cuando entra en la sala con la grabadora y el bloc, todos los representantes sindicales están ya sentados en su sitio y hablan animadamente entre sí.

De repente, con la llegada de Manuelli, que aparece con Beppo, se hace el silencio. El viejo se sienta a la cabecera de la mesa y su hijo se sitúa a su lado con aire triunfal: es la primera vez que le permiten participar en una reunión tan importante.

—Gracias por haber venido, señores —empieza Manuelli.

El sindicalista de la Confederación General Italiana del Trabajo, Miniati, levanta la mano.

—¿No viene el *dottor* Marsili?

—El *dottor* Marsili les pide disculpas, pero por causas de fuerza mayor...

—Este modo de proceder por parte de la empresa no me parece adecuado, y creo que hablo también en nombre de mis compañeros. A nosotros nos ha convocado el *dottor* Marsili, al que consideramos nuestro único interlocutor, de forma que...

—Pero ¡si están hablando con el presidente!

—Con todo el respeto, me parece que sería mejor posponer la reunión hasta mañana, cuando el *dottor* Marsili...

Entonces Beppo decide intervenir.

—Al *dottor* Marsili lo han detenido esta mañana, acusado de haber robado unas joyas... —dice con frialdad.

Por debajo de la mesa, la patada de su padre llega demasiado tarde. Un silencio sepulcral se adueña de la sala. Después, el silencio se convierte en un murmullo y, a continuación, el murmullo se transforma en un griterío confuso. «Ya se ha descubierto el pastel», piensa el viejo Manuelli. Así pues, ¿por qué no ponerle la guinda? Levanta un brazo para pedir silencio. Lo obtiene al instante.

—Y hay algo más —anuncia. Todo el mundo se queda pendiente de sus palabras—. He convocado para mañana un consejo de administración en el transcurso del cual voy a pedir, por descontado, la suspensión del subdirector general hasta que se aclare su situación. Y también voy a proponer el relevo del director general, el *dottor* Mauro de Blasi.

Anna se queda helada, mira a su alrededor, anonadada. Pero ¿qué está diciendo ese viejo chocho?! Los representantes sindicales están aturdidos, no comprenden lo que sucede. Solo uno tiene los reflejos de preguntar:

—¿Puede revelar el motivo?

—Ha llegado a mis manos un documento secreto redactado a mano y firmado por el *dottor* De Blasi, un acuerdo que no dudo en calificar de fraudulento e ilegal y que iba en perjuicio de ustedes y de los trabajadores de otra empresa, Artenia, que Manuelli está a punto de absorber. En ese acuerdo se preveía llevar a cabo un profundo saneamiento. Yo no estaba en absoluto al corriente de nada de eso. Se ha desviado una suma muy importante del capital de Manuelli para efectuar un pago sobredimensionado por las acciones de Artenia. Según el documento en cuestión, una parte considerable de esa suma tiene como destino último el bolsillo del director general De Blasi, en consonancia con el peor vicio de este país. Otras cláusulas infames de ese acuerdo prevén el despido o la baja incentivada de la práctica totalidad de la plantilla de Artenia. Sin embargo, esta vez los trabajadores, la gente honrada, tendrán quien los defienda, palabra de Manuelli. Me siento en la obligación de hacer llegar el documento a la fiscalía. En consecuencia, como pueden ustedes ver, si hay una persona con la que tratar, ese soy yo. ¡Y ya saben que Manuelli, que fue obrero como ustedes y no lo ha olvidado, jamás los traicionará!

Se arma un escándalo. Anna, con lágrimas en los ojos, sale corriendo de la sala para ir a llamar a su jefe. Detrás de ella van tres sindicalistas que hablan acaloradamente por el móvil.

En cuanto Anna termina de informarlo de las acusaciones que le ha lanzado Manuelli públicamente, Mauro siente que lo invade una gran calma. Siempre le pasa lo mismo en los momentos de peligro y eso, hasta la fecha, ha supuesto su mayor fortaleza.

—Póngase en contacto con el departamento de relaciones públicas y organíceme una rueda de prensa para las ocho de esta tarde en mi hotel de Isquia. Aquí ya hay tres periodistas económicos, me gustaría que viniera la prensa napolitana y que haya al menos alguien de la RAI. Dígale a Bastianelli que me llame ahora mismo al móvil.

Al otro lado de la cristalera del vestíbulo ve a Licia esperando. Sale, ella se acerca. Está preocupada.

—¿Qué está pasando? Han llamado a Ravazzi para decirle que...

—Es cierto, Manuelli ha demostrado ser lo que es, un viejo gilipollas.

—Pero si dice que tiene ese documento que...

—¿Te preocupas por tu abuelo o por mí?

—Por los dos.

—Luego, a las ocho, hablaré con la prensa. No te preocupes.

Suena el móvil, es Bastianelli.

Mauro da unos pasos para apartarse.

—Bastianelli, ¿se ha enterado de las declaraciones de Manuelli?

—Sí, *dottore*.

—Mire, mi secretaria tiene unos documentos reservados que se lleva a su casa todas las noches en un maletín. El documento del que habla Manuelli consiste en varias hojas de papel pautado, usted ya sabe de qué le hablo. Ahora llamo a Anna y le digo que le entregue el maletín con todo el material. ¿Está claro?

—Clarísimo.

—Haga desaparecer ese documento en cuanto pueda. Luego lleve a Anna a su casa y, una vez allí, apriétele las clavijas.

—¿Ha sido ella la que...?

—No creo que me haya traicionado, seguro que le han tendido una trampa. Infórmeme de todo.

A continuación, telefona a su secretaria.

—Anna, entregue a Bastianelli los documentos que custodia. ¿Se da cuenta de que le han tomado el pelo, querida mía? Luego haga todo lo que le diga Bastianelli.

Cuelga y vuelve con Licia.

—Llama enseguida a tu abuelo. Tiene que destruir cuanto antes nuestro acuerdo. Y quitarse de la circulación durante unos días. Que no conteste a nadie al teléfono, solo a mí, por su propio interés.

Entra de nuevo en la sala, está hablando Cherubini, de la empresa Propesit. Se sienta en su sitio. Guglielmotti, el ministro, está en primera fila. Mauro observa que se vuelve para mirarlo. A estas alturas, la noticia ya debe de haberle llegado incluso a él.

Durante las pausas de esas horas convulsas, no ha hecho otra cosa que tratar repetidamente de comunicarse con Marco. Y una y otra vez la despiadada grabación metálica le ha negado esa alegría. ¿Qué le está pasando? ¿Por qué no le contesta? Justo en estos momentos, en los que le hace tanta falta oír su voz apasionada y tranquilizadora...

Luego han llegado esas terribles palabras de su jefe.

«¿Se da cuenta de que le han tomado el pelo, querida mía?».

¿Qué habrá querido decir? Se interroga frenéticamente, pero no sabe darse una respuesta. ¿Quién puede haberle tomado el pelo? ¿Y cómo? Y, de pronto, se acuerda de aquella vez (¿o fueron dos, o quizá tres?) en que, al abrir el maletín, no encontró los papeles en el mismo orden en el que creía haberlos puesto. ¿Es posible que...? Se viene abajo, aterrada, sobrecogida, empapada en sudor. ¡No, no es posible! ¡Es un mal sueño, está atrapada en una pesadilla! Enseguida se despertará y...

Descubre a Bastianelli delante de su mesa, ni siquiera ha llamado.

—Deme lo que le ha dicho el *dottor* De Blasi que me diera. Y luego póngase el abrigo y acompáñeme —le dice en voz baja, inclinándose sobre la mesa hasta quedar a pocos centímetros de su cara.

—¿Adónde? —pregunta Anna, aturdida.

—A su casa, así podremos charlar tranquilamente.

Mientras Mauro diserta con serenidad y lucidez, Guglielmotti hace a menudo gestos de asentimiento satisfechos, y Ravazzi, que es una de las muchas personas presentes en la sala a las que han informado de lo sucedido en la sede de Manuelli, lo mira fijamente y con cierta admiración. Al terminar, los aplausos son ensordecedores. El primero en felicitarlo es el ministro.

—Querido De Blasi, si todo el mundo tuviera la misma amplitud de miras, el mismo sentido de la moralidad... Lo suyo es mucho más que una recuperación del neocapitalismo ilustrado, es la respuesta innovadora de un capitalismo ético...

Entonces lo coge del brazo y se lo lleva aparte. La sonrisa desaparece de sus labios.

—A ver, ¿qué coño está pasando?

—¿Se refiere a las declaraciones de Manuelli?

—¡Y a qué si no!

—Señor ministro, el viejo Manuelli está ya muy mayor y ha perdido facultades. Me temo que ha sido víctima de un engaño. Voy a aclararlo todo dentro de una hora en una rueda de prensa. ¿Usted se queda?

—Por desgracia, tengo que irme ahora mismo, pero dejo aquí a mi portavoz, que me lo contará todo. Acuérdesse de que en nuestro país hacen mucha falta hombres

como usted, querido De Blasi.

Después de que Bastianelli la haya convencido de que Marco solo estaba con ella para fotografiar los documentos reservados, Anna ha cogido el coche y, sin saber cómo, ha llegado a la via dei Giardini. No ha dejado de llorar en todo el rato y ha estado a punto de empotrarse contra otro coche. Aparca, baja, se tambalea, le fallan las piernas. El portero le corta el paso.

—¿A quién busca?

—A Marco Marino... Vive en el cuarto.

—En el cuarto no hay ningún Marino.

—A lo mejor me he equivocado de piso...

—Señora, en este edificio no vive ningún Marino.

—Pero ¡si me ha dado las llaves!

—¿La del portal también?

—¡Claro!

—Pues pruébela —dice el portero.

La llave, por mucho que ella la fuerza, no entra.

—Si quiere, la acompaño a la cuarta planta —propone el portero apiadándose de ella—, ya verá que allí tampoco...

Anna le da la espalda, se aleja.

Esta vez, los de relaciones públicas se han superado a sí mismos: a los tres periodistas que cubrían la jornada se han sumado tres de la prensa local de Nápoles y uno de la RAI. Están presentes también casi todos los asistentes al simposio, con Ravazzi y Licia en primera fila junto al portavoz del ministro. La cena se ha retrasado media hora.

Mauro está relajado, tranquilo. Empieza a hablar.

—Me he enterado de que, esta tarde, el presidente Manuelli ha expuesto acusaciones de grueso calado contra mí amparándose en un documento escrito a mano y supuestamente firmado por mí mismo y por el señor Birolli, presidente de Artenia. Al parecer, se trataría de un pacto infame que perjudicaría a los trabajadores de ambas empresas. El presidente Manuelli se ha comprometido a entregar dicho documento a la fiscalía. Si bien me declaro completamente ajeno a él, ruego al presidente que haga de inmediato lo que ha prometido, esto es, presentar la denuncia pertinente.

Hace una pausa con la esperanza de que alguien le plantee una pregunta coherente.

Y, en efecto, un periodista local dice:

—Entonces ¿está de acuerdo en que intervenga la fiscalía?

—Evidentemente.

—¿Y por qué?

—Muy sencillo: porque ante el poder judicial mi abogado podrá exigir una prueba caligráfica.

—¿No lo ha escrito usted? —pregunta uno de sus colegas.

—No lo hemos escrito ni Birolli ni yo, se trata de mentiras rastreras que pretenden ensuciar el nombre de todos los implicados y minar los cimientos de dos de los grupos industriales más importantes e ilustres de este país, que dan trabajo a miles de padres y madres de familia.

—¿Y las firmas?

—Falsas, sin duda alguna.

—Pero, entonces, ¿cómo se explica que Manuelli...?

—Me duele decirlo, pero al presidente lo han embaucado. En su descargo, debo decir que lo ha traicionado su propia honradez sin tacha. Además, hay que señalar que su edad avanzada le impide disfrutar de la lucidez que sería... —Se interrumpe y esboza una sonrisa—. ¡A saber cuánto le han hecho desembolsar para obtener ese documento falso!

—¿Cómo cree que se resolverá la cuestión?

—No sabría decirle. Mañana por la mañana hablaré con el presidente y le dejaré muy claro que tiene que llevar cuanto antes el documento a la fiscalía. Eso sí, estoy firmemente convencido de que, en este momento de crisis, la empresa no puede quedarse sin su cúpula directiva. Los primeros en sufrir las consecuencias serían los trabajadores, y ellos son mi principal preocupación.

—A propósito —pregunta otro periodista—, ¿qué puede decirnos sobre la detención del subdirector general Marsili?

—El *dottor* Guido Marsili es una persona por encima de cualquier sospecha. Una acusación tan vergonzosa es sencillamente ridícula. Y me gustaría señalarles una curiosa coincidencia: primero intentan desacreditar al *dottor* Marsili y luego me atacan a mí aprovechando la buena fe del presidente Manuelli.

—Así pues, ¿ve indicios de un complot? —pregunta el enviado de la RAI.

—Eso lo dice usted, no yo.

Para los periódicos y la televisión, «complot» es una palabra fascinante.

Interviene entonces uno de los periodistas económicos acreditados:

—En concreto, ¿cómo piensa actuar?

—Mañana por la mañana pediré al consejo de administración que me escuche. Les haré entrega de mi carta de dimisión, firmada pero no fechada. Podrán ponerle fecha o tirarla a la papelera cuando les parezca, pero siempre después de que la fiscalía haya concluido su investigación. Mientras tanto, les pediré que me permitan seguir en el cargo, con el apoyo del *dottor* Beppo Manuelli, para afrontar las gravísimas dificultades por las que está pasando la empresa.

Al final, el primero en ir a estrecharle la mano es el portavoz del ministro.

—No hemos dudado de usted en ningún momento.

Detrás del portavoz va Ravazzi.

—¡Querido De Blasi, lo siento por el viejo Manuelli, pero me parece evidente que se han burlado de él, pobre hombre!

Y luego van Sartori, Battirame, Cantalamessa... La atmósfera en torno a él ha cambiado, se dirige al comedor del brazo de Ravazzi mientras se multiplican a su paso sonrisas y gestos de simpatía.

Después de recorrer los últimos metros a trompicones, el coche se detiene. Se ha acabado la gasolina. Anna mira a su alrededor, se encuentra en un caminito de campo, no sabe ni cómo ha llegado hasta allí. Tan solo rompe la oscuridad compacta de la noche el cono de luz de los faros. Baja, echa a andar, sale del haz luminoso, sigue adelante sin siquiera darse cuenta de que se ha apartado del sendero. Se le hunden los tacones en la tierra mojada, pero sigue avanzando pese a que cada vez le resulta más difícil. Al cabo de un rato oye frente a sí, muy cerca, el agua que corre por una acequia crecida por las lluvias recientes. Se detiene.

«¿Por qué no?», se dice.

Sigue adelante. Se da cuenta de que ha dejado de llorar.

En las noticias de la noche incluso han mostrado un momento de la rueda de prensa. El presentador ha hablado explícitamente de un complot contra la empresa Manuelli. Está claro que ha marcado un golazo.

Apura el último sorbo de *whisky* y se acuesta.

Licia entra en su habitación al cabo de una hora y cierra la puerta tras ella.

—¡Ábreme, papá!

—...

—Por favor te lo pido, papá...

—¡Fuera de aquí, imbécil!

—¡Papá, creo que lo de De Blasi es un farol!

—¿Es que no has entendido que te la ha metido doblada, idiota? ¿Y que me has hecho una putada de tres pares de cojones?

Ahora están desnudos encima de la cama. Es una tregua breve, lo saben los dos, y Licia la aprovecha para murmurarle al oído:

—Oye, ¿es verdad que el documento es falso?

—En cierto sentido, sí.

—Venga, cuéntame lo que ha pasado.

—Un día, al salir del chalet de tu abuelo, pasó por delante Beppo Manuelli y me vio. Me dio la impresión de que le parecía que yo no me había percatado de su presencia, así que avisé a tu abuelo, que por cierto es un actor como la copa de un pino, para que estuviera en guardia. Al cabo de tres días me llamó para decirme que Beppo estaba merodeando por la zona haciendo preguntas, de modo que decidimos preparar una ruta de escape. Le pedí a Bastianelli..., no sé si lo conoces, es el jefe de seguridad de la empresa y es de mi cuerda..., que escribiera a mano el acuerdo entre tu abuelo y yo, y luego él firmó con mi nombre y yo con el suyo. Así que, para nosotros dos, era un convenio válido a todos los efectos, pero nos cubríamos las espaldas: si alguien lo descubría, una prueba caligráfica demostraría sin lugar a dudas su falsedad, aunque para nosotros seguiría siendo auténtico. Si no lo descubrían, mejor que mejor.

Licia lo observa con cierta admiración.

—Has estado verdaderamente diabólico. El abuelo me había hablado de vuestro acuerdo, pero eso no me lo había contado. ¡Algo verdadero que se hace pasar por falso! ¡Es genial!

—¿Qué más sabes? —le pregunta Mauro.

—¿Del acuerdo? Bastante —responde Licia con una sonrisita que a Mauro, de repente, le resulta inquietante. Ella lo abraza con fuerza y busca su sexo—. ¿Sabes que me gustas de verdad?

Haciendo un esfuerzo, Mauro la aparta. Enterarse de qué sabe del acuerdo secreto es demasiado importante para él.

—¿Cuánto es bastante?

—Lo suficiente. Venga, lo hablamos en otro momento.

—No, ahora.

—Bueno, está bien. Te digo lo que más te interesa. Has hecho tasar y pagar con doscientos millones la participación de mi abuelo en la empresa, ¿verdad?

—Verdad.

—Pero le has exigido tres transferencias a tu favor por un valor total de ciento cincuenta millones a tres cuentas en el extranjero, una en Liechtenstein, otra en Singapur y la tercera en las islas Caimán. ¿También eso es verdad?

¿Es que Birolli ha perdido la cabeza? Mauro siente un escalofrío en la espalda. No le da tiempo a contestar porque Licia sigue hablando:

—En fin, cuando mi abuelo me pidió consejo, le recomendé que aceptara tu oferta. Tal vez era un poco usurera, es cierto, pero no tenía otra salida. Eso sí, le dije que fuera precavido.

¿Y eso qué quiere decir? De pronto, lo asalta una sospecha.

Una capa de sudor le cubre la frente.

—¡No irás a decirme que el dinero sigue aquí!

—Tranquilo, ya está donde querías. Lo que pasa es que me he encargado personalmente de la operación y solo yo puedo disponer de él.

Mauro se queda atónito, aturdido. Así, a bote pronto, no logra calcular las consecuencias de las palabras de Licia.

—Pero ¿¿por qué?!

—Una simple precaución, ya te lo he dicho. De momento, esos millones los tengo yo. Cuando se haya cerrado el negocio y no haya ningún problema, serán tuyos. Solo tendrás que pedírmelo... ¿Qué pasa, te da miedo que me aproveche? No seas tonto, ¿no entiendes que ahora...?

Se interrumpe, aparta ligeramente la cabeza, baja la mirada.

Mauro la coge por los hombros y la obliga a volverse.

—¿Que ahora qué?

—¿Que ahora, después de conocerte, me costará volver con Ravazzi?

Licia lo abraza, le cubre todo el cuerpo de besos, lo acaricia.

—¿Y qué te parecería dejarlo de una vez? —le pregunta Mauro de repente.

Ella se detiene, levanta la cabeza.

—¿Por qué?

—Porque, pase lo que pase, Guido Marsili está acabado, y...

—Se puede hablar —dice Licia. Y, como Mauro hace ademán de seguir con el discurso, aclara entre risas—: Pero ¡no ahora! Tengo cosas que hacer.

A las ocho de la mañana siguiente lo avisan de que ha llegado el helicóptero. Ya está listo, la noche anterior se despidió de todo el mundo. Antes de bajar al vestíbulo, llama a Manuelli.

—Hola. Creo que hace falta una aclaración entre tú y yo, ¿no te parece?

—De acuerdo. ¿Cuándo puedes venir a mi casa?

—Llegaré al despacho a las doce. Nos vemos allí.

—Esta mañana no me encuentro bien y preferiría...

—Nos vemos allí —repite Mauro tajante.

—Muy bien. ¿Puede acompañarme Beppo?

—No.

Manuelli no insiste: Mauro tiene dominado al imbécil del viejo.

La madre de Giancarlo le ha llevado el café a la cama.

—Hace un día precioso, ¿puedo abrir la ventana?

—Claro, señora Formiggi.

Se incorpora a medias. El perfil de las colinas está iluminado por un sol intenso.

Le entran ganas de dar un buen paseo.

La madre de Giancarlo se sienta en el borde de la cama y le acaricia ligeramente el pelo.

—Me alegro de que estés aquí.

Ella, de golpe, le coge la mano y se la besa.

Tiene media hora, pasa por casa. Stella parece contenta de verlo.

—¿La señora ha dado señales de vida?

—No, *dottore*, pero le dejó este sobre.

Mauro lo coge, se mete en el estudio, lo abre.

Dentro está la fotocopia de una denuncia por malos tratos presentada por Marisa contra él. Y una nota de dos líneas sin firmar, pero de su puño y letra: «Te advierto que voy a empezar enseguida los trámites del divorcio».

Se lo concederá, claro, pero no le dará ni un euro: la que ha abandonado el domicilio conyugal ha sido ella. En fin, mejor así, tendrá más libertad con Licia.

Pide un café, se lo bebe con calma. Más tarde, a las doce, llama al despacho. Le contesta una voz que le cuesta reconocer.

—Dígame, *dottore*.

—¿Usted quién es?

—Soy Giovanna, su segunda secretaria.

—Ah, ya. ¿Y Anna no está?

—Esta mañana no ha venido y tampoco ha llamado.

—¿Manuelli ha llegado?

—Hace cinco minutos.

Que se cocine a fuego lento un rato más.

—¿Has enviado el documento a la fiscalía?

—No.

—Tienes que llevarlo hoy mismo, te has comprometido públicamente.

—Me parece que no voy a hacerlo.

—¿Y eso?

—Me has convencido de que es falso.

—Demasiado fácil, querido mío; no puedes escaquearte así.

—¿Qué quieres?

—Una carta de disculpa que vas a publicar como mínimo en cinco periódicos.

—Muy bien, pero me gustaría explicarte...

—¿Que tu hijo Beppo es gilipollas? Eso ya lo sé. Y ahora vamos a hablar de cosas serias. Me parece evidente que Marsili, por mucho que vayan a exculparlo, no debe volver a poner un pie en la empresa. Pero que no nos dé pena, se consolará con sus poesías. —Manuelli asiente en silencio, casi parece que no capte el sarcasmo—.

Hay que reemplazarlo, y cuanto antes. Mañana te doy el nombre. A Ravazzi no le hará ninguna gracia, pero es problema suyo.

—¿Es una persona de Ravazzi?

—Sí, un gran fichaje.

—Muy bien.

—Voy a convocar para mañana la mesa de negociación. La presidiré yo. Me harás un favor si tú estás presente también y te disculpas por tu desliz.

—De acuerdo.

El viejo león gilipollas se ha vuelto dócil como un corderito.

Al salir Manuelli, llama a Birolli.

—Me gustaría informarte de los últimos acontecimientos. ¿Dónde estás?

—En casa.

—Dentro de una hora estoy ahí.

—¿Has comido?

—Aún no.

—Pues te invito. ¿Cómo estaba Licia?

—Estupendamente. De ella también quería hablarte.

Va por la autopista a una buena velocidad, adelanta a muchos coches.

Se siente eufórico, se sorprende incluso canturreando, algo que no hace casi nunca.

Y de repente, dentro de su cerebro, una venita más fina que un cabello revienta.

NOTA DEL AUTOR

Los hechos y los personajes de esta novela son fruto de mi fantasía, por mucho que la fantasía haya encontrado material abundante en la crónica judicial italiana de los años más recientes.

Una vez más, gracias a Giulia Ichino y a su padre, Pietro, por sus preciados consejos.

Y un gran agradecimiento también a Valentina Alferj por su paciente revisión del texto.

A. C.